

ARRAIGADOS Y EDIFICADOS EN CRISTO,
FIRMES EN LA FE (SAN PABLO)

LITURGIA



**PEREGRINACIÓN DE LA CRUZ
Y EL ICONO DE LA JMJ**

14 SEPT 2009 - 25 MAR 2010

Liturgia

14 de septiembre de 2009
Exaltación de la Santa Cruz

25 de marzo de 2010
Encarnación de Ntro. Señor

Sumario

8	Presentación
12	Introducción
14	Carta del Cardenal-Arzbispo
18	Vigilia de inicio de la peregrinación. Exaltación de la Santa Cruz
32	Recepción de la Cruz en las vicarías
46	Celebración para despedir la Cruz
58	Oración de la Iglesia
96	Oraciones junto a la Cruz
132	Formularios de misas
146	Reflexiones en torno a la Cruz
180	Reflexiones en torno al Icono de la Virgen
196	Oraciones a la Cruz en otros ritos

Presentación

César Franco
Obispo auxiliar de Madrid

Querido amigo:

En este libro que tienes en tus manos encontrarás un material que ha sido preparado pensando muy especialmente en ti. Es una ayuda para peregrinar con la *Cruz de los Jóvenes* que el Papa Benedicto XVI nos entregó el pasado Domingo de Ramos. Esta cruz comenzará su peregrinación en la fiesta de la exaltación de la Santa Cruz, cuya vigilia presidirá el Sr. Cardenal en la Catedral de la Almudena. Acompañada del icono de la Virgen, la Cruz peregrinará por nuestras parroquias y por las diócesis de España, preparando así la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid el año 2011.

Te invito a orar con este libro en las celebraciones en que participes. También a usarlo en tu oración personal, porque te servirá mucho. Todo él gira en torno a la Cruz de Cristo, que es la señal del cristiano. Desde que nacemos hasta que morimos hacemos la señal de la Cruz como signo de nuestra pertenencia a Cristo y, sobre todo, como agradecimiento por haber sido salvados por Él en el árbol de la Cruz. Cuando el Papa nos recibió en audiencia, con ocasión de la entrega de la cruz, nos animaba a «a descubrir en la Cruz la medida infinita del amor de Cristo, y poder decir así, como san Pablo: “vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí” (Ga 2,20). Sí, queridos jóvenes, Cristo se ha entregado por cada uno de vosotros y os ama de modo único y personal. Responded vosotros al amor de Cristo ofreciéndole vuestra vida con amor. De este modo, la preparación de la Jornada Mundial de la Juventud, cuyos trabajos habéis comenzado con mucha ilusión y entrega, serán recompensados con el fruto que pretenden estas Jornadas: renovar y fortalecer la experiencia del encuentro con Cristo muerto y resucitado por nosotros».

De esto se trata: de prepararnos bien a vivir la Jornada Mundial de la Juventud. Para ello, comenzamos peregrinando con la Cruz de Cristo, dando testimonio de su amor ante nuestros amigos y compañeros. La peregrinación es un camino exterior e interior. Exterior, porque vamos de un sitio a otro, como fue Cristo al Calvario cargado con la cruz. Interior, porque, a través de la oración personal y comunitaria, de la Eucaristía y del sacramento del perdón, caminamos hacia lo más íntimo de nosotros mismos donde nos encontramos con el mismo Dios que habita en nosotros y nos descubre la grandeza de ser sus hijos, hermanos de Cristo.

Toma, pues, este libro en las manos y peregrina con Cristo, para que llegues a experimentar el amor que te tiene y la profunda alegría de haber sido salvado por Él. Que María, su Madre y la nuestra, te acompañe en el camino hacia Él.

+ César Franco
Obispo auxiliar de Madrid

Introducción

Gregorio Roldán
Delegado Diocesano de Juventud

Con la Peregrinación de la Cruz y del Icono de la Virgen de las Jornadas Mundiales de la Juventud, iniciamos, en nuestra Archidiócesis de Madrid, un recorrido espiritual y pastoral que culminará con la celebración de la XXVI JMJ Madrid 2011.

En nuestra Archidiócesis, los jóvenes acompañados de los sacerdotes, religiosos y laicos, han elaborado por cada una de las Vicarías y la Universidad, un recorrido lleno de diferentes acciones litúrgicas: celebración de la Eucaristía, del Sacramento de la Reconciliación, rezo de la Liturgia de la Iglesia, tiempos para la reflexión...

Hemos elaborado el material que tienes entre tus manos para ayudar en las diferentes celebraciones que en cada Arcipresbiterio, Parroquia, Colegio y Universidad tendrás con motivo de la presencia de la Cruz y el Icono de la Virgen. Además, en otras dos publicaciones diferentes, encontrarás los cantos con sus notas para animar la celebración, y una guía-itinerario para que, conociendo en cada momento donde está la Cruz y el Icono, te unas a esa celebración con tu presencia o tu oración.

En 1984, con motivo de la Celebración del Año Santo de la Redención, el Papa Juan Pablo II entregó a los jóvenes la Cruz con este sencillo mensaje:

*Queridísimos jóvenes,
al clausurar el Año Santo
os confío el signo de este Año Jubilar:
¡la Cruz de Cristo!
Llevala por el mundo como signo
del amor del Señor Jesús a la humanidad
y anunciad a todos
que sólo en Cristo muerto y resucitado
hay salvación y redención.*

Madrid, 30 de julio de 2009

Mis queridos jóvenes:

El día 14 de Septiembre, festividad de la exaltación de la Santa Cruz, dará comienzo la peregrinación de la Cruz de los Jóvenes por la diócesis de Madrid. Esta Cruz, que el Siervo de Dios Juan Pablo II entregó a los jóvenes en el año 1984 para que la llevaran por el mundo entero, junto al icono de la Virgen María, es un hermoso signo de lo que significan las Jornadas Mundiales de la Juventud: el encuentro con Cristo muerto y resucitado por nosotros, Redentor del hombre. Llevando la cruz sobre sus hombros, los jóvenes se convierten en portadores de la alegre noticia de la salvación y proclaman a los cuatro vientos que Cristo nos ha salvado del pecado y de la muerte.

Hemos querido que la fiesta de la exaltación de la Santa Cruz sea el punto de partida de la peregrinación y, en cierto sentido, el inicio en nuestra diócesis de la intensa preparación de la Jornada Mundial de la Juventud que tendrá lugar en Madrid en el año 2011. Exaltar la cruz, levantarla sobre lo alto, de modo que todo el mundo la mire con fe y se salve, es una indicación que viene del mismo Cristo. Al referirse a su muerte, dijo: «Y yo cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32). Y añade el evangelista: «Esto lo decía indicando de qué muerte había de morir» (Jn 12,33). La muerte de Cristo sobre la cruz, ciertamente, lo eleva sobre la tierra en el sentido físico, al suspender su cuerpo entre el cielo y la tierra. Pero lo eleva también en su sentido profundamente espiritual, puesto que lo muestra como el gran signo del amor de Dios que muestra su perdón y reconciliación para con todos los hombres. En realidad, el crucificado es el exaltado, el que ha sido elevado gloriosamente –la cruz es gloriosa– como vencedor

Carta a los Jóvenes de Madrid para el comienzo de la Peregrinación con la Cruz de las Jornadas Mundiales de la Juventud en la Fiesta de la Santa Cruz

A° M° Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

del pecado y de la muerte. Por eso la Iglesia ha cantado y canta a la cruz como signo de victoria y del triunfo. El amor de Cristo vence sobre todos los odios, rencores, venganzas y crímenes de los hombres. Es un amor que sana, libera, purifica, rescata y pacifica. Es un amor eterno e infalible. Es un amor humano y divino, capaz de elevarnos con Él a lo más alto de la gloria.

Queridos jóvenes: al peregrinar con la cruz por todas las parroquias de Madrid, pensad en el mensaje que portáis en vuestros hombros. Gozad con el privilegio que supone llevar la cruz de Cristo para mostrarla a todos sin excepción: mostradla especialmente a quienes no creen, a los que vienen sin esperanza de ser amados, a los que sufren las terribles cruces que otros cargan sobre sus frágiles hombros. Proclamad con palabras y gestos sencillos que Cristo ha llevado todas las cruces del mundo y las ha iluminado con su propia entrega a la muerte. Que ningún hombre se sienta solo en el dolor si sabe mirar al Crucificado.

Y vosotros mismos, como jóvenes cristianos, aprovechad esta ocasión de peregrinar con la cruz de Cristo para vivir con fidelidad vuestra vocación cristiana. En el bautismo y en la confirmación fuisteis sellados con la cruz de Cristo. Es una cruz imborrable. Sois siempre de Él y para Él. Los cristianos somos propiedad de Cristo. Eso significa hacer el signo de la cruz en nuestra frente, labios y corazón: afirmar que somos suyos. Pues bien, vivid siempre con el gozo de pertenecer a Cristo, Señor de la Vida. No hagáis de la cruz un signo banal, superficial o sin sentido. En la vida de cada día, tendréis ocasión de mostrar, haciendo la señal de la cruz, que elegís el amor, la sencillez, el servicio a los hermanos; que vuestra vida avanza por los caminos de la verdad, la humildad y la obediencia a los mandamientos de Dios; que no os movéis por los atractivos de este mundo que pasa, como es el dinero, la fama, el poder

y la mentira; que queréis ser los bienaventurados del evangelio, los profetas de la esperanza, los misioneros de la paz y la verdad de Cristo.

Viviendo así, caminaréis hacia la Jornada Mundial de la Juventud como un acontecimiento de gracia extraordinaria en el que sin duda alguna experimentaréis el encuentro con Cristo. La Jornada no es un fin en sí mismo, sino un medio eficaz para avivar la fe y descubrir que sólo Cristo es la meta del hombre. La oración, las catequesis, la frecuencia de los sacramentos, las obras de caridad, todo lo que forma parte de la preparación de la Jornada de la Juventud, y la misma Jornada, os ayudará a ir decididamente al encuentro con Cristo, el Señor. Por ello, al iniciar esta peregrinación no penséis sólo en la meta temporal de la Jornada, sino mirad más lejos, contemplad la meta de vuestra vida, en la que Cristo resucitado brilla con una luz inextinguible, que ilumina nuestra existencia y nos llena del gozo de la vida eterna.

Encomendaos a la Virgen María de La Almudena, nuestra Madre, para que ella, que brilla junto a Cristo en la gloria celeste, sea vuestra estrella en el caminar de cada día y os eduque en la fortaleza cristiana tan necesaria para estar junto a Cristo al pie de la cruz.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

Vigilia de inicio de la peregrinación. Exaltación de la Santa Cruz

Mientras el Obispo se acerca a su sede suena música instrumental. Una vez allí dice:

V./ Dios mío, ven en mi auxilio.

R./ Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén. Aleluya.

Lucernario

Un lector dice:

La comunidad cristiana antigua, a la vez que encendía y "ofrecía" las lámparas o velas, daba gracias a Dios por la luz indeficiente que nos ha dado en Cristo Jesús: "te bendecimos, Señor, por tu Hijo Jesucristo, por quien nos has iluminado manifestándonos tu luz incorruptible" (Hipólito, Trad. Apostol. cc. 25-26). En la liturgia hispánica antigua este rito del Lucernario empezaba con el significativo saludo: " lumen cum pace".

Mientras se hace la monición un diácono enciende el cirio pascual y después dice:

D./ En el nombre de Nuestro Señor Jesús, luz con paz.

Después enciende las velas de los ministros que llevan la luz a toda la asamblea y le entrega la vela al Obispo. Mientras tanto se canta:

JÉSUM LE CHRIST (J. Berthier)

Cristo Jesús,

oh fuego que abrasa,

que las tinieblas en mi no tengan voz.

Cristo Jesús,

disipa mis sombras.

y que en mi sólo hable tu amor.

Después todos se sientan para recitar los salmos y se ponen en pie para la oración.

Salmo 109,1-5.7: El Mesías, Rey y Sacerdote.

Ant: Ubi caritas et amor, Deus ibi est.
(Donde hay caridad y amor, allí está Dios)

Oráculo del Señor a mi Señor:

«Siéntate a mi derecha,
y haré de tus enemigos
estrado de tus pies».

Desde Sión extenderá el Señor
el poder de tu cetro:
somete en la batalla a tus enemigos.

«Eres príncipe desde el día de tu nacimiento,
entre esplendores sagrados;
yo mismo te engendré, como rocío,
antes de la aurora».

El Señor lo ha jurado y no se arrepiente:
«Tú eres sacerdote eterno,
según el rito de Melquisedec».

El Señor a tu derecha, el día de su ira,
quebrantará a los reyes.
En su camino beberá del torrente,
por eso, levantará la cabeza.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén.

Ant: Ubi caritas et amor, Deus ibi est.

Oración sálmica

Señor Jesucristo, hijo de David, tú que, después de haber sometido en la gran batalla de tu pasión a todos tus enemigos, has resucitado y estás sentado a la derecha del Padre como rey vencedor y sacerdote eterno, intercede siempre por nosotros, para que un día, hechos semejantes a ti, podamos poner también nosotros como estrado de nuestros pies a nuestros enemigos, el pecado y la muerte. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Salmo 115: Acción de gracias en el templo.

Ant: Crucem tuam adoramus Domine, resurrectionem tuam laudamus Domine. Laudamus et glorificamus. Resurrectionem tuam laudamus Domine.
(Adoramos tu cruz Señor. Alabamos tu resurrección)

Tenía fe, aún cuando dije:
«¡Qué desgraciado soy!»
Yo decía en mi apuro:
«Los hombres son unos mentirosos.»

¿Cómo pagaré al Señor
todo el bien que me ha hecho?
Alzaré la copa de la salvación,
invocando su nombre.
Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo.

Ant: Crucem tuam adoramus Domine, resurrectionem tuam laudamus Domine. Laudamus et glorificamus. Resurrectionem tuam laudamus Domine.

Mucho le cuesta al Señor
la muerte de sus fieles.
Señor, yo soy tu siervo,
siervo tuyo, hijo de tu esclava:
rompiste mis cadenas.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando tu nombre, Señor.
Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo,
en el atrio de la casa del Señor,
en medio de ti, Jerusalén.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén.

Ant: Crucem tuam adoramus Domine, resurrectionem tuam
laudamus Domine. Laudamus et glorificamus. Resurrectionem
tuam laudamus Domine.

Oración sálmica

Padre admirable, Dios nuestro, que, con la muerte y la
resurrección de tu Hijo Jesucristo, nos has llenado de esperanza,
haz que nuestra existencia sea una continua acción de gracias,
para que todos los hombres puedan llegar a conocerte y
glorificarte, hasta alcanzar la plenitud de tu amor y de tu vida.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Himno de los redimidos. Apocalipsis 4,11;5,9.10.12

Ant: Adoramus te Christe benedicimus tibi, quia per crucem
tuam redimisti mundum, quia per crucem tuam redimisti

mundum. (Te adoramos Cristo, te bendecimos, pues por tu
cruz redimiste al mundo)

Eres digno, Señor, Dios nuestro,
de recibir la gloria, el honor y el poder,
porque tú has creado el universo;
porque por tu voluntad lo que no existía fue creado.

Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos,
porque fuiste degollado
y con tu sangre compraste para Dios
hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación;
y has hecho de ellos para nuestro Dios
un reino de sacerdotes,
y reinan sobre la tierra.

Digno es el Cordero degollado
de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría,
la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén.

Ant: Adoramus te Christe benedicimus tibi, quia per crucem
tuam redimisti mundum, quia per crucem tuam redimisti mundum.

Oración sálmica

Señor, Dios nuestro, que has hecho de nosotros un reino de
sacerdotes, para que, en nombre de la creación, cantemos tu
gloria y demos gracias por la redención de los hombres; ábrenos
el sentido del libro sellado, para que comprendamos, en el
misterio de la muerte y resurrección de tu Hijo, el Cordero

degollado y viviente ahora por los siglos de los siglos, el sentido de la historia humana y de sus dolores y contrariedades.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Lectura 1Co 1,23-24

Predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero, para los llamados -judíos o griegos-, un Mesías que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios.

Homilía

Veneración de la Santa Cruz

El Obispo puesto en pie dice:

Oh Señor, que por tu propia voluntad, fuiste levantado sobre la Cruz; concede tu compasión a tu pueblo llamado por tu Nombre.

Oh Cristo Dios, alegra con tu poder a nuestros gobernantes llenándolos de tu luz.

Que la Cruz sea Siempre fuente de paz y vida.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén

Varios jóvenes adornan la cruz con palmas y laurel y colocan a su alrededor siete lámparas encendidas. Mientras tanto suena música instrumental. El Obispo dice:

Aclamemos el misterio de la Cruz.

Y continúa:

Oh Cruz de Cristo, tu eres nuestra protección, santifícanos con tu poder, para que con fe y amor, podamos adorarte y glorificarte.

Un cantor va recitando las siguientes invocaciones:

Salve altar precioso.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, árbol florido.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, madero del que brota la vida.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, madero donde el hombre vuelve a ser libre.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, jardín de Hijo celestial.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, columna elegida.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, lámpara del universo.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, luz de las estrellas.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, muro indestructible.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, puerta del paraíso.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, auxilio de los pecadores.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, árbol hermoso donde se recogen los mejores frutos.
R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, roca sobre la que se construye la Iglesia.
R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

El Obispo se dirige hacia la cruz y arrodillándose ante ella dice:
Ante tu Cruz nos arrodillamos, oh Cristo Señor nuestro, y tu santa Resurrección glorificamos.

El Obispo la venera con la genuflexión y la besa, después la inciensa. Luego vuelve a la sede.

Un diácono o un monitor dice:

Adoremos al madero de la cruz fuente de vida en la que Cristo, Rey de la gloria, extendió voluntariamente las manos para devolvernos la dignidad de hijos. Honremos con cantos a la Cruz del Señor.

Y todos se arrodillan unos momentos en silencio y adoración.

Algunos jóvenes pasan a venerar el madero de la cruz.

Mientras se canta:

PER CRUCEM (J. Berthier)

Per crucem et passionem tuam

Liberanos Domine, liberanos Domine, liberanos Domine, Domine.

Per crucem et passionem tuam

Liberanos Domine, liberanos Domine, liberanos Domine, Domine.

Per sanctam resurrectionem tuam

Liberanos Domine, liberanos Domine, liberanos Domine, Domine.

(Por tu cruz y tu pasión, por tu santa resurrección, líbranos Señor)

Acabada la adoración y el canto se sigue con el Magnificat.

Ant: ¡Oh victoria de la cruz y admirable signo! Haz que alcancemos el triunfo en el cielo.

*Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador.*

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.
*Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador.*

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

*Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador.*

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

*Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador.*

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

*Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador.*

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén.

*Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador.*

Ant: ¡Oh victoria de la cruz y admirable signo! Haz que
alcancemos el triunfo en el cielo.

Preces

Invoquemos a nuestro Redentor, que nos ha redimido por su
cruz, y digámosle:

Cristo óyenos, Cristo escúchanos.

Cristo, tú que te despojaste de tu rango y tomaste la condición
de esclavo, pasando por uno de tantos, haz que los miembros
de la Iglesia imitemos tu humildad.

Cristo, tú que te rebajaste hasta someterte incluso a la muerte,
y una muerte de cruz, otórganos, a tus siervos, sumisión y paciencia.

Cristo, tú que fuiste levantado sobre todo por Dios, que te
concedió el "Nombre-sobre-todo-nombre", concede a tus fieles
la perseverancia hasta el fin.

Cristo, a cuyo nombre se dobla toda rodilla en el cielo, en la
tierra y en el abismo, infunde la caridad en los hombres, para
que te adoren en la paz.

Cristo, a quien toda lengua proclamará Señor, para gloria de
Dios Padre, recibe a nuestros hermanos difuntos en el reino de
la felicidad eterna.

Unidos a Jesucristo, supliquemos ahora al Padre con la oración
de los hijos de Dios: Padre nuestro.

Oración

Señor, Dios nuestro, que has querido realizar la salvación de
todos los hombres por medio de tu Hijo, muerto en la cruz,
concédenos, te rogamos, a quienes hemos conocido en la tierra
este misterio, alcanzar en el cielo los premios de la redención.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los
siglos. Amén.

Statio Mariana

*Mientras se canta el Stabat Mater unos jóvenes traen en
procesión el Icono de la Virgen y lo colocan en el lugar preparado.*

STABAT MATER (I. Yepes)

Stabat Mater dolorosa

luxta crucem lacrimosa,

Dum pendeat filius.

Cuius animam gementem

Contristantem et dolentem

Pertransivit gladius.

(La Madre piadosa estaba
junto a la cruz y lloraba
mientras el Hijo pendía)

El Obispo se acerca al Icono y lo inciensa, y después dice:

V./ Después del parto permaneciste Virgen.

R./ Santa Madre de Dios, intercede por nosotros.

V./ De la muerte eterna.

R./ Líbranos, Señor.

V./ Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.

R./ Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

Oremos

Señor, tú has querido que la Madre compartiera los dolores de tu Hijo al pie de la cruz; haz que la Iglesia, asociándose con María a la pasión de Cristo, merezca participar de su resurrección. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

Bendición

V./ El Señor esté con vosotros.

R./ Y con tu espíritu.

V./ Cristo Señor, que, con las manos extendidas, estuvo colgado de la Cruz, os purifique de todo pecado

R./ Amén.

V./ Que os colme del vino de la prudencia, aquel que, colgado de la Cruz, hubo de probar la bebida de vinagre.

R./ Amén.

V./ Que por la Cruz del Crucificado, cuantos celebran la solemnidad

de la santa Cruz, puedan ser salvados ahora y siempre.

R./ Amén

V./ Por nuestro Señor Jesucristo, que, en la Trinidad es el único Dios, y vive y reina por los siglos de los siglos

R./ Amén

Después se dispone todo para comenzar la procesión con la cruz y el Icono, y cuando se inicia la marcha el Obispo dice:
Salve, oh Cruz, redención del hombre caído. Señor, que en la Cruz fuiste crucificado, ten piedad de nosotros porque eres bueno y amas a los hombres.
Marchemos en paz.

SERÉIS MIS TESTIGOS (I. Yepes)

SERÉIS MIS TESTIGOS, TESTIGOS DE MI AMOR.

SERÉIS MIS TESTIGOS, TESTIGOS DE LA PAZ.

SERÉIS MIS TESTIGOS, TESTIGOS DE MI PAZ.

Testigos de confianza, testigos de perdón.

Testigos de esperanza, cada cual desde su don.

Testigos de alegría, la alegría del Señor.

Testigos de la Pascua, testigos de la Cruz.

Testigos de la Gracia, testigos de la luz.

Testigos de alegría, la alegría de Jesús.

Testigos de María, de su maternidad.

Testigos de María: "Hágase tu voluntad".

Testigos de alegría, de alegría y humildad.

Testigos de obediencia, de entrega en humildad.

Testigos de paciencia, de escucha y de bondad.

Testigos de alegría, de alegría y de verdad.

Recepción de la Cruz en las vicarías

Recepción de la Cruz

Lucernario

V./ La gracia de nuestro Señor Jesucristo,
que por nosotros colgó del madero,
esté con todos vosotros.

R./ Y con tu espíritu.

A continuación el diácono enciende el Cirio Pascual y dice:

En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, luz con paz.

Y entonces se entona el siguiente canto:

«¡ Oh Luz gozosa

de la santa gloria del Padre celeste, inmortal,

santo y feliz Jesucristo!

Al llegar el ocaso del sol y, vista la luz vespertina,

ensalzamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Dios.

Es digno cantarte en todo momento con armonía,

*Hijo de Dios, que nos das la vida: por ello, el universo proclama
tu gloria».*

El que preside dice:

Te bendecimos, Señor, por tu Hijo Jesucristo Nuestro Señor,
por quien nos has iluminado manifestándonos la luz incorruptible.
Porque hemos terminado la jornada de hoy y hemos llegado
al comienzo de la noche llenos de la luz del día, creada por ti
para nuestra plenitud. Y también porque ahora, gracias a ti, no
tenemos falta de la luz del atardecer. Te alabamos y te
glorificamos a través de tu Hijo Jesucristo Nuestro Señor, por
el cual recibes la gloria, el poder, el honor, con el Espíritu Santo
ahora y siempre, por lo siglos de los siglos.
Amén.

Liturgia de la palabra

Lectura del libro de los Números 21, 4b-9

En aquellos días, el pueblo estaba extenuado del camino, y habló contra Dios y contra Moisés: -«¿Por qué nos has sacado de Egipto para morir en el desierto? No tenemos ni pan ni agua, y nos da náusea ese pan sin cuerpo.» El Señor envió contra el pueblo serpientes venenosas, que los mordían, y murieron muchos israelitas. Entonces el pueblo acudió a Moisés, diciendo: -«Hemos pecado hablando contra el Señor y contra ti; reza al Señor para que aparte de nosotros las serpientes.» Moisés rezó al Señor por el pueblo, y el Señor le respondió: -«Haz una serpiente venenosa y colócala en un estandarte: los mordidos de serpientes quedarán sanos al mirarla.» Moisés hizo una serpiente de bronce y la colocó en un estandarte. Cuando una serpiente mordía a uno, él miraba a la serpiente de bronce y quedaba curado.
Palabra de Dios.

Salmo responsorial Sal 77, 1-2. 34-35. 36-37. 38

R./ No olvidéis las acciones del Señor

Escucha, pueblo mío, mi enseñanza,
inclina el oído a las palabras de mi boca:
que voy a abrir mi boca a las sentencias,
para que broten los enigmas del pasado. R./
Cuando los hacía morir, lo buscaban,
y madrugaban para volverse hacia Dios;
se acordaban de que Dios era su roca,
el Dios Altísimo su redentor. R./
Lo adulaban con sus bocas,
pero sus lenguas mentían:
su corazón no era sincero con él,
ni eran fieles a su alianza. R./

Él, en cambio, sentía lástima,
perdonaba la culpa y no los destruía:
una y otra vez reprimió su cólera,
y no despertaba todo su furor. R./

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses
2, 6-11

Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.
Palabra de Dios.

Lectura del santo evangelio según san Juan 3, 13-17

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: -«Nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre. Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.»
Palabra del Señor.

Homilía

Preces

Invoquemos a nuestro Redentor, que nos ha redimido por su cruz, y digámosle:

Por tu cruz, llévanos a tu reino

Cristo, tú que te despojaste de tu rango y tomaste la condición de esclavo, pasando por uno de tantos, haz que los miembros de la Iglesia imitemos tu humildad

Cristo, tú que te rebajaste hasta someterte incluso a la muerte, y una muerte de cruz, otórganos, a tus siervos, sumisión y paciencia

Cristo, tú que fuiste levantado sobre todo por Dios, que te concedió el "Nombre-sobre-todo-nombre", concede a tus fieles la perseverancia hasta el fin

Cristo, a cuyo nombre se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el abismo, infunde la caridad en los hombres, para que te adoren en la paz

Cristo, a quien toda lengua proclamará Señor, para gloria de Dios Padre, recibe a nuestros hermanos difuntos en el reino de la felicidad eterna

Acabadas las preces el que preside dice:

Oh Señor, que por tu propia voluntad, fuiste levantado sobre la Cruz; concede tu compasión a tu pueblo llamado por tu Nombre.

Oh Cristo Dios, alegra con tu poder a nuestros gobernantes llenándolos de tu luz.

Que la Cruz sea Siempre fuente de paz y vida.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Veneración de la Santa Cruz

Concluida la oración comienza un canto apropiado y se introduce la Cruz, acompañada por siete jóvenes que portan otras tantas lámparas encendidas. Otros jóvenes la flanquean con ramas de laurel y palmas como signo de la victoria de Cristo.

Concluye el canto y el presidente dice:

Aclamemos el misterio de la Cruz.

El Celebrante, puesto en pie, dice:

Oh Cruz de Cristo, tu eres nuestra protección, santifícanos con tu poder, para que con fe y amor, podamos adorarte y glorificarte.

Un lector va recitando las siguientes invocaciones:

Salve altar precioso.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, árbol florido.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, madero del que brota la vida.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, madero donde el hombre vuelve a ser libre.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, jardín de Hijo celestial.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, columna elegida.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, lámpara del universo.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, luz de las estrellas.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, muro indestructible.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, puerta del paraíso.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, auxilio de los pecadores.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, árbol hermoso donde se recogen los mejores frutos.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Salve, roca sobre la que se construye la Iglesia.

R./ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos.

Al llegar al lugar elegido, y colocada la cruz entre las ramas de laurel, se colocan los siete cirios, tres a cada lado de la cruz y uno ante ella.

El presidente se dirige hacia la cruz y arrodillándose ante ella dice:

Ante tu Cruz nos arrodillamos, oh Cristo Señor nuestro, y tu santa Resurrección glorificamos.

El presidente la venera con la genuflexión y después la inciensa. Luego vuelve a la sede.

Un diácono o un monitor dice:

Adoremos al madero de la cruz fuente de vida en la que Cristo, Rey de la gloria, extendió voluntariamente las manos para

devolvernos la dignidad de hijos. Honremos con cantos a la Cruz del Señor.

Y todos se arrodillan unos momentos en silencio y adoración. Algunos jóvenes pasan a adorar personalmente el madero de la cruz. En este momento se las pueden entregar unas hojas de laurel. Mientras, se canta:

¡Victoria! ¡Tú reinarás! ¡Oh cruz! ¡Tú nos salvarás! (3)

El presidente toma en sus manos una cruz pequeña y traza tres veces el signo de la cruz a toda la asamblea.

Salve, oh Cruz, redención del hombre caído. Señor, que en la Cruz fuiste crucificado ten piedad de nosotros porque eres bueno y amas a los hombres.

Concluida la adoración el presidente entrega la cruz y vuelve a la sede para la Statio mariana.

*Stabat Mater dolorosa
Iuxta crucem lacrimosa,
Dum pendebat filius.
Cuius animam gementem
Contristantem et dolentem
Pertransivit gladius.*

*O quam tristis et afflicta
Fuit illa benedicta
Mater unigeniti
Quae maerebat et dolebat.
Et tremebat, cum videbat
Nati poenas incliti.*

*Quis est homo qui non fleret,
Matrem Christi si videret
In tanto supplicio?*

*Quis non posset contristari,
Piam matrem contemplari
Dolentem cum filio?*

*Pro peccatis suae gentis
Jesum vidit in tormentis
Et flagellis subditum.
Vidit suum dulcem natum
Morientem desolatum
Dum emisit spiritum.*

*Eja mater fons amoris,
Me sentire vim doloris
Fac ut tecum lugeam.
Fac ut ardeat cor meum
In amando Christum Deum,
Ut sibi complaceam.*

*Sancta mater, istud agas,
Crucifixi fige plagas
Cordi meo valide.
Tui nati vulnerati
Iam dignati pro me pati,
Poenas mecum divide!*

*Fac me vere tecum flere,
Crucifixo condolere,
Donec ego vixero.
Juxta crucem tecum stare
Te libenter sociare
In planctu desidero.*

*Virgo virginum praeclara,
Mihi jam non sis amara,*

*Fac me tecum plangere.
Fac ut portem Christi mortem,
Passionis eius sortem
Et plagas recolare.*

*Fac me plagis vulnerari,
Cruce hac inebriari
Ob amorem filii,
Inflammatum et accensus,
Per te virgo sim defensus,
In die judicii.*

*Fac me cruce custodiri,
Morte Christi praemuniri,
Confoveri gratia.
Quando corpus morietur
Fac ut animae donetur
Paradisi gloria.*

La Madre piadosa estaba
junto a la cruz y lloraba
mientras el Hijo pendía.
Cuya alma, triste y llorosa,
traspasada y dolorosa,
fiero cuchillo tenía.

¡Oh, cuán triste y cuán aflicta
se vio la Madre bendita,
de tantos tormentos llena!
Cuando triste contemplaba
y dolorosa miraba
del Hijo amado la pena.

Y ¿cuál hombre no llorara,
si a la Madre contemplara
de Cristo, en tanto dolor?
Y ¿quién no se entristeciera,
Madre piadosa, si os viera
sujeta a tanto rigor?

Por los pecados del mundo,
vio a Jesús en tan profundo
tormento la dulce Madre.
Vio morir al Hijo amado,
que rindió desamparado
el espíritu a su Padre.

¡Oh dulce fuente de amor!,
hazme sentir tu dolor
para que llore contigo.
Y que, por mi Cristo amado,
mi corazón abrasado
más viva en él que conmigo.

Y, porque a amarle me anime,
en mi corazón imprime
las llagas que tuvo en sí.
Y de tu Hijo, Señora,
divide conmigo ahora
las que padeció por mí.

Hazme contigo llorar
y de veras lastimar
de sus penas mientras vivo.
Porque acompañar deseo
en la cruz, donde le veo,
tu corazón compasivo.

¡Virgen de vírgenes santas!,
llore ya con ansias tantas,
que el llanto dulce me sea.
Porque su pasión y muerte
tenga en mi alma, de suerte
que siempre sus penas vea.

Haz que su cruz me enamore
y que en ella viva y more
de mi fe y amor indicio.
Porque me inflame y encienda,
y contigo me defienda
en el día del juicio.

Haz que me ampare la muerte
de Cristo, cuando en tan fuerte
trance vida y alma estén.
Porque, cuando quede en calma
el cuerpo, vaya mi alma
a su eterna gloria. Amén.

Oración

Señor, tú has querido que la Madre compartiera los dolores de tu Hijo al pie de la cruz; haz que la Iglesia, asociándose con María a la pasión de Cristo, merezca participar de su resurrección. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

Bendición y despedida

El diácono:

Inclinaos para recibir la bendición.

El presidente con las manos extendidas sobre la asamblea:

Señor que bendices a los que te bendicen y santificas a los que ponen tu esperanza en ti,

Salva a tu pueblo y bendice a tu heredad.

Vela por tu Iglesia, santifica a los que aman la belleza de tu casa, exáltalos con tu divino poder y no abandones a quienes ponemos en ti nuestra esperanza.

Concede la paz a este mundo que es tuyo, a tu Iglesia, a los sacerdotes, a nuestros gobernantes y a todo tu pueblo,

Ya que todo beneficio y todo don perfecto procede de lo alto, pues descienda de ti, oh Padre de la luz; por eso te glorificamos, te damos gracias y te adoramos, ¡oh Santa Trinidad! Ahora y siempre por los siglos de los siglos.

R./ Amén.

El diácono:

Glorificad a Dios con vuestra vida.

Podéis ir en paz.

R./ Demos gracias a Dios.

Celebración para despedir la Cruz

Ritos iniciales

V./ La gracia de nuestro Señor Jesucristo,
que por nosotros colgó del madero,
esté con todos vosotros.

R./ Y con tu espíritu

Luego el celebrante habla brevemente a los fieles para disponer su ánimo a la celebración y explicar el significado del rito; puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Al despedir solemnemente esta cruz, queridos hermanos, veneremos con fe el designio eterno de Dios, según el cual el misterio de la cruz se ha convertido en el signo de la misericordia divina. Siempre que miremos la cruz, recordaremos que en ella culminó el misterio del amor con el que Cristo amó a su Iglesia. Siempre que saludemos la cruz, acordémonos de que Cristo, suprimiendo con su sangre toda división, hizo de todos los hombres un solo pueblo.

Siempre que veneremos la cruz, pensemos que somos y nos declaramos discípulos de Cristo y, cargando todos cada día con la propia cruz, sigámoslo con generosidad.

Esforcémonos, pues, por asistir atentamente a esta celebración, para que el misterio de la cruz brille ante nuestros ojos con un nuevo fulgor y podamos sentir con más fuerza su eficacia.

V./ Oremos.

Oh Dios, cuyo Hijo, al pasar de este mundo a ti,
clavado en el árbol de la cruz,
reconcilió contigo a la familia humana,
dirige tu mirada sobre estos servidores tuyos,
que han levantado esta señal de salvación,
y concédeles que, protegidos por su poder,
cargando con su cruz cada día

y siguiendo el camino del Evangelio,
alcancen felizmente la meta del cielo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R./ Amén.

Lectura de la palabra de Dios

De la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 2, 5-11
Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús.
Él, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el “Nombre-sobre-todo-nombre”; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: “Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.”
Palabra de Dios.

Pueden también leerse:

Nm 21, 4-9; 1Co 2, 1-5; Hb 4, 12-16; Jn 3, 13-17; Jn 19, 25-27.

Salmo responsorial

30 (31), 2 y 6. 12-13. 15-16. (R.: Lc 23, 46)

R./ Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu:

A ti, Señor, me acojo:
no quede yo nunca defraudado;
tú, que eres justo, ponme a salvo.
A tus manos encomiendo mi espíritu:
Tú, el Dios leal, me librarás. R./

Soy la burla de todos mis enemigos,
la irrisión de mis vecinos,
el espanto de mis conocidos;
me ven por la calle, y escapan de mí.
Me han olvidado como a un muerto,
me han desechado como a un cachorro inútil. R./

Pero yo confío en ti, Señor,
te digo: “Tú eres mi Dios.”
En tu mano están mis azares;
líbrame de los enemigos que me persiguen. R./

O bien:

Sal 21 (22), 8-9. 17-18a. 23-24b

R./ (2a) Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Sal 54 (55), 5-6. 13. 14-15. 17-18. 23

R./ (23ab) Encomienda a Dios tus afanes, que él te sustentará.

Oración de bendición

Terminada la homilía, el celebrante, de pie ante la cruz, con las manos extendidas, dice la oración de bendición

Te bendecimos, Señor, Padre santo,
que, en el exceso de tu amor,
nos procuraste el remedio de la salvación y de la vida en el árbol,
de donde el primer hombre había sacado ruina y muerte.
Porque, cuando llegó la hora de su Pascua,
Jesús, el Señor, sacerdote, maestro y rey,
ascendió voluntariamente al árbol de la cruz
y lo convirtió en trono de su gloria,
en altar de su sacrificio, en cátedra de la verdad.
Allí, elevado sobre la tierra, venció al antiguo enemigo
y, vestido con la púrpura de su sangre,

atrajo hacia sí, lleno de amor, a todos los hombres;
allí, con los brazos extendidos,
te hizo, Padre, la ofrenda de su vida
e infundió una fuerza salvadora
a los sacramentos de la nueva alianza;
allí, enseñó con su muerte
lo que antes había anunciado de palabra:
que el grano de trigo, cuando muere,
produce fruto abundante.
Así, pues, te suplicamos Señor,
que tus fieles, al venerar este signo de salvación,
reciban los frutos de redención
que Cristo Jesús mereció con su pasión;
que en la cruz den muerte a sus pecados
y que, por el poder de esta cruz, dominen la soberbia
y fortalezcan su debilidad;
que en ella encuentren consuelo en sus aflicciones
y seguridad en sus peligros;
y que, protegidos por su poder,
recorran sin daño los caminos de este mundo,
hasta que tú, Padre, los recibas en el hogar del cielo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R./ Amén.

O bien:

Señor, Padre santo,
que quisiste que la cruz de tu Hijo
fuera la fuente de toda bendición
y el origen de todos tus beneficios,
atiende generoso a nuestras súplicas,
ya que hemos alzado esta cruz
como un testimonio de nuestra fe,
y concédenos que, viviendo, aquí en la tierra,

unidos siempre al misterio de la pasión de Cristo,
alcancemos el gozo eterno de la resurrección.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R./ Amén.

El celebrante pone incienso en el incensario e inciensa la cruz.

Después se canta la antifona:

Tu cruz adoramos, Señor,
y tu santa resurrección
alabamos y glorificamos;
por el madero
ha venido la alegría al mundo entero.

O bien:

Por la señal de la santa cruz,
de nuestros enemigos
líbranos, Señor, Dios nuestro.

Terminado el canto, si puede hacerse cómodamente, el celebrante, los ministros y los fieles veneran la cruz: se acercan a ella ordenadamente uno tras otro y le hacen alguna señal de veneración, según las costumbres del lugar. Si esto no es posible, el celebrante, con unas breves palabras, invita al pueblo a venerar la santa cruz, y éste la venera, guardando algún tiempo de silencio o profiriendo una adecuada aclamación, por ejemplo:
Esta señal de la cruz brillará en el cielo
cuando venga el Señor para juzgar.

Conclusión del rito

Terminada la veneración de la cruz, se hace la oración universal:
V./ Invoquemos a nuestro Redentor, que nos ha redimido por su cruz, y digámosle:

R./ *Por tu cruz, sálvanos, Señor.*

Cristo, tú que despojaste de tu gloria y tomaste la condición de esclavo, pasando por uno de tantos, -haz que todos los miembros de la Iglesia imitemos tu humildad. R./

Cristo, tú que te rebajaste hasta someterte incluso a la muerte, y una muerte de cruz, -otórganos, a tus servidores, la virtud de la sumisión y la paciencia. R./

Cristo, tú que fuiste levantado sobre todo por Dios, que te concedió el “Nombre-sobre-todo-nombre”, -concede a tus fieles la perseverancia hasta el fin en tu servicio. R./

Cristo, a cuyo Nombre ha de doblarse toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el abismo, -atrae a todos los hombres hacia tu corazón, para que te veneren y te adoren con fe. R./

Cristo, a quien toda lengua proclamará Señor, para gloria de Dios Padre, -recibe a nuestros hermanos difuntos en el reino de la felicidad eterna. R./

Siguiendo las palabras y ejemplos de Cristo en su pasión, digamos la oración en la que confiadamente nos entregamos a la voluntad de Dios, nuestro Padre.

Padre nuestro...

Señor, Dios nuestro, que has querido realizar la salvación de todos los hombres por medio de tu Hijo, muerto en la cruz, concédenos, te rogamos, a quienes hemos conocido en la tierra este misterio alcanzar en el cielo los premios de la redención.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R./ Amén.

Seguidamente se hace la despedida del Icono de la Virgen.

*Stabat Mater dolorosa
Iuxta crucem lacrimosa,
Dum pendebat filius.
Cuius animam gementem
Contristantem et dolentem
Pertransivit gladius.*

*O quam tristis et afflicta
Fuit illa benedicta
Mater unigeniti
Quae maerebat et dolebat.
Et tremebat, cum videbat
Nati poenas incliti.*

*Quis est homo qui non fleret,
Matrem Christi si videret
In tanto supplicio?
Quis non posset contristari,
Piam matrem contemplari
Dolentem cum filio?*

*Pro peccatis suae gentis
Jesum vidit in tormentis
Et flagellis subditum.
Vidit suum dulcem natum
Morientem desolatum
Dum emisit spiritum.*

*Eja mater fons amoris,
Me sentire vim doloris
Fac ut tecum lugeam.
Fac ut ardeat cor meum
In amando Christum Deum,
Ut sibi complaceam.*

*Sancta mater, istud agas,
Crucifixi fige plagas
Cordi meo valide.
Tui nati vulnerati
Iam dignati pro me pati,
Poenas mecum divide!*

*Fac me vere tecum flere,
Crucifixo condolere,
Donec ego vixero.
Juxta crucem tecum stare
Te libenter sociare
In planctu desidero.*

*Virgo virginum praeclara,
Mihi jam non sis amara,
Fac me tecum plangere.
Fac ut portem Christi mortem,
Passionis eius sortem
Et plagas recolare.*

*Fac me plagis vulnerari,
Cruce hac inebriari
Ob amorem filii,
Inflammatum et accensum,
Per te virgo sim defensum
In die iudicii.*

*Fac me cruce custodiri,
Morte Christi praemuniri,
Confoveri gratia.
Quando corpus morietur
Fac ut animae donetur
Paradisi gloria.*

La Madre piadosa estaba
junto a la cruz y lloraba
mientras el Hijo pendía.
Cuya alma, triste y llorosa,
traspasada y dolorosa,
fiero cuchillo tenía.

¡Oh, cuán triste y cuán aflicta
se vio la Madre bendita,
de tantos tormentos llena!
Cuando triste contemplaba
y dolorosa miraba
del Hijo amado la pena.

Y ¿cuál hombre no llorara,
si a la Madre contemplara
de Cristo, en tanto dolor?
Y ¿quién no se entristeciera,
Madre piadosa, si os viera
sujeta a tanto rigor?

Por los pecados del mundo,
vio a Jesús en tan profundo
tormento la dulce Madre.
Vio morir al Hijo amado,
que rindió desamparado
el espíritu a su Padre.

¡Oh dulce fuente de amor!,
hazme sentir tu dolor
para que llore contigo.
Y que, por mi Cristo amado,
mi corazón abrasado
más viva en él que conmigo.

Y, porque a amarle me anime,
en mi corazón imprime
las llagas que tuvo en sí.
Y de tu Hijo, Señora,
divide conmigo ahora
las que padeció por mí.

Hazme contigo llorar
y de veras lastimar
de sus penas mientras vivo.
Porque acompañar deseo
en la cruz, donde le veo,
tu corazón compasivo.

¡Virgen de vírgenes santas!,
llore ya con ansias tantas,
que el llanto dulce me sea.
Porque su pasión y muerte
tenga en mi alma, de suerte
que siempre sus penas vea.

Haz que su cruz me enamore
y que en ella viva y more
de mi fe y amor indicio.
Porque me inflame y encienda,
y contigo me defienda
en el día del juicio.

Haz que me ampare la muerte
de Cristo, cuando en tan fuerte
trance vida y alma estén.
Porque, cuando quede en calma
el cuerpo, vaya mi alma
a su eterna gloria. Amén.

Oración

Señor, tú has querido que la Madre compartiera los dolores de tu Hijo al pie de la cruz; haz que la Iglesia, asociándose con María a la pasión de Cristo, merezca participar de su resurrección. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

Luego el celebrante bendice al pueblo como de costumbre y el diácono despide al pueblo.

Oración de la Iglesia

- 59 Primeras Vísperas
- 67 Oficio de Lecturas
- 78 Laudes
- 87 Segundas Vísperas

Primeras vísperas

V./ Dios mío, ven en mi auxilio.

R./ Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén. Aleluya

Himno

En la cruz está la vida
y el consuelo
y ella sola es el camino
para el cielo.

En la cruz está el Señor
de cielo y tierra,
y el gozar de mucha paz,
aunque haya guerra;
todos los males destierra
en este suelo,
y ella sola es el camino
para el cielo.

Es una oliva preciosa
la santa cruz,
que, con su aceite nos unta
y nos da luz.
Hermano, toma la cruz,
con gran consuelo,
que ella sola es el camino
para el cielo.

El alma que a Dios está
toda rendida,
y muy de veras del mundo
desasida,
la cruz le es árbol de vida
y de consuelo,
y un camino deleitoso
para el cielo.

Después que se puso en cruz
el Salvador,
en la cruz está la gloria
y el amor,
y en el padecer dolor
vida y consuelo,
y el camino más seguro
para el cielo.

Gloria al Padre, gloria al Hijo,
gloria al Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos. Amén.

Salmos 146: Poder y bondad de Dios

Ant: El Crucificado resucitó de entre los muertos y nos redimió.
Aleluya.

Alabad al Señor, que la música es buena;
nuestro Dios merece una alabanza armoniosa.

El Señor reconstruye Jerusalén,
reúne a los deportados de Israel;
él sana los corazones destrozados,
venda sus heridas.

Cuenta el número de las estrellas,
a cada una la llama por su nombre.
Nuestro Señor es grande y poderoso,
su sabiduría no tiene medida.
El Señor sostiene a los humildes,
humilla hasta el polvo a los malvados.

Entonad la acción de gracias al Señor,
tocad la cítara para nuestro Dios,
que cubre el cielo de nubes,
preparando la lluvia para la tierra;

que hace brotar hierba en los montes,
para los que sirven al hombre;
que da su alimento al ganado
y a las crías de cuervo que graznan.

No aprecia el vigor de los caballos,
no estima los jarretes del hombre:
el Señor aprecia a sus fieles,
que confían en su misericordia.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén.

Ant: El Crucificado resucitó de entre los muertos y nos redimió.
Aleluya.

Salmos 147: Acción de gracias por la restauración de Jerusalén

Ant: En medio de la ciudad santa de Jerusalén está el árbol de
la vida, y las hojas del árbol sirven de medicina a las naciones.
Aleluya.

Glorifica al Señor, Jerusalén;
alaba a tu Dios, Sión:
que ha reforzado los cerrojos de tus puertas,
y ha bendecido a tus hijos dentro de ti;
ha puesto paz en tus fronteras,
te sacia con flor de harina.

Él envía su mensaje a la tierra,
y su palabra corre veloz;
manda la nieve como lana,
esparce la escarcha como ceniza;

hace caer el hielo como migajas
y con el frío congela las aguas;
envía una orden, y se derriten;
sopla su aliento, y corren.

Anuncia su palabra a Jacob,
sus decretos y mandatos a Israel;
con ninguna nación obró así,
ni les dio a conocer sus mandatos.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén.

Ant: En medio de la ciudad santa de Jerusalén está el árbol de
la vida, y las hojas del árbol sirven de medicina a las naciones.
Aleluya.

Cristo, Siervo de Dios, en su misterio pascual. Filipenses 2,6-11

Ant: Nosotros hemos de gloriarnos en la cruz de nuestro Señor
Jesucristo.

Cristo, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo,
pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera,
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte,
y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo
y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»;
de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble
en el cielo, en la tierra, en el abismo,
y toda lengua proclame:
Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén.

Ant: Nosotros hemos de gloriarnos en la cruz de nuestro Señor
Jesucristo.

Lectura Breve 1Co 1,23-24

Predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos,
necedad para los gentiles; pero, para los llamados -judíos o
griegos-, un Mesías que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios.

Responsorio

V./ Esta señal brillará en el cielo cuando venga el Señor.
R./ Esta señal brillará en el cielo cuando venga el Señor.

V./ Alzad la cabeza: se acerca vuestra liberación.

R./ Cuando venga el Señor.

V./ Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo

R./ Esta señal brillará en el cielo cuando venga el Señor.

Cantico Evangélico

Ant: Era necesario que el Mesías padeciera y resucitara de entre los muertos para entrar en su gloria.

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre

y por los siglos de los siglos. Amén.

Ant: Era necesario que el Mesías padeciera y resucitara de entre los muertos para entrar en su gloria.

Preces

Invoquemos a nuestro Redentor, que nos ha redimido por su cruz, y digámosle:

Por tu cruz, llévanos a tu reino.

Cristo, tú que te despojaste de tu rango y tomaste la condición de esclavo, pasando por uno de tantos, haz que los miembros de la Iglesia imitemos tu humildad.

Cristo, tú que te rebajaste hasta someterte incluso a la muerte, y una muerte de cruz, otórganos, a tus siervos, sumisión y paciencia.

Cristo, tú que fuiste levantado sobre todo por Dios, que te concedió el "Nombre-sobre-todo-nombre", concede a tus fieles la perseverancia hasta el fin.

Cristo, a cuyo nombre se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el abismo, infunde la caridad en los hombres, para que te adoren en la paz.

Cristo, a quien toda lengua proclamará Señor, para gloria de Dios Padre, recibe a nuestros hermanos difuntos en el reino de la felicidad eterna.

Porque Jesús ha resucitado, todos somos hijos de Dios; por eso nos atrevemos a decir:
Padre nuestro

Oración

Señor, Dios nuestro, que has querido realizar la salvación de todos los hombres por medio de tu Hijo, muerto en la cruz, concédenos, te rogamos, a quienes hemos conocido en la tierra este misterio, alcanzar en el cielo los premios de la redención. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

Oficio de Lecturas

V./ Dios mío, ven en mi auxilio.

R./ Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén. Aleluya.

Himno

¡Oh cruz fiel, árbol único en nobleza!

Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.

¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

Cantemos la nobleza de esta guerra,
el triunfo de la sangre y del madero;
y un Redentor, que en trance de Cordero,
sacrificado en cruz, salvó la tierra.

Dolido mi Señor por el fracaso
de Adán, que mordió muerte en la manzana,
otro árbol señaló, de flor humana,
que reparase el daño paso a paso.

Y así dijo el Señor: «¡Vuelva la Vida,
y que el Amor redima la condena!»
La gracia está en el fondo de la pena,
y la salud naciendo de la herida.

¡Oh plenitud del tiempo consumado!
Del seno de Dios Padre en que vivía,
ved la Palabra entrando por María
en el misterio mismo del pecado.

¿Quién vio en más estrechez gloria más plena,
y a Dios como el menor de los humanos?
Llorando en el pesebre, pies y manos
le faja una doncella nazarena.

En plenitud de vida y de sendero,
dio el paso hacia la muerte porque él quiso.
Mirad de par en par el paraíso
abierto por la fuerza de un Cordero.

Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
al que en la cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.

Salmo 2: El Mesías, rey vencedor

Ant: Esta es la cruz del Señor. Huid, enemigos, ha vencido
el león de la tribu de Judá, el vástago de David. Aleluya.

¿Por qué se amotinan las naciones,
y los pueblos planean un fracaso?

Se alían los reyes de la tierra,
los príncipes conspiran
contra el Señor y contra su Mesías:
«rompamos sus coyundas,
sacudamos su yugo.»

El que habita en el cielo sonrío,
el Señor se burla de ellos.
Luego les habla con ira,
los espanta con su cólera:
«Yo mismo he establecido a mi rey
en Sión, mi monte santo.»

Voy a proclamar el decreto del Señor;
él me ha dicho:
«Tú eres mi hijo:
yo te he engendrado hoy.
Pídemelo: te daré en herencia las naciones,
en posesión, los confines de la tierra:
los gobernarás con cetro de hierro,
los quebrarás como jarro de loza.»

Y ahora, reyes, sed sensatos;
escarmentad, los que regís la tierra:
servid al Señor con temor,
rendidle homenaje temblando;
no sea que se irrite, y vayáis a la ruina,
porque se inflama de pronto su ira.
¡Dichosos los que se refugian en Él!

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén.

Ant: Esta es la cruz del Señor. Huid, enemigos, ha vencido el
león de la tribu de Judá, el vástago de David. Aleluya.

Salmo 8: Las maravillas de la creación

Ant: El santo nombre del Señor ha sido ensalzado en la cruz
sobre el cielo y la tierra. Aleluya.
Señor, dueño nuestro,
¡qué admirable es tu nombre
en toda la tierra!

Ensalzaste tu majestad sobre los cielos.
De la boca de los niños de pecho

has sacado una alabanza contra tus enemigos,
para reprimir al adversario y al rebelde.

Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado,
¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
el ser humano, para darle poder?

Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
le diste el mando sobre las obras de tus manos,
todo lo sometiste bajo sus pies:

rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
las aves del cielo, los peces del mar,
que trazan sendas por el mar.

Señor, dueño nuestro,
¡qué admirable es tu nombre,
en toda la tierra!

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén.

Ant: El santo nombre del Señor ha sido ensalzado en la cruz
sobre el cielo y la tierra. Aleluya.

Salmo 95: El Señor, rey y juez del mundo

Ant: ¡Oh cruz bendita!, tú sola fuiste digna de sostener al Rey
y Señor de los cielos. Aleluya.
Cantad al Señor un cántico nuevo,

cantad al Señor, toda la tierra;
cantad al Señor, bendecid su nombre,
proclamad día tras día su victoria.

Contad a los pueblos su gloria,
sus maravillas a todas las naciones;
porque es grande el Señor, y muy digno de alabanza,
más temible que todos los dioses.

Pues los dioses de los gentiles son apariencia,
mientras que el Señor ha hecho el cielo;
honor y majestad lo preceden,
fuerza y esplendor están en su templo.

Familias de los pueblos, aclamad al Señor,
aclamad la gloria y el poder del Señor,
aclamad la gloria del nombre del Señor,
entrad en sus atrios trayéndole ofrendas.

Postraos ante el Señor en el atrio sagrado,
tiemble en su presencia la tierra toda;
decid a los pueblos: «el Señor es rey,
él afianzó el orbe, y no se moverá;
él gobierna a los pueblos rectamente».

Alégrese el cielo, goce la tierra,
retumbe el mar y cuanto lo llena;
vitoreen los campos y cuanto hay en ellos,
aclamen los árboles del bosque,

delante del Señor, que ya llega,
ya llega a regir la tierra:
regirá el orbe con justicia
y los pueblos con fidelidad.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Ant: ¡Oh cruz bendita!, tú sola fuiste digna de sostener al Rey y Señor de los cielos. Aleluya.

V./ Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto.

R./ Así tiene que ser elevado el Hijo del hombre.

Lectura bíblica

De la carta del apóstol san Pablo a los Gálatas 2,19-3,7.13-14; 6,14-16

Hermanos: Yo, Pablo, para la ley estoy muerto, porque la ley me ha dado muerte; pero así vivo para Dios. Estoy crucificado con Cristo: vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí. Y, mientras vivo en esta carne, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí. Yo no anulo la gracia de Dios. Pero si la justificación fuera efecto de la ley, la muerte de Cristo sería inútil.

¡Insensatos gálatas! ¿Quién os ha embrujado? ¡Y pensar que ante vuestros ojos presentamos la figura de Jesucristo en la cruz! Contestadme a una sola pregunta: ¿Recibisteis el Espíritu por observar la ley, o por haber respondido a la fe?

¿Tan estúpidos sois? ¡Empezasteis por el espíritu para terminar con la carne! ¡Tantas magníficas experiencias en vano! Si es que han sido en vano. Vamos a ver: Cuando Dios os concede el Espíritu y obra prodigios entre vosotros, ¿por qué lo hace? ¿Porque observáis la ley, o porque respondéis a la fe? Lo mismo que con Abrahán, que creyó a Dios, y eso le valió la justificación. Comprended, por tanto, de una vez, que hijos de Abrahán son los hombres de fe.

Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose por nosotros un maldito, porque dice la Escritura: «Maldito todo el que cuelga de un árbol.» Esto sucedió para que, por medio de Jesucristo, la bendición de Abrahán alcanzase a los gentiles, y por la fe recibiéramos el Espíritu prometido.

Lo que es a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Pues lo que cuenta no es circuncisión o incircuncisión, sino una criatura nueva. La paz y la misericordia de Dios vengan sobre todos los que se ajustan a esta norma; también sobre el Israel de Dios.

Responsorio

R./ Nosotros hemos de gloriarnos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo: en Él está nuestra salvación, vida y resurrección, Él nos ha salvado y libertado.

V./ Ha sido coronado de gloria y honor por su pasión y muerte.

R./ Él nos ha salvado y libertado.

Lectura Patristica

San Andrés de Creta, obispo

Sermón sobre la Exaltación de la Santa Cruz

(PG 97,1018-19.1022-23)

Por la cruz, cuya fiesta celebramos, fueron expulsadas las tinieblas y devuelta la luz. Celebramos hoy la fiesta de la cruz y, junto con el Crucificado, nos elevamos hacia lo alto, para, dejando abajo la tierra y el pecado, gozar de los bienes celestiales; tal y tan grande es la posesión de la cruz. Quien posee la cruz posee un tesoro. Y, al decir un tesoro, quiero significar con esta expresión a aquel que es, de nombre y de hecho, el más excelente de todos los bienes, en el cual, por el

cual y para el cual culmina nuestra salvación y se nos restituye a nuestro estado de justicia original.

Porque, sin la cruz, Cristo no hubiera sido crucificado. Sin la cruz, aquel que es la vida no hubiera sido clavado en el leño. Si no hubiese sido clavado, las fuentes de la inmortalidad no hubiesen manado de su costado la sangre y el agua que purifican el mundo, no hubiese sido rasgado el documento en que constaba la deuda contraída por nuestros pecados, no hubiéramos sido declarados libres, no disfrutaríamos del árbol de la vida, el paraíso continuaría cerrado. Sin la cruz, no hubiera sido derrotada la muerte, ni despojado el lugar de los muertos.

Por esto, la cruz es cosa grande y preciosa. Grande, porque ella es el origen de innumerables bienes, tanto más numerosos, cuanto que los milagros y sufrimientos de Cristo juegan un papel decisivo en su obra de salvación. Preciosa, porque la cruz significa a la vez el sufrimiento y el trofeo del mismo Dios: el sufrimiento, porque en ella sufrió una muerte voluntaria; el trofeo, porque en ella quedó herido de muerte el demonio y, con él, fue vencida la muerte. En la cruz fueron demolidas las puertas de la región de los muertos, y la cruz se convirtió en salvación universal para todo el mundo.

La cruz es llamada también gloria y exaltación de Cristo. Ella es el cáliz rebosante, de que nos habla el salmo, y la culminación de todos los tormentos que padeció Cristo por nosotros. El mismo Cristo nos enseña que la cruz es su gloria, cuando dice: Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él, y pronto lo glorificará. Y también: Padre, glorifícame con la gloria que yo tenía cerca de ti, antes que el mundo existiese. Y asimismo dice: «Padre, glorifica tu nombre». Entonces vino una voz del cielo: «Lo he glorificado y volveré a glorificarlo», palabras que se referían a la gloria que había de conseguir en la cruz.

También nos enseña Cristo que la cruz es su exaltación, cuando dice: Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí. Está claro, pues, que la cruz es la gloria y exaltación de Cristo.

Responsorio

R./ Oh cruz admirable, de cuyas ramas colgó nuestro tesoro y la redención de los cautivos; por ti el mundo fue redimido con la sangre de su Señor.

V./ Salve, cruz, santificada por el cuerpo de Cristo y adornada con las piedras preciosas de sus sagrados miembros.

R./ Por ti el mundo fue redimido con la sangre de su Señor.

Te Deum

A ti, oh Dios, te alabamos,
a ti, Señor, te reconocemos.

A ti, eterno Padre,
te venera toda la creación.

Los ángeles todos, los cielos
y todas las potestades te honran.

Los querubines y serafines
te cantan sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor,
Dios del universo.

Los cielos y la tierra
están llenos de la majestad de tu gloria.

A ti te ensalza
el glorioso coro de los apóstoles,

la multitud admirable de los profetas,
el blanco ejército de los mártires.

A ti la Iglesia santa,
extendida por toda la tierra,
te proclama:

Padre de inmensa majestad,
Hijo único y verdadero, digno de adoración,
Espíritu Santo, Defensor.

Tú eres el Rey de la gloria, Cristo.

Tú eres el Hijo único del Padre.

Tú, para liberar al hombre,
aceptaste la condición humana
sin desdeñar el seno de la Virgen.

Tú, rotas las cadenas de la muerte,
abriste a los creyentes el reino del cielo.

Tú te sientas a la derecha de Dios
en la gloria del Padre.

Creemos que un día
has de venir como juez.

Te rogamos, pues,
que vengas en ayuda de tus siervos,
a quienes redimiste con tu preciosa sangre.

Haz que en la gloria eterna
nos asociemos a tus santos.

(lo que sigue puede omitirse)

Salva a tu pueblo, Señor,
y bendice tu heredad.

Sé su pastor
y ensálzalo eternamente.

Día tras día te bendecimos
y alabamos tu nombre para siempre,
por eternidad de eternidades.

Dígnate, Señor, en este día
guardarnos del pecado.

Ten piedad de nosotros, Señor,
ten piedad de nosotros.

Que tu misericordia, Señor,
venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti.

En ti, Señor, confié,
no me veré defraudado para siempre.

Oremos

Señor, Dios nuestro, que has querido realizar la salvación de todos los hombres por medio de tu Hijo, muerto en la cruz, concédenos, te rogamos, a quienes hemos conocido en la tierra este misterio, alcanzar en el cielo los premios de la redención. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

Laudes

V./ Dios mío, ven en mi auxilio.

R./ Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos.
Amén. Aleluya

Himno

¡Oh cruz fiel, árbol único en nobleza!
Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.
¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

Vinagre y sed la boca, apenas gime;
y, al golpe de los clavos y la lanza,
un mar de sangre fluye, inunda, avanza
por tierra, mar y cielo, y los redime.

Ablándate, madero, tronco abrupto
de duro corazón y fibra inerte;
doblégate a este peso y esta muerte
que cuelga de tus ramas como un fruto.

Tú, solo entre los árboles, crecido
para tender a Cristo en tu regazo;
tú, el arca que nos salva; tú, el abrazo
de Dios con los verdugos del Ungido.

Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;

al que en la cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.

Salmo 62,2-9: El alma sedienta de Dios

Ant: Murió en la santa cruz el que venció al infierno.
Ceñido de poder, resucitó al tercer día.

Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua.

¡Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.

Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.
Me saciaré como de enjundia y de manteca,
y mis labios te alabarán jubilosos.

En el lecho me acuerdo de ti
y velando medito en ti,
porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo;
mi alma está unida a ti,
y tu diestra me sostiene.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén.

Ant: Murió en la santa cruz el que venció al infierno. Ceñido de poder, resucitó al tercer día.

Daniel 3,57-88.56: Toda la creación alabe al Señor

Ant: ¡Cómo brilla la cruz, de la que colgó Dios en carne humana y en la que, con su sangre, lavó nuestras heridas!
Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

Ángeles del Señor, bendecid al Señor;
cielos, bendecid al Señor.

Aguas del espacio, bendecid al Señor;
ejércitos del Señor, bendecid al Señor.

Sol y luna, bendecid al Señor;
astros del cielo, bendecid al Señor.

Lluvia y rocío, bendecid al Señor;
vientos todos, bendecid al Señor.

Fuego y calor, bendecid al Señor;
fríos y heladas, bendecid al Señor.

Rocíos y nevadas, bendecid al Señor;
témpanos y hielos, bendecid al Señor.

Escarchas y nieves, bendecid al Señor;
noche y día, bendecid al Señor.

Luz y tinieblas, bendecid al Señor;
rayos y nubes, bendecid al Señor.

Bendiga la tierra al Señor,
ensálcelo con himnos por los siglos.

Montes y cumbres, bendecid al Señor;
cuanto germina en la tierra, bendiga al Señor.

Manantiales, bendecid al Señor;
mares y ríos, bendecid al Señor.

Cetáceos y peces, bendecid al Señor;
aves del cielo, bendecid al Señor.

Fieras y ganados, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

Hijos de los hombres, bendecid al Señor
bendiga Israel al Señor.

Sacerdotes del Señor, bendecid al Señor;
siervos del Señor, bendecid al Señor.

Almas y espíritus justos, bendecid al Señor;
santos y humildes de corazón, bendecid al Señor.

Ananías, Azarías y Misael, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

Bendigamos al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo,
ensalcémoslo con himnos por los siglos.

Bendito el Señor en la bóveda del cielo,
alabado y glorioso y ensalzado por los siglos.

Ant: ¡Cómo brilla la cruz, de la que colgó Dios en carne humana y en la que, con su sangre, lavó nuestras heridas!

Salmo 149: Alegría de los santos

Ant: Resplandece la santa cruz, por la que el mundo recobra la salvación. ¡Oh cruz que vences! ¡cruz que reinas!, ¡cruz que nos limpias de todo pecado! Aleluya.

Cantad al Señor un cántico nuevo,
resuene su alabanza en la asamblea de los fieles;
que se alegre Israel por su Creador,
los hijos de Sión por su Rey.

Alabad su nombre con danzas,
cantadle con tambores y cítaras;
porque el Señor ama a su pueblo
y adorna con la victoria a los humildes.

Que los fieles festejen su gloria
y canten jubilosos en filas:
con vítores a Dios en la boca
y espadas de dos filos en las manos:

para tomar venganza de los pueblos
y aplicar el castigo a las naciones,
sujetando a los reyes con argollas,
a los nobles con esposas de hierro.

Ejecutar la sentencia dictada
es un honor para todos sus fieles.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén.

Ant: Resplandece la santa cruz, por la que el mundo recobra la salvación. ¡Oh cruz que vences! ¡cruz que reinas!, ¡cruz que nos limpias de todo pecado! Aleluya.

Lectura breve Hb 2,9b-10

Vemos a Jesús coronado de gloria y honor por su pasión y muerte. Así, por la gracia de Dios, ha padecido la muerte para bien de todos. Dios, para quien y por quien existe todo, juzgó conveniente, para llevar a una multitud de hijos a la gloria, perfeccionar y consagrar con sufrimiento al guía de su salvación.

Responsorio

V./ Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos
R./ Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos

V./ Porque con tu santa Cruz has redimido al mundo.
R./ Y te bendecimos

V./ Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
R./ Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos

Cantico Evangélico

Ant: Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos, por el madero ha venido la alegría al mundo entero.

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
porque ha visitado y redimido a su pueblo,
suscitándonos una fuerza de salvación
en la casa de David, su siervo,
según lo había predicho desde antiguo,
por boca de sus santos profetas.

Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos
y de la mano de todos los que nos odian;
realizando la misericordia
que tuvo con nuestros padres,
recordando su santa alianza
y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán.

Para concedernos que, libres de temor,
arrancados de la mano de los enemigos,
le sirvamos con santidad y justicia,
en su presencia, todos nuestros días.

Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo,
porque irás delante del Señor
a preparar sus caminos,
anunciando a su pueblo la salvación,
el perdón de sus pecados.

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
nos visitará el sol que nace de lo alto,
para iluminar a los que viven en tinieblas
y en sombra de muerte,
para guiar nuestros pasos
por el camino de la paz.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén.

Ant: Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos
y glorificamos, por el madero ha venido la alegría al mundo
entero.

Preces

Invoquemos a nuestro Redentor, que nos ha redimido por su
cruz, y digámosle:

Por tu cruz, sálvanos, Señor.

Hijo de Dios, que, por la señal de la serpiente de bronce, sanaste
al pueblo de Israel, protégenos hoy de la mordedura del pecado.

Hijo del hombre, que fuiste elevado en la cruz, como Moisés elevó
la serpiente en el desierto, elévanos a la felicidad de tu reino.

Hijo unigénito del Padre, que fuiste dado al mundo para que
todo el que crea en ti no perezca, concede la vida eterna a los
que buscamos tu rostro.

Hijo amado del Padre, que has sido enviado al mundo, no para
condenarlo, sino para que se salve por ti, da la fe a nuestros
parientes para que no perezcan.

Hijo eterno del Padre, que viniste a prender fuego en el mundo
y deseaste que estuviera ya ardiendo, haz que realicemos la
verdad y nos acerquemos así a la luz.

Acudamos a Dios Padre, tal como nos enseñó Jesucristo:

Padre nuestro

Oración

Señor, Dios nuestro, que has querido realizar la salvación de
todos los hombres por medio de tu Hijo, muerto en la cruz,

concédenos, te rogamos, a quienes hemos conocido en la tierra este misterio, alcanzar en el cielo los premios de la redención. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

Segundas Vísperas

V./ Dios mío, ven en mi auxilio.

R./ Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén. Aleluya

Himno

En la cruz está la vida
y el consuelo
y ella sola es el camino
para el cielo.

En la cruz está el Señor
de cielo y tierra,
y el gozar de mucha paz,
aunque haya guerra;
todos los males destierra
en este suelo,
y ella sola es el camino
para el cielo.

Es una oliva preciosa
la santa cruz,
que, con su aceite nos unta
y nos da luz.
Hermano, toma la cruz,
con gran consuelo,
que ella sola es el camino
para el cielo.

El alma que a Dios está
toda rendida,
y muy de veras del mundo
desasida,
la cruz le es árbol de vida
y de consuelo,
y un camino deleitoso
para el cielo.

Después que se puso en cruz
el Salvador,
en la cruz está la gloria
y el amor,
y en el padecer dolor
vida y consuelo,
y el camino más seguro
para el cielo.

Gloria al Padre, gloria al Hijo,
gloria al Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos. Amén.

Salmo 109,1-5.7: El Mesías, Rey y Sacerdote

Ant: ¡Oh gran obra del amor! la muerte murió cuando en el árbol
murió la Vida.

Oráculo del Señor a mi Señor:

«Siéntate a mi derecha,
y haré de tus enemigos
estrado de tus pies».
Desde Sión extenderá el Señor
el poder de tu cetro:
somete en la batalla a tus enemigos.

«Eres príncipe desde el día de tu nacimiento,
entre esplendores sagrados;
yo mismo te engendré, como rocío,
antes de la aurora».

El Señor lo ha jurado y no se arrepiente:
«Tú eres sacerdote eterno,
según el rito de Melquisedec».

El Señor a tu derecha, el día de su ira,
quebrantará a los reyes.
En su camino beberá del torrente,
por eso, levantará la cabeza.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén.

Ant: ¡Oh gran obra del amor! la muerte murió cuando en el árbol
murió la Vida.

Salmo 115: Acción de gracias en el templo

Ant: Adoramos tu cruz, Señor, recordamos tu gloriosa pasión;
ten compasión de nosotros, tú que moriste por nosotros.

Tenía fe, aún cuando dije:
«¡Qué desgraciado soy!»
Yo decía en mi apuro:
«Los hombres son unos mentirosos.»

¿Cómo pagaré al Señor
todo el bien que me ha hecho?
Alzaré la copa de la salvación,

invocando su nombre.
Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo.

Mucho le cuesta al Señor
la muerte de sus fieles.
Señor, yo soy tu siervo,
siervo tuyo, hijo de tu esclava:
rompiste mis cadenas.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando tu nombre, Señor.
Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo,
en el atrio de la casa del Señor,
en medio de ti, Jerusalén.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén.

Ant: Adoramos tu cruz, Señor, recordamos tu gloriosa pasión;
ten compasión de nosotros, tú que moriste por nosotros.

Himno de los redimidos. Apocalipsis 4,11;5,9.10.12

Ant: Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque con tu
cruz has redimido al mundo.
Eres digno, Señor, Dios nuestro,
de recibir la gloria, el honor y el poder,
porque tú has creado el universo;
porque por tu voluntad lo que no existía fue creado.

Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos,

porque fuiste degollado
y con tu sangre compraste para Dios
hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación;
y has hecho de ellos para nuestro Dios
un reino de sacerdotes,
y reinan sobre la tierra.

Digno es el Cordero degollado
de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría,
la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén.

Ant: Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque con tu
cruz has redimido al mundo.

Lectura breve 1Co 1,23-24

Predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos,
necedad para los gentiles; pero, para los llamados -judíos o
griegos-, un Mesías que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios.

Responsorio

V./ Oh Cruz gloriosa, en ti ha triunfado el Rey de los ángeles.
R./ Oh Cruz gloriosa, en ti ha triunfado el Rey de los ángeles.

V./ Y con su sangre ha lavado nuestras heridas.
R./ En ti ha triunfado el Rey de los ángeles.

V./ Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
R./ Oh Cruz gloriosa, en ti ha triunfado el Rey de los ángeles.

Cantico Evangélico

Ant: ¡Oh victoria de la cruz y admirable signo! Haz que alcancemos el triunfo en el cielo.

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén.

Ant: ¡Oh victoria de la cruz y admirable signo! Haz que alcancemos el triunfo en el cielo.

Preces

Invoquemos a nuestro Redentor, que nos ha redimido por su cruz, y digámosle:

Por tu cruz, llévanos a tu reino.

Cristo, tú que te despojaste de tu rango y tomaste la condición de esclavo, pasando por uno de tantos, haz que los miembros de la Iglesia imitemos tu humildad.

Cristo, tú que te rebajaste hasta someterte incluso a la muerte, y una muerte de cruz, otórganos, a tus siervos, sumisión y paciencia.

Cristo, tú que fuiste levantado sobre todo por Dios, que te concedió el "Nombre-sobre-todo-nombre", concede a tus fieles la perseverancia hasta el fin.

Cristo, a cuyo nombre se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el abismo, infunde la caridad en los hombres, para que te adoren en la paz.

Cristo, a quien toda lengua proclamará Señor, para gloria de Dios Padre, recibe a nuestros hermanos difuntos en el reino de la felicidad eterna.

Unidos a Jesucristo, supliquemos ahora al Padre con la oración de los hijos de Dios:

Padre nuestro

Oración

Señor, Dios nuestro, que has querido realizar la salvación de todos los hombres por medio de tu Hijo, muerto en la cruz, concédenos, te rogamos, a quienes hemos conocido en la tierra este misterio, alcanzar en el cielo los premios de la redención. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

Oraciones junto a la Cruz

- 97 Vía Crucis I (Madre Teresa de Calcuta)
- 103 Vía Crucis II
- 109 Contemplación de las siete palabras de Cristo en la Cruz

Vía Crucis I

Madre Teresa de Calcuta

Con motivo de la clausura del Congreso Eucarístico Internacional de 1976: *Un recorrido por la Pasión de Cristo, de ayer y de hoy.*

I Jesús es condenado a muerte

Llegada la mañana todos los príncipes de los sacerdotes, los ancianos del pueblo, tuvieron consejo contra Jesús para matarlo, y atado lo llevaron al procurador Pilato (Mt 27, 1-2) El pequeño niño que tiene hambre, que se come su pan pedacito a pedacito porque teme que se termine demasiado pronto y tenga otra vez hambre. Esta es la primera estación del calvario.

II Jesús carga con la cruz

Entonces se lo entregó para que lo crucificasen. Tomaron, pues, a Jesús, que llevando la cruz, salió al sitio llamado Calvario, que en hebreo se dice Gólgota (Jn 19, 16-17). ¿No tengo razón? ¡Muchas veces miramos pero no vemos nada! Todos nosotros tenemos que llevar la cruz y tenemos que seguir a Cristo al Calvario, si queremos reencontrarnos con Él. Yo creo que Jesucristo, antes de su muerte, nos ha dado su Cuerpo y su Sangre para que nosotros podamos vivir y tengamos bastante ánimo para llevar la cruz y seguirle, paso a paso.

III Jesús cae por primera vez

Dijo Jesús: El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y sígame, pues el que quiera salvar su vida la perderá: pero el que pierda su vida, ese la salvará (Mt 16,24) En nuestras estaciones del Vía Crucis vemos que caen los pobres y los que tienen hambre, como se ha caído Cristo.

¿Estamos presentes para ayudarle a Él? ¿Lo estamos con nuestro sacrificio, nuestro verdadero pan? Hay miles y miles de personas que morirían por un bocadito de amor, por un pequeño bocadito de aprecio. Esta es una estación del Vía Crucis donde Jesús se cae de hambre.

IV. Jesús encuentra a su Madre

Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí (Lc 1, 45-49). Nosotros conocemos la cuarta estación del Vía Crucis en la que Jesús encuentra a su Madre. ¿Somos nosotros los que sufrimos las penas de una madre? ¿Una madre llena de amor y de comprensión? ¿Estamos aquí para comprender a nuestra juventud si se cae? ¿Si está sola? ¿Si no se siente deseada? ¿Estamos entonces presentes?

V. El Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz

Cuando le llevaban a crucificar, echaron mano de un tal Simón de Cirene, que venía del campo y le obligaron a ayudarle a llevar la cruz (Lc 23, 26). Simón de Cirene tomaba la cruz y seguía a Jesús, le ayudaba a llevar su cruz. Con lo que habéis dado durante el año, como signo de amor a la juventud, los miles y millones de cosas que habéis hecho a Cristo en los pobres, habéis sido Simón de Cirene en cada uno de vuestros hechos.

VI. La Verónica limpia el rostro de Jesús

Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me distéis de beber (Mt, 25,35). Con respecto a los pobres, los

abandonados, los no deseados, ¿somos como la Verónica? ¿Estamos presentes para quitar sus preocupaciones y compartir sus penas? ¿O somos parte de los orgullosos que pasan y no pueden ver?

VII. Jesús cae por segunda vez

Quiénes son mi madre y mis parientes? Y extendiendo su mano sobre sus discípulos dijo Jesús: he aquí a mi madre y a mis parientes quienquiera que haga la voluntad de mi Padre (Mt 12, 48-50). Jesús cae de nuevo. Hemos recogido a personas de la calle que han vivido como animales y se murieron entonces como ángeles? Estamos presentes para levantarlos. También en vuestro país podéis ver a gente en el parque que están solos, no deseados, no cuidados, sentados, miserables. Nosotros los rechazamos con la palabra alcoholizados. No nos importan. Pero es Jesús quien necesita nuestras manos para limpiar sus caras. ¿Podéis hacerlo?, o ¿pasaréis sin mirar?

VIII. Jesús consuela a las mujeres

Le seguía una gran multitud del pueblo y de mujeres, que se lamentaban y lloraban por Él. Vuelto hacia ellas les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos (Lc 23, 27-28). Padre Santo, yo rezo por ellas para que se consagren a tu santo nombre, santificadas por Ti; para que se entreguen a tu servicio, se te entreguen en el sacrificio. Para eso me consagro yo también y me entrego como sacrificio con Cristo.

IX. Jesús cae por tercera vez

Os he dicho esto para que tengáis paz conmigo. En el mundo tendréis tribulaciones, pero confiad: yo he vencido al mundo

(Jn 16, 33). Jesús cae de nuevo para ti y para mí. Se le quitan sus vestidos, hoy se le roba a los pequeños el amor antes del nacimiento. Ellos tienen que morir porque nosotros no deseamos a estos niños. Estos niños deben quedarse desnudos, porque nosotros no los deseamos, y Jesús toma este grave sufrimiento. El no nacido toma este sufrimiento porque no tiene más remedio de desearle, de amarle, de quedarme con mi hermano, con mi hermana.

X. Jesús es despojado de sus vestiduras

Cuando los soldados crucificaron a Jesús, tomaron sus vestidos, haciendo cuatro partes, una para cada soldado y la túnica (Jn 19,23) Señor, ayúdanos para que aprendamos a aguantar las penas, fatigas y torturas de la vida diaria, para que logremos siempre una más grande y creativa abundancia de vida.

XI. Jesús es clavado en la cruz

Cuando llegaron al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí con dos malhechores. Jesús decía: padre, perdónales porque no saben lo que hacen (Lc 23, 33). Jesús es crucificado. ¡Cuántos disminuidos psíquicos, retrasados mentales llenan las clínicas! ¡Cuántos hay en nuestra propia patria!. ¿Les visitamos? ¿Compartimos con ellos este calvario? ¿Sabemos algo de ellos? Jesús nos ha dicho: Si vosotros queréis ser mis discípulos, tomad la cruz y seguidme y Él opina que nosotros hemos de coger la cruz y que le demos de comer a Él en los que tienen hambre, que visitemos a los desnudos y los recibamos por Él en nuestra casa y que hagamos de ella su hogar.

XII. Jesús muere en la cruz

Después de probar el vinagre, Jesús dijo: Todo está cumplido, e inclinando la cabeza entregó el espíritu (Jn 19,30). Empecemos las estaciones de nuestro vía crucis personal con ánimo y con gran alegría, pues tenemos a Jesús en la sagrada Comunión, que es el Pan de la Vida que nos da vida y fuerza. Su sufrimiento es nuestra energía, nuestra alegría, nuestra pureza. Sin Él no podemos hacer nada.

XIII. Jesús es bajado de la cruz

Al caer la tarde vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que era discípulo de Jesús tomó su cuerpo y lo envolvió en una sábana limpia (Mt 27, 57.59). Vosotros jóvenes, llenos de amor y de energía, ¡no desperdiciéis vuestras fuerzas en cosas sin sentido!

XIV. Jesús es sepultado

Había un huerto cerca del sitio donde fue crucificado Jesús, y en él un sepulcro nuevo, en el cual aún nadie había sido enterrado y pusieron allí a Jesús (Jn 19, 41-42). Mirad a vuestro alrededor y ved, mirad a vuestros hermanos y hermanas no sólo en vuestro país, sino en todas las partes donde hay personas con hambre que os esperan. Desnudos que no tienen patria. ¡Todos os miran! ¡No les volváis las espaldas, pues ellos son el mismo Cristo!

Oración

Señor, ayúdanos para que aprendamos a aguantar las penas y las fatigas, las torturas de la vida diaria; que tu muerte y ascensión nos levante, para que lleguemos a una más grande y creativa abundancia de vida. Tú que has tomado con paciencia y humildad

la profundidad de la vida humana, igual que las penas y sufrimientos de tu cruz, ayúdanos para que aceptemos el dolor y las dificultades que nos trae cada nuevo día y que crezcamos como personas y lleguemos a ser más semejantes a ti. Haznos capaces de permanecer con paciencia y ánimo, y fortalece nuestra confianza en tu ayuda. Déjanos comprender que sólo podemos alcanzar una vida plena si morimos poco a poco a nosotros mismos y a nuestros deseos egoístas. Pues sólo si morimos contigo, podemos resucitar contigo. Amén.

Vía Crucis II

L./ *Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos...*

T./ ...que por tu santa Cruz redimiste al mundo

Primera estación

Jesús es condenado a muerte.

Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos...

“Pilato, para contentar a la multitud, puso en libertad a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, se lo entregó para que lo crucificaran”.

Padrenuestro.

Oremos: Jesús, te pedimos perdón porque nos lavamos las manos como Pilato ante las injusticias y el mal. Ayúdanos a perdonar como tu perdonas.

Segunda estación

Jesús carga con la cruz a cuestas.

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos...

“Jesús, cargando con la cruz, se dirigió al lugar llamado de la Calavera, que en hebreo se dice Gólgota”.

Padrenuestro.

Oremos: Jesús, nosotros tenemos miedo a cargar con nuestra cruz. Ayúdanos a vivir con la fuerza que viene de Dios.

Tercera estación

Jesús cae por primera vez.

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos...

“Jesús soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros vimos despreciado y humillado”.

Padrenuestro.

Oremos: Te damos las gracias, Jesús, por tu amor y por enseñarnos a levantarnos de las caídas.

Cuarta estación

Jesús encuentra a su Madre.

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos...

“Estad alegres cuando compartís los sufrimientos de Cristo, así rebosareis de gozo cuando se manifieste su gloria”.

Oremos: Dios te salve, María...

Quinta estación

El cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz.

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos...

“Encontraron a un hombre de Cirene que venía de trabajar en el campo y le obligaron a llevar la cruz de Jesús”.

Padrenuestro.

Oremos: Jesús, te queremos ayudar a llevar la cruz, igual que el cireneo...la cruz de los que están solos, de los que no tienen cariño, de los enfermos.

Sexta estación

La Verónica enjuga el rostro de Jesús.

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos...

“Tu rostro buscaré, Señor; no me escondas tu rostro”.

Padrenuestro.

Oremos: Jesús, ayúdanos a socorrerte en los que sufren el desprecio y la injusticia.

Séptima estación

Jesús cae por segunda vez.

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos...

“Todos errábamos como ovejas sin pastor, y el Señor cargo sobre sí todos nuestros crímenes”.

Padrenuestro.

Oremos: Jesús, nosotros no entendemos el mal de este mundo, pero igual que tú queremos estar al lado de los que sufren. Enséñanos a levantarnos cuando nos cansamos y caemos.

Octava estación

Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén.

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos...

“Lo seguía mucha gente y mujeres que lloraban por él. Él les dijo: no lloréis por mí, llorad mejor por vosotras y vuestros hijos; porque sino con la rama verde hacen esto, ¿qué harán con el tronco seco?”

Padrenuestro.

Oremos: Jesús, queremos seguir tus pasos y consolar a los que sufren.

Novena estación

Jesús cae por tercera vez.

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos...

“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”.

Padrenuestro.

Oremos: Jesús, tú que sufriste tanto por amor, ayúdame a cambiar el corazón egoísta y miserable que tengo.

Décima estación

Jesús es despojado de sus vestiduras.

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos...

“Al llegar al lugar donde lo iban a crucificar, los soldados se repartieron sus ropas y echaron a suertes su túnica”.

Padrenuestro.

Oremos: Perdóname, Jesús, cuando te despojo al hablar mal de otros, al criticar, al ser mal pensado. Dame una mirada limpia y tu perdón.

Undécima estación

Jesús es crucificado.

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos...

“Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota, lo crucificaron a él y a dos malhechores, uno a su derecha y otro a su izquierda”.

Padrenuestro.

Oremos: Jesús, nosotros nos quejamos de tantas cosas sin importancia. Tú que amaste tanto, haz que aprendamos a valorar las cosas que tenemos y a dar la vida por las que merecen la pena.

Duodécima estación

Jesús muere en la cruz.

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos...

“A eso de las tres de la tarde, Jesús grito con voz potente: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y dicho esto expiró”. Silencio.

Decimotercera estación

Jesús es bajado de la cruz.

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos...

“José de Arimatea pidió a Pilato que le dejara quitar el cuerpo de Jesús. Pilato lo autorizó”.

Dios te salve, María.

Oremos: Jesús, danos esperanza para saber que siempre triunfa el amor y la vida.

Decimocuarta estación

Jesús es sepultado y al tercer día resucitó.

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos...

“Pusieron el cuerpo de Jesús en un sepulcro nuevo”

Padrenuestro.

Oremos: Danos, Jesús resucitado, la fe y el amor para resucitar contigo.

Contemplación de las siete palabras de Cristo en la Cruz

Contemplar «al que traspasaron» nos llevará a abrir el corazón a los demás, reconociendo las heridas infligidas a la dignidad del ser humano; y nos llevará, en especial, a luchar contra toda forma de desprecio de la vida y de explotación de la persona, y a aliviar los dramas de la soledad y del abandono de muchas personas.

Benedicto XVI

1. ¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!

(Lc 23,34)

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?

¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía»!

¡Y cuántas, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

Lope de Vega

De la profecía de Oseas 11,1b-9

Cuando Israel era niño, yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más lo llamaba, más se alejaba de mí: sacrificaba a los Baales, ofrecía incienso a los ídolos. Yo enseñé a andar a Efraím, lo alzaba en brazos; y él no comprendía que yo lo curaba. Con cuerdas humanas, con correas de amor lo atraía; era para ellos como el que levanta el yugo de la cerviz me inclinaba y le daba de comer. Efraím volverá a Egipto. Asur será su rey, porque no quiso convertirse. Llega la espada contra sus ciudades, y devorará sus puertas, y los consumirá en pago de sus planes. Pueblo mío, perturbado por tu apostasía; aunque invoquen a Baal, no les ayuda.

¿Cómo podré entregarte, Efraím; abandonarte, Israel? ¿Podré convertirte como Admá, hacerte semejante a Seboím? Se me revuelve el corazón, se me conmueven las entrañas. No cederé al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraím; que soy Dios, y no hombre; santo en medio de ti, y no enemigo a la puerta.

Contemplación

(...) Dios quiere hablar al corazón de su pueblo y también a cada uno de nosotros. "Te he creado a mi imagen y semejanza", nos dice. "Yo mismo soy el amor, y tú eres mi imagen en la medida en que brilla en ti el esplendor del amor, en la medida en que me respondes con amor". Dios nos espera. Quiere que lo amemos: ¿no debe tocar nuestro corazón esta invitación? (...) él viene a nuestro encuentro, viene a mi encuentro. ¿Hallará una respuesta?

Queremos poseer el mundo y nuestra misma vida de modo ilimitado. Dios es un estorbo para nosotros. O se hace de él una simple frase devota o se lo niega del todo, excluyéndolo de la vida pública, de modo que pierda todo significado. La tolerancia

que, por decirlo así, admite a Dios como opinión privada, pero le niega el ámbito público, la realidad del mundo y de nuestra vida, no es tolerancia sino hipocresía. Sin embargo, donde el hombre se convierte en único amo del mundo y propietario de sí mismo, no puede existir la justicia. Allí sólo puede dominar el arbitrio del poder y de los intereses. Ciertamente, se puede echar al Hijo fuera de la viña y asesinarlo, para gozar de forma egoísta, solos, de los frutos de la tierra. Pero entonces la viña se transforma muy pronto en un terreno yermo.

Arrepiéntete. -dice el libro del Apocalipsis- (...) Si no, iré donde ti y cambiaré de su lugar tu candelero" (Ap 2, 5). También a nosotros nos pueden quitar la luz; por eso, debemos dejar que resuene con toda su seriedad en nuestra alma esa amonestación, diciendo al mismo tiempo al Señor: "Ayúdanos a convertirnos. Concédenos a todos la gracia de una verdadera renovación. No permitas que se apague tu luz entre nosotros. Afianza nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor, para que podamos dar frutos buenos".

Benedicto XVI. De la homilía en la Misa de apertura de la XI Asamblea General del Sínodo de los obispos. 2-10-2005

2. Jesús contestó al buen ladrón:

En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el Paraíso

(Lc 23,43)

Oveja perdida, ven
sobre mis hombros, que hoy
no sólo tu pastor soy,
sino tu pasto también.

Por descubrirte mejor
cuando balabas perdida,

dejé en un árbol la vida
donde me subió el amor;
si prenda quieres mayor,
mis obras hoy te la den.

Pasto, al fin, hoy tuyo hecho,
¿cuál dará mayor asombro,
o al traerte yo en el hombro
o al traerme tú en el pecho?
Prenda son de amor estrecho
que aún los más ciegos las ven.

Luis de Góngora

Del Evangelio según san Mateo 19, 16-21

En aquel tiempo, se acercó uno a Jesús y le preguntó:

-«Maestro, ¿qué tengo que hacer de bueno para obtener la vida eterna?»

Jesús le contestó:

-«¿Por qué me preguntas qué es bueno? Uno solo es Bueno. Mira, si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.»

Él le preguntó:

-«¿Cuáles?»

Jesús le contestó:

-«No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo.»

El muchacho le dijo:

-«Todo eso lo he cumplido. ¿Qué me falta?»

Jesús le contestó:

-«Si quieres llegar hasta el final, vende lo que tienes, da el dinero a los pobres –así tendrás un tesoro en el cielo- y luego vente conmigo.»

Al oír esto, el joven se fue triste, porque era rico.

Contemplación

"Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo" (Ef 2, 4-5). Para expresar esta realidad de salvación, el Apóstol, además del término "misericordia", *eleos*, utiliza también la palabra "amor", *agape*, recogida y amplificada ulteriormente en la bellísima afirmación evangélica: "Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna" (Jn 3, 16).

Sabemos que esa "entrega" por parte del Padre tuvo un desenlace dramático: llegó hasta el sacrificio de su Hijo en la cruz. Si toda la misión histórica de Jesús es signo elocuente del amor de Dios, lo es de modo muy singular su muerte, en la que se manifestó plenamente la ternura redentora de Dios. Por consiguiente, siempre, la cruz debe estar en el centro de nuestra meditación; en ella contemplamos la gloria del Señor que resplandece en el cuerpo martirizado de Jesús. Precisamente en esta entrega total de sí se manifiesta la grandeza de Dios, que es amor.

Todo cristiano está llamado a comprender, vivir y testimoniar con su existencia la gloria del Crucificado. La cruz —la entrega de sí mismo del Hijo de Dios— es, en definitiva, el "signo" por excelencia que se nos ha dado para comprender la verdad del hombre y la verdad de Dios: todos hemos sido creados y redimidos por un Dios que por amor inmoló a su Hijo único. Por eso, en la cruz "se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical"

¿Cómo responder a este amor radical del Señor? (...)

¡Cuántos, en nuestro tiempo, buscan a Dios, buscan a Jesús

y a su Iglesia, buscan la misericordia divina, y esperan un "signo" que toque su mente y su corazón! el evangelista Juan nos recuerda que el único "signo" es Jesús elevado en la cruz: Jesús muerto y resucitado es el signo absolutamente suficiente. En él podemos comprender la verdad de la vida y obtener la salvación. Este es el anuncio central de la Iglesia, que no cambia a lo largo de los siglos. Por tanto, la fe cristiana no es ideología, sino encuentro personal con Cristo crucificado y resucitado. De esta experiencia, que es individual y comunitaria, surge un nuevo modo de pensar y de actuar: como testimonian los santos, nace una existencia marcada por el amor.

Benedicto XVI. Homilía en la Visita pastoral a la parroquia romana de Dios, Padre misericordioso. 26-3-2006

3. Dijo a la Madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”.
Luego dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu Madre”
(Jn 19,26-27)

En esta tarde, Cristo del Calvario,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero, al verte, mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.

¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?

¿Cómo explicarte a ti mi soledad,
cuando en la cruz alzado y solo estás?
¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?

Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mí todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.

Y sólo pido no pedirte nada,
estar aquí, junto a tu imagen muerta,
ir aprendiendo que el dolor es sólo
la llave santa de tu santa puerta.

Gabriela Mistral

Del libro de las Lamentaciones 1,1-12.18-20

¡Cómo yace solitaria
la Ciudad populosa!
Como una viuda se ha quedado
la grande entre las naciones.
La Princesa entre las provincias
sujeta está a tributo.
Llora que llora por la noche,
y las lágrimas surcan sus mejillas.
Ni uno hay que la consuele.

Sentada entre las naciones,
no encuentra sosiego.
La alcanzan todos sus perseguidores
fentre las angosturas.
Las calzadas de Sión están de luto,
que nadie viene a las solemnidades.
Todas sus puertas desoladas,
sus sacerdotes gimiendo,
afligidas sus vírgenes,
¡y ella misma en amargura!

De la hija de Sión se ha ido
todo su esplendor.
Sus príncipes son como ciervos
que no encuentran pasto,
caminando van sin fuerzas
delante del hostigador.

"Mira, Yahveh, y contempla
qué envilecida estoy."
Vosotros, todos los que pasáis por el camino,
mirad y ved
si hay dolor semejante
al dolor que me atormenta,
con el que Yahveh me ha herido
el día de su ardiente cólera.

Escuchad, pues, pueblos todos,
y mirad mi dolor.

Contemplación

El autor del cuarto Evangelio, san Juan, el único de los apóstoles que permaneció en el Gólgota junto a la Madre de Jesús y a otras mujeres, fue testigo privilegiado de ese acontecimiento. La maternidad de María, que comenzó con el fiat de Nazaret, culmina bajo la cruz. Si es verdad, como observa san Anselmo, que "desde el momento del fiat María comenzó a llevarnos a todos en su seno", la vocación y misión materna de la Virgen con respecto a los creyentes en Cristo comenzó efectivamente cuando Cristo le dijo: "Mujer, ahí tienes a tu hijo" (Jn 19, 26).

Viendo desde lo alto de la cruz a su Madre y a su lado al discípulo amado, Cristo agonizante reconoció la primicia de la nueva familia que había venido a formar en el mundo, el germen de la Iglesia y de la nueva humanidad. Por eso, se dirigió a

María llamándola "mujer" y no "madre"; término que sin embargo utilizó al encomendarla al discípulo: "Ahí tienes a tu madre" (Jn 19, 27). El Hijo de Dios cumplió así su misión: nacido de la Virgen para compartir en todo, excepto en el pecado, nuestra condición humana, en el momento de regresar al Padre dejó en el mundo el sacramento de la unidad del género humano: la familia "congregada por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (san Cipriano, De Orat. Dom. 23: PL 4, 536), cuyo núcleo primordial es precisamente este vínculo nuevo entre la Madre y el discípulo. De este modo, quedan unidas de manera indisoluble la maternidad divina y la maternidad eclesial....

María nos enseña que la fuente de nuestra alegría y nuestro único apoyo firme es Cristo y nos repite sus palabras: "No tengáis miedo" (Mc 6, 50), "Yo estoy con vosotros" (Mt 28, 20). Y tú, Madre de la Iglesia, acompaña siempre nuestro camino. Santa María, Madre de Dios, ¡ruega por nosotros!

*Benedicto XVI. Homilía en el Santuario de la Casa de María.
Éfeso 29-11-2006*

4. Eloí, Eloí, ¡amá Sabactaní :

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

(Mc 15,14)

Lo que Vos queráis, Señor,
sea lo que Vos queráis.

Si queréis que, entre las rosas
ría hacia los manantiales
resplandores de vida,
que sea lo que Vos queráis.

Si queréis que entre los cardos
sangre hacia las insondables
sombras de la noche eterna,
que sea lo que vos queráis.

Gracias si queréis que mire,
gracias si queréis cegarme
gracias por todo y por nada,
sea lo que Vos queráis.

Lo que Vos queráis, Señor,
sea lo que Vos queráis.

Juan Ramón Jiménez

De la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 8,31b-39
Hermanos:

Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? ¿Dios, el que justifica? ¿Quién condenará? ¿Será acaso Cristo, que murió, más aún, resucitó y está a la derecha de Dios, y que intercede por nosotros? ¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?: ¿la aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?, como dice la Escritura: «Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza.»

Pero en todo esto vencemos fácilmente por aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Contemplación

Dios no fracasa; más exactamente al inicio Dios fracasa siempre, deja actuar la libertad del hombre, y esta dice continuamente "no". Pero la creatividad de Dios, la fuerza creadora de su amor, es más grande que el "no" humano. A cada "no" humano se abre una nueva dimensión de su amor, y él encuentra un camino nuevo, mayor, para realizar su "sí" al hombre, a su historia y a la creación.

A Adán no le satisfacía la amistad con Dios; era demasiado poco para él, pues quería ser él mismo un dios. Creyó que su amistad era una dependencia y se consideró un dios, como si él pudiera existir por sí mismo. Por esta razón dijo "no" para llegar a ser él mismo un dios; y precisamente de ese modo se arrojó él mismo desde su altura. Dios "fracasa" en Adán, como fracasa aparentemente a lo largo de toda la historia. Pero Dios no fracasa, puesto que él mismo se hace hombre y así da origen a una nueva humanidad; de esta forma enraíza el ser Dios en el ser hombre de modo irrevocable y desciende hasta los abismos más profundos del ser humano; se abaja hasta la cruz. Ha vencido la soberbia con la humildad y con la obediencia de la cruz.

A través de la cruz de Cristo Dios se ha acercado a todas las gentes; ha salido de Israel y se ha convertido en el Dios del mundo. Y ahora el cosmos dobla sus rodillas ante Jesucristo, cosa que también nosotros hoy podemos constatar de modo sorprendente: el crucifijo está presente en todos los continentes, hasta en las más humildes chabolas. El Dios que había "fracasado", ahora con su amor hace que el hombre doble sus rodillas; así vence al mundo con su amor.

El salmo 22 es el del justo que sufre; ante todo de Israel que sufre, el cual, ante el Dios mudo que lo ha abandonado, grita: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Cómo

has podido olvidarte de mí? Ahora ya casi no existo. Tú ya no actúas, ya no hablas... ¿Por qué me has abandonado?". Jesús se identifica con el Israel sufriente, con los justos de todos los tiempos que sufren, abandonados por Dios, y lleva ese grito de abandono de Dios, el sufrimiento de la persona olvidada, hasta el corazón de Dios mismo; así transforma el mundo.

La segunda parte de este salmo nos dice qué deriva de ello: los pobres comerán hasta saciarse. Es la Eucaristía universal que procede de la cruz. Ahora Dios sacia a los hombres en todo el mundo, a los pobres que tienen necesidad de él. Él los sacia con el alimento que necesitan: les da a Dios, se da a sí mismo. Luego el salmo dice: "Volverán al Señor hasta de los confines del orbe". De la cruz nace la Iglesia universal. Dios va más allá del judaísmo y abraza al mundo entero para unirlo en el banquete de los pobres.

¿Qué significa todo eso para nosotros? Ante todo tenemos una certeza: Dios no fracasa. "Fracasa" continuamente, pero en realidad no fracasa, pues de ello saca nuevas oportunidades de misericordia mayor, y su creatividad es inagotable. No fracasa porque siempre encuentra modos nuevos de llegar a los hombres y abrir más su gran casa, a fin de que se llene del todo. No fracasa porque no renuncia a pedir a los hombres que vengan a sentarse a su mesa, a tomar el alimento de los pobres, en el que se ofrece el don precioso que es él mismo. Dios tampoco fracasa hoy. Aunque muchas veces nos respondan "no", podemos tener la seguridad de que Dios no fracasa. Toda esta historia, desde Adán, nos deja una lección: Dios no fracasa. También hoy encontrará nuevos caminos para llamar a los hombres y quiere contar con nosotros como sus mensajeros y sus servidores.

Benedicto XVI. Homilía en la Misa concelebrada con los obispos de Suiza. 7-11-2006

5. Después de esto, sabiendo Jesús que ya se había cumplido todo, para que se cumpliera la Escritura dijo: "Tengo sed" (Jn 19,28)

Un pastorcico solo está penado,
fajeno de placer y de contento,
y en su pastora puesto el pensamiento,
y el pecho del amor muy lastimado.

No llora por haberle amor llagado,
que no le pena verse así afligido,
aunque en el corazón está herido;
mas llora por pensar que está olvidado.

Que sólo de pensar que está olvidado
de su bella pastora, con gran pena
se deja maltratar en tierra ajena,
el pecho del amor muy lastimado.

Y dice el pastorcito: ¡Ay, desdichado
de aquel que de mi amor ha hecho ausencia
y no quiere gozar la mi presencia,
y el pecho por su amor muy lastimado!

Y a cabo de un gran rato se ha encumbrado
sobre un árbol, do abrió sus brazos bellos,
y muerto se ha quedado asido dellos,
el pecho del amor muy lastimado.

San Juan de la cruz

Del evangelio según san Juan 4, 5-15.

En aquel tiempo, llegó Jesús a un pueblo de Samaria llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el manantial de Jacob.

Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial, Era alrededor del mediodía. Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice:

-«Dame de beber.»

Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida.

La samaritana le dice:

-«¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mi, que soy samaritana?»

Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.

Jesús le contestó:

-«Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva.»

La mujer le dice:

-«Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?» Jesús le contestó:

-«El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna. »

La mujer le dice:

-«Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla.»

Contemplación

La humanidad, seducida por las mentiras del Maligno, se ha cerrado al amor de Dios, con el espejismo de una autosuficiencia imposible (cf. Gn 3, 1-7). Replegándose en sí mismo, Adán se alejó de la fuente de la vida que es Dios mismo, y se convirtió en el primero de «los que, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud» (Hb 2, 15). Dios, sin embargo, no se dio por vencido; más aún, el «no» del hombre fue como

el impulso decisivo que lo indujo a manifestar su amor con toda su fuerza redentora.

En el misterio de la cruz se revela plenamente el poder irrefrenable de la misericordia del Padre celeste. Para reconquistar el amor de su criatura, aceptó pagar un precio muy alto: la sangre de su Hijo unigénito. La muerte, que para el primer Adán era signo extremo de soledad y de impotencia, se transformó de este modo en el acto supremo de amor y de libertad del nuevo Adán.

Así pues, podemos afirmar, con san Máximo el Confesor, que Cristo «murió, si así puede decirse, divinamente, porque murió libremente» (Ambigua, 91, 1956). En la cruz se manifiesta el eros de Dios por nosotros. Efectivamente, eros es —como dice el Pseudo Dionisio Areopagita— la fuerza «que hace que los amantes no lo sean de sí mismos, sino de aquellos a los que aman» (De divinis nominibus, IV, 13: PG 3, 712). ¿Qué mayor «eros loco» (N. Cabasilas, Vida en Cristo, 648) que el que impulsó al Hijo de Dios a unirse a nosotros hasta el punto de sufrir las consecuencias de nuestros delitos como si fueran propias?

Queridos hermanos y hermanas, miremos a Cristo traspasado en la cruz. Él es la revelación más impresionante del amor de Dios, un amor en el que eros y agapé, lejos de contraponerse, se iluminan mutuamente. En la cruz Dios mismo mendiga el amor de su criatura: tiene sed del amor de cada uno de nosotros. El apóstol Tomás reconoció a Jesús como «Señor y Dios» cuando metió la mano en la herida de su costado. No es de extrañar que, entre los santos, muchos hayan encontrado en el Corazón de Jesús la expresión más conmovedora de este misterio de amor. Se podría decir, incluso, que la revelación del eros de Dios hacia el hombre es, en realidad, la expresión suprema de su agapé. En verdad, sólo el amor en el que se

unen el don gratuito de uno mismo y el deseo apasionado de reciprocidad infunde un gozo tan intenso que convierte en leves incluso los sacrificios más duros.

Jesús dijo: «Yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12, 32). La respuesta que el Señor desea ardientemente de nosotros es ante todo que aceptemos su amor y nos dejemos atraer por él. Sin embargo, aceptar su amor no es suficiente. Hay que corresponder a ese amor y luego comprometerse a comunicarlo a los demás: Cristo «me atrae hacia sí» para unirse a mí, a fin de que aprenda a amar a los hermanos con su mismo amor.

«Mirarán al que traspasaron». Miremos con confianza el costado traspasado de Jesús, del que salió «sangre y agua» (Jn 19, 34). Los Padres de la Iglesia consideraron estos elementos como símbolos de los sacramentos del bautismo y de la Eucaristía. Con el agua del bautismo, gracias a la acción del Espíritu Santo, se nos revela la intimidad del amor trinitario. Recordando nuestro bautismo, se nos exhorta a salir de nosotros mismos para abrirnos, con un abandono confiado, al abrazo misericordioso del Padre (cf. san Juan Crisóstomo, Catequesis, 3, 14 ss). La sangre, símbolo del amor del buen Pastor, llega a nosotros especialmente en el misterio eucarístico: «La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús (...); nos implicamos en la dinámica de su entrega»

Benedicto XVI. Deus caritas est, 13

6. Después de haber gustado el vinagre, dijo Jesús: “Todo está consumado” (Jn 19,30)

Nada te turbe,
nada te espante,
todo se pasa,
Dios no se muda;
la paciencia
todo lo alcanza;
quien a Dios tiene
nada le falta:
sólo Dios basta.

Santa Teresa de Jesús

Del libro del Apocalipsis 21, 1-7

Yo, Juan, vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra han pasado, y el mar ya no existe. Y ví la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, enviada por Dios, arreglada como una novia que se adorna para su esposo Y escuché una voz potente que decía desde el trono:

«Ésta es la morada de Dios con los hombres: acampará entre ellos. Ellos serán su pueblo, y Dios estará con ellos y será su Dios. Enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor. Porque el primer mundo ha pasado.»
Y el que estaba sentado en el trono dijo:

«Todo lo hago nuevo.»

Y añadió: «Escribe, que estas palabras son fidedignas y verídicas». Y me dijo todavía: «Ya son un hecho. Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin. Al sediento yo le daré a beber de balde de la fuente del agua viva. Quien salga vencedor heredará esto, porque yo seré su Dios, y él será mi hijo.»

Contemplación

"¿Cómo es posible que un hombre diga "no" a lo más grande que hay, que no tenga tiempo para lo más importante; que limite a sí mismo toda su existencia?". San Gregorio Magno responde: en realidad, nunca han hecho la experiencia de Dios; nunca han llegado a "gustar" a Dios; nunca han experimentado cuán delicioso es ser "tocados" por Dios.

Les falta este "contacto" y, por tanto, el "gusto de Dios". Y nosotros sólo vamos al banquete si, por decirlo así, lo gustamos. "Gustad y ved"; gustad y entonces veréis y seréis iluminados. Nuestra tarea consiste en ayudar a las personas a gustar, a sentir de nuevo el gusto de Dios.

San Gregorio Magno insiste: "¿Cómo es posible que el hombre no quiera ni tan sólo "probar" el gusto de Dios?". Y responde: cuando el hombre está completamente ocupado con su mundo, con las cosas materiales, con lo que puede hacer, con todo lo que es factible y le lleva al éxito, con todo lo que puede producir o comprender por sí mismo, entonces su capacidad de percibir a Dios se debilita, el órgano para ver a Dios se atrofia, resulta incapaz de percibir y se vuelve insensible.

Ya no percibe lo divino, porque el órgano correspondiente se ha atrofiado en él, no se ha desarrollado. Cuando utiliza demasiado todos los demás órganos, los empíricos, entonces puede ocurrir que precisamente el sentido de Dios se debilite, que este órgano muera, y que el hombre, no perciba ya la mirada de Dios, el ser mirado por él, la realidad tan maravillosa que es el hecho de que su mirada se fije en mí.

La respuesta nos la da el apóstol san Pablo: "Tened entre vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús". Aprended a pensar como pensaba Cristo; aprended a pensar como él.

Aprendemos los sentimientos de Jesucristo cuando aprendemos a pensar como él y, por tanto, cuando aprendemos a pensar también en su fracaso, en su experiencia de fracaso, y en el hecho de que incrementó su amor en el fracaso.

Si tenemos sus mismos sentimientos, si comenzamos a ejercitarnos en pensar como él y con él, entonces se despierta en nosotros la alegría con respecto a Dios, la convicción de que él es siempre el más fuerte. Sí, podemos decir que se despierta en nosotros el amor a él. Experimentamos la alegría de saber que existe y podemos conocerlo, que lo conocemos en el rostro de Jesucristo, el cual sufrió por nosotros.

Por eso debemos esforzarnos por escuchar al Señor, en la oración, con una participación íntima en los sacramentos, aprendiendo los sentimientos de Dios en el rostro y en los sufrimientos de los hombres, para que así se nos contagie su alegría, su celo, su amor, y para mirar al mundo como él y desde él. Si logramos hacer esto, entonces también en medio de tantos "no" encontraremos de nuevo a los hombres que lo esperan y que a menudo tal vez son caprichosos, pero que desde luego están llamados a entrar en su sala.

Se trata de la centralidad de Dios; y no precisamente de un Dios cualquiera, sino del Dios que tiene el rostro de Jesucristo. Esto es muy importante hoy. Se podrían enumerar muchos problemas que existen en la actualidad y que es preciso resolver, pero todos ellos sólo se pueden resolver si se pone a Dios en el centro, si Dios resulta de nuevo visible en el mundo, si llega a ser decisivo en nuestra vida y si entra también en el mundo de un modo decisivo a través de nosotros.

El destino del mundo está en esta situación dramática, depende de esto: de si Dios, el Dios de Jesucristo, está presente y si es

reconocido como tal, o si desaparece. Nosotros queremos que esté presente.

Benedicto XVI. Homilía en la Misa concelebrada con los obispos de Suiza. 7-11-2006

**7. Jesús, dando una gran voz, dijo:
“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”**

(Lc 23,46)

“¡No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Anónimo

Del profeta Isaías 49, 1-3.5-9a.13-15

Escuchadme, islas: atended, pueblos lejanos: Estaba yo en el
vientre, y el Señor me llamó, en las entrañas maternas y

pronunció mi nombre. Hizo mi boca una espada afilada, me
escondió en la sombra de su mano; me hizo flecha bruñida,
me guardó en su aljaba y me dijo: “Tu eres mi siervo (Israel),
de quien estoy orgulloso”.

Y ahora habla el Señor, que desde el vientre me formó siervo
suyo para que le trajese a Jacob, para que le reuniese a Israel:
Es poco que seas mi siervo y restablezcas las tribus de Jacob
y conviertas a los supervivientes de Israel; te hago luz de las
naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la
tierra.

Así dice el Señor, redentor y Santo de Israel: al despreciado,
al aborrecido de las naciones, al esclavo de los tiranos: Te verán
los reyes, y se alzarán; los príncipes y se postrarán; porque el
Señor es fiel, porque el Santo de Israel te ha elegido.

Así dice el Señor: En el tiempo de gracia te he respondido, en
el día de salvación te he auxiliado; te he defendido y constituido
alianza del pueblo; para restaurar el país, para repartir heredades
desoladas, para decir a los pueblos: “Salid”, a los que están
en tinieblas: “Venid a la luz”.

Exulta, cielo; alégrate, tierra; romped a cantar, montañas, porque
el Señor consuela a su pueblo, se compadece de los
desamparados. Sión decía: “Me ha abandonado el Señor, mi
dueño me ha olvidado” ¿Es que puede una madre olvidarse de
su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues,
aunque ella se olvide, no jamás te olvidaré –dice el Señor
todopoderoso. Mira, en las palmas de mis manos te llevo tatuada.

Contemplación

No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas
a Cristo!” El Papa Juan Pablo II hablaba a los fuertes, a los

poderosos del mundo, los cuales tenían miedo de que Cristo pudiera quitarles algo de su poder, si lo hubieran dejado entrar y hubieran concedido la libertad a la fe. Sí, él ciertamente les habría quitado algo: el dominio de la corrupción, del quebrantamiento del derecho y de la arbitrariedad. Pero no les habría quitado nada de lo que pertenece a la libertad del hombre, a su dignidad, a la edificación de una sociedad justa. Además, el Papa hablaba a todos los hombres, sobre todo a los jóvenes.

¿Acaso no tenemos todos de algún modo miedo –si dejamos entrar a Cristo totalmente dentro de nosotros, si nos abrimos totalmente a él–, miedo de que él pueda quitarnos algo de nuestra vida? ¿Acaso no tenemos miedo de renunciar a algo grande, único, que hace la vida más bella? ¿No corremos el riesgo de encontrarnos luego en la angustia y vernos privados de la libertad? Y todavía el Papa quería decir: ¡no! quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera. Así, yo quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos vosotros, queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida.

Benedicto XVI. Homilía en el solemne inicio de su pontificado. 24-4-2005

Oración

Jesús, amigo de los pecadores y publicanos (Mt 9,11; 11,19; Lc 15, 1-2), tú has venido para salvar no a los justos sino a los pecadores (Mt 9, 13) y has querido darnos la prueba de tu amor "tan grande" (Ef 2, 4 Vulg) y de la abundancia de tu misericordia, aceptando morir por nosotros mientras éramos aún pecadores (Rm 5,8).

Vuelve tu mirada de bondad sobre nosotros, y, después de que hayamos gustado la amargura purificadora de la humillación, acógenos en tus brazos, llenos de misericordia paterna, y transforma con tu perdón el barro del pecado en traje de gloria. Jesús, proclamado inocente por un malhechor, compañero de pena: para ti y para tu compañero ha llegado la hora de entrar en el Reino.

R./ A ti la alabanza y la gloria por los siglos.

O bien:

Jesús, Hijo predilecto del Padre, a los sufrimientos padecidos en la cruz se añade el de ver junto a ti a tu Madre quebrantada por el dolor. Te confiamos la desolación y el retorno de los padres deprimidos ante los sufrimientos o la muerte de un hijo; te confiamos el desaliento de tantos huérfanos, de hijos abandonados o dejados solos.

Tú estás presente en sus sufrimientos como lo estuviste en la cruz, junto a la Virgen María. Que venga el día del encuentro, en el cual será enjugada toda lágrima, y habrá alegría sin fin. Jesús, moribundo en la cruz confías la Madre al discípulo amado, el Apóstol virgen a la Virgen pura que te llevó en su seno.

R./ A ti la alabanza y la gloria por los siglos.

Formularios de misas

- 133 Votiva de la Exaltación de la Santa Cruz
- 137 La Virgen María junto a la Cruz del Señor I
- 140 La Virgen María junto a la Cruz del Señor II
- 143 La Virgen María confiada como Madre a los discípulos

Votiva de la exaltación de la Santa Cruz

Antífona de entrada Cf. Ga 6, 14

Nosotros hemos de gloriarnos en la cruz de nuestro señor Jesucristo:

En él está nuestra salvación, vida y resurrección; él nos ha salvado y libertado.

Oración colecta

Señor, Dios nuestro, que has querido realizar la salvación de todos los hombres por medio de tu Hijo, muerto en la cruz, concédenos, te rogamos, a quienes hemos conocido en la tierra este misterio alcanzar en el cielo los premios de la redención. Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración de la ofrendas

Señor, que nos limpie de toda culpa este sacrificio, El mismo que, ofrecido en el ara de la cruz, Quitó el pecado del mundo. Por Jesucristo nuestro Señor.

Prefacio

LA VICTORIA DE LA CRUZ GLORIOSA

V./ El Señor esté con vosotros.

R./ Y con tu espíritu

V./ Levantemos el corazón.

R./ Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V./ Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R./ Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque has puesto la salvación del género humano
en el árbol de la cruz,
para que donde tuvo origen la muerte,
de allí resurgiera la vida,
y el que venció en un árbol,
fuera en un árbol vencido,
por Cristo, Señor nuestro.

Por él,
Los ángeles y arcángeles, y todos los coros celestiales,
celebran tu gloria unidos en común alegría.
Permítenos asociarnos a sus voces
Cantando humildemente tu alabanza:

Santo, Santo, Santo...

Antífona de Comunión Jn 12, 32

Cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todos
hacia mí –dice el Señor.

Oración después de la comunión

Fortalecidos con esta eucaristía,
te pedimos, Señor Jesucristo,
que lleves a la gloria de la resurrección
a los que has redimido en el madero salvador de la
cruz. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

También se pueden usar estos prefacios:

LA FUERZA DE LA CRUZ

V./ El Señor esté con vosotros.

R./ Y con tu espíritu.

V./ Levantemos el corazón.

R./ Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V./ Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R./ Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque en la pasión salvadora de tu Hijo
el universo aprende a proclamar tu grandeza
y, por la fuerza de la cruz,
el mundo es juzgado como reo
y el Crucificado exaltado como juez poderoso.

Por eso,
ahora nosotros, llenos de alegría,
te aclamamos con los ángeles y los santos
diciendo:

Santo, Santo, Santo...

LA VICTORIA DE LA PASIÓN

V./ El Señor esté con vosotros.

R./ Y con tu espíritu.

V./ Levantemos el corazón.

R./ Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V./ Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R./ Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque se acercan ya los días santos
de su pasión salvadora
y de su resurrección gloriosa;
en ellos celebramos su triunfo
sobre el poder de nuestro enemigo
y renovamos el misterio de nuestra redención.

Por eso,
los ángeles te cantan con júbilo eterno
y nosotros nos unimos a sus voces
cantando humildemente tu alabanza:

Santo, Santo, Santo...

La Virgen María junto a la Cruz del Señor I

Antífona de entrada Jn 19, 25

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena.

Oración colecta

Señor, Dios nuestro,
 por un designio misterioso de tu providencia completas lo que falta a la pasión de Cristo con las infinitas penas de la vida de sus miembros; concédenos que, a imitación de la Virgen Madre dolorosa que estuvo junto a la cruz de su Hijo moribundo, así nosotros permanezcamos junto a los hermanos que sufren para darles consuelo y amor. Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Recibe, Señor, las ofrendas de tu pueblo, y conviértelas en el sacramento de nuestra redención, en la que cooperó generosamente la Virgen, permaneciendo intrépida junto al altar de la cruz. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

JUNTO A LA CRUZ DEL HIJO
LA MADRE PERMANECIÓ FIEL

V./ El Señor esté con vosotros.

R./ Y con tu espíritu.

V./ Levantemos el corazón.

R./ Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V./ Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R./ Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque en tu providencia estableciste
que la Madre permaneciera fiel
junto a la cruz de tu Hijo,
para dar cumplimiento a las antiguas figuras,
y ofrecer un ejemplo nuevo de fortaleza.

Ella es la Virgen santa
que resplandece como nueva Eva,
para que así como una mujer
contribuyó a la muerte
así también la mujer contribuyera a la vida.

Ella es la misteriosa Madre de Sión
que recibe con amor materno
a los hombres dispersos,
reunidos por la muerte de Cristo.

Ella es el modelo de la Iglesia Esposa,
que, como Virgen intrépida,
sin temer las amenazas

ni quebrarse en las persecuciones,
guarda íntegra la fidelidad prometida al Esposo.

Por eso,
unidos a los coros angélicos,
te aclamamos llenos de alegría:

Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión Col 1, 24

Completo en mi carne los dolores de Cristo, sufriendo
por su cuerpo que es la Iglesia.

Oración después de la comunión

Después de recibir la prenda de nuestra salvación,
te pedimos, Señor,
que, por los méritos del sacrificio de Cristo,
sumo sacerdote,
y de los dolores de la Virgen,
el Espíritu Santo, presente con plenitud en la Iglesia,
inunde con su amor el mundo entero.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

La Virgen María junto a la Cruz del Señor II

Antífona de entrada Lc 2, 34-35

Simeón dijo a María: “Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma”.

Oración colecta

Señor, Dios nuestro,
que para redimir al género humano,
caído por el engaño del demonio,
has asociado los dolores de la Madre
a la pasión de tu Hijo,
concede a tu pueblo
que, despojándose de la triste herencia del pecado,
se revista de la luminosa novedad de Cristo.
Que vive y reina contigo.

O bien:

Dios nuestro,
que quisiste que al pie de la cruz de tu Hijo
estuviera también su Madre,
compartiendo su pasión,
guarda en tu familia los frutos de la redención
y haz que crezcan cada días más.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Transforma, Señor, estos dones
con la acción del Espíritu Santo,
para que, por el sacrificio del altar,
al que se asocia la santísima Virgen,

se borre el pecado del mundo
y se nos abran las puertas del cielo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA SANTÍSIMA VIRGEN, POR LA BONDAD DIVINA,
FUE ASOCIADA A LA PASIÓN

V./ El Señor esté con vosotros.

R./ Y con tu espíritu.

V./ Levantemos el corazón.

R./ Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V./ Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R./ Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
Por Cristo, Señor nuestro.

Porque, para reformar al género humano
has querido, con sabiduría infinita,
que la nueva Eva estuviera junto a la cruz del nuevo Adán,
a fin de que ella,
que por obra del Espíritu Santo fue su Madre,
por un nuevo don de tu bondad,
comparta su pasión;
y los dolores que no sufrió al darlo a luz,
los padeciera, inmensos, al hacernos renacer para ti.

Por eso,
con los ángeles y arcángeles
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar
el himno de tu gloria:

Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Dichosa tú, Virgen María, que, sin morir, mereciste la corona del martirio junto a la cruz del Señor.

O bien: 1P 4, 13

Estad alegres cuando compartís los padecimientos de Cristo, para que, cuando se manifieste su gloria, reboséis de gozo.

Oración después de la comunión

Míranos, Señor, a tus siervos
que hemos recordado los dolores de la Virgen,
y a quienes has alimentado con el sacramento pascual,
concédeles, llevando la cruz de cada día,
participar de la resurrección de Cristo.
Que vive y reina por los siglos de los siglos.

La Virgen María confiada como Madre a los Discípulos

Antífona de entrada Cf. Sal 112 (113), 4. 9

El Señor se eleva sobre todos los pueblos, su gloria sobre los cielos. Él da a María un puesto en la Iglesia, como madre feliz de hijos.

Oración colecta

Señor, Padre santo,
que has establecido la salvación de los hombres en el misterio pascual,
concédenos ser contados entre los hijos de adopción que Jesucristo, tu Hijo, al morir en la cruz, encomendó a su Madre, la Virgen María.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Recibe, Señor, los dones que te presentamos con alegría,
para que sean en bien nuestro
Cuerpo y Sangre de Jesucristo, tu Hijo,
que, clavado en la cruz,
en Juan encomendó a la Virgen como hijos a todos los discípulos,
y los hizo herederos de su amor hacia la Madre.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA ENTREGA MUTUA DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN Y DEL DISCÍPULO

V./ El Señor esté con vosotros.

R./ Y con tu espíritu.

V./ Levantemos el corazón.

R./ Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V./ Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R./ Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque junto a la cruz de Jesús,
por voluntad suya
se establece, entre la Virgen y los fieles discípulos,
un fuerte vínculo de amor:
María es confiada como madre a los discípulos,
y éstos la reciben como herencia preciosa del Maestro.

Ella será para siempre la madre de los creyentes,
que encontrarán en ella refugio seguro.

Ella ama al Hijo en los hijos,
y éstos, escuchando los consejos de la Madre,
cumplen las palabras del Maestro.

Por él,
los ángeles y los arcángeles
te adoran eternamente,
gozosos en tu presencia.
Permítenos unirnos a sus voces
cantando tu alabanza:

Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión 2Tm 2, 10

Lo aguanto todo por los elegidos, para que ellos
también alcancen la salvación, lograda por Cristo
Jesús, con la gloria eterna.

Oración después de la comunión

Dios todopoderoso,
que el banquete eucarístico del Cuerpo
y de la Sangre de Cristo
aumente en nosotros el amor filial hacia
la Virgen Madre,
a quien tu Hijo nos entregó como hijos,
cuando murió en la cruz
y encomendó en tus manos su espíritu.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Reflexiones en torno a la Cruz

- 147 San León Magno
- 149 San Juan Crisóstomo
- 153 San Agustín de Hipona
- 155 San Agustín, Obispo
- 157 Santo Tomás de Aquino
- 159 San Andrés de Creta
- 161 San Teodoro Estudita
- 163 San Rufino
- 165 San Francisco
- 167 Card. John Henry Newman
- 169 Santa Teresa de Lisieux
- 170 Beato Fray María Rafael
- 175 San Juan de Ávila

San León Magno

Sermón de la pasión del Señor 15,3-4

El verdadero venerador de la pasión del Señor tiene que contemplar de tal manera, con la mirada del corazón, a Jesús crucificado, que reconozca en él su propia carne.

Toda la tierra ha de estremecerse ante el suplicio del Redentor: las mentes infieles, duras como la piedra, han de romperse, y los que están en los sepulcros, quebradas las losas que los encierran, han de salir de sus moradas mortuorias. Que se aparezcan también ahora en la ciudad santa, esto es, en la Iglesia de Dios, como un anuncio de la resurrección futura, y lo que un día ha de realizarse en los cuerpos, efectúese ya ahora en los corazones.

A ninguno de los pecadores se le niega su parte en la cruz, ni existe nadie a quien no auxilie la oración de Cristo. Si ayudó incluso a sus verdugos ¿cómo no va a beneficiar a los que se convierten a él?

Se eliminó la ignorancia, se suavizaron las dificultades, y la sangre de Cristo suprimió aquella espada de fuego que impedía la entrada en el paraíso de la vida. La oscuridad de la vieja noche cedió ante la luz verdadera.

Se invita a todo el pueblo cristiano a disfrutar de las riquezas del paraíso, y a todos los bautizados se les abre la posibilidad de regresar a la patria perdida, a no ser que alguien se cierre a sí mismo aquel camino que quedó abierto, incluso, ante la fe del ladrón arrepentido.

No dejemos, por tanto, que las preocupaciones y la soberbia de la vida presente se apoderen de nosotros, de modo que renunciemos al empeño de conformarnos a nuestro Redentor, a través de sus ejemplos, con todo el impulso de nuestro corazón. Porque no dejó de hacer ni sufrir nada que fuera útil para nuestra salvación, para que la virtud que residía en la cabeza residiera también en el cuerpo.

Y, en primer lugar, el hecho de que Dios acogiera nuestra condición humana, cuando la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros» ¿a quién excluyó de su misericordia, sino al infiel? ¿Y quién no tiene una naturaleza común con Cristo, con tal de que acoja al que a su vez lo ha asumido a él, puesto que fue regenerado por el mismo Espíritu por el que él fue concebido? Y además, ¿quién no reconocerá en él sus propias debilidades? ¿Quién dejará de advertir que el hecho de tomar alimento, buscar el descanso y el sueño, experimentar la solicitud de la tristeza y las lágrimas de la compasión, es fruto de la condición humana del Señor?

Y como, desde antiguo, la condición humana esperaba ser sanada de sus heridas y purificada de sus pecados, el que era Unigénito Hijo de Dios quiso hacerse también hijo de hombre, para que no le faltara ni la realidad de la naturaleza humana, ni la plenitud de la naturaleza divina.

Nuestro es lo que por tres días yació exánime en el sepulcro, y al tercer día resucitó; lo que ascendió sobre todas las alturas de los cielos hasta la diestra de la majestad paterna: para que también nosotros, si

caminamos tras sus mandatos y no nos avergonzamos de reconocer lo que, en la humildad del cuerpo, tiene que ver con nuestra salvación, seamos llevados hasta la compañía de su gloria; puesto que habrá de cumplirse lo que manifiestamente proclamó: Si uno se pone de mi parte ante los hombres, yo también me pondré de su parte ante mi Padre del cielo.

San Juan Crisóstomo, Obispo

Catequesis 3, 13-19: SCh 50, 174-177

¿Quieres saber el valor de la sangre de Cristo? Remontémonos a las figuras que profetizaron y recorramos las antiguas Escrituras.

Inmolad –dice Moisés– un cordero de un año; tomad su sangre y rociad las dos jambas y el dintel de la casa. «¿Qué dices Moisés? La sangre de un cordero irracional, ¿puede salvar a los hombre dotados de razón?» «Sin duda –responde Moisés–: no porque se trate de sangre, sino porque en esta sangre se contiene una profecía de la sangre del Señor.»

Si hoy, pues, el enemigo, en lugar de ver las puertas rociadas con sangre simbólica, ve brillar en los labios de los fieles, puertas de los templos de Cristo, la sangre del verdadero Cordero, huirá todavía más lejos.

¿Deseas descubrir aún por otro medio el valor de esta sangre? Mira de dónde brotó y cuál sea su fuente. Empezó a brotar de la misma cruz y su fuente fue el costado del Señor. Pues muerto ya el Señor, dice el Evangelio. Uno de los soldados se acercó con la lanza

y le traspasó el costado, y al punto salió agua y sangre: agua, como símbolo del bautismo; sangre, como figura de la eucaristía. El soldado le traspasó el costado, abrió una brecha en el muro del templo santo, y yo encuentro el tesoro escondido y me alegro con la riqueza hallada. Esto fue lo que ocurrió con el cordero: los judíos sacrificaron el cordero, y yo recibo el fruto del sacrificio.

Del costado salió sangre y agua. No quiero, amado oyente, que pases con indiferencia ante tan gran misterio, pues me falta explicarte aún otra interpretación mística. He dicho que esta agua y esta sangre eran símbolos del bautismo y de la eucaristía. Pues bien, con estos dos sacramentos se edifica la Iglesia: con el agua de la regeneración y con la renovación del Espíritu Santo, es decir, con el bautismo y la eucaristía, que han brotado ambos del costado. Del costado de Jesús se formó, pues, la Iglesia, como del costado de Adán fue formada Eva.

Por esta misma razón, afirma San Pablo: Somos miembros de su cuerpo, formado de sus huesos, aludiendo con ello al costado de Cristo. Pues del mismo modo que Dios hizo a la mujer del costado de Adán, de igual manera Jesucristo nos dio el agua y la sangre salida de su costado, para edificar la Iglesia. Y de la misma manera que entonces Dios tomó la costilla de Adán, mientras éste dormía, así también nos dio el agua y la sangre después que Cristo hubo muerto.

Mirad de qué manera Cristo se ha unido a su esposa, considerad con qué alimento la nutre. Con un mismo

alimento hemos nacido y nos alimentamos. De la misma manera que la mujer se siente impulsada por su misma naturaleza a alimentar con su propia sangre, y con su leche a aquel a quien ha dado a luz, así también Cristo alimenta siempre con su sangre a aquellos a quienes Él mismo ha hecho renacer.

Sobre el cementerio y la cruz, 2 (PG 49,396)

¿Te das cuenta, qué victoria tan admirable? ¿Te das cuenta de cuán esclarecidas son las obras de la cruz? ¿Puedo decirte algo más maravilloso todavía? Entérate cómo ha sido conseguida esta victoria, y te admirarás más aún. Pues Cristo venció al diablo valiéndose de aquello mismo con que el diablo había vencido antes, y lo derrotó con las mismas armas que él había antes utilizado. Escucha de qué modo.

Una virgen, un madero y la muerte fueron el signo de nuestra derrota. Eva era virgen, porque aún no había conocido varón; el madero era un árbol; la muerte, el castigo de Adán. Mas he aquí que, de nuevo, una Virgen, un madero y la muerte, antes signo de derrota, se convierten ahora en signo de victoria. En lugar de Eva está María; en lugar del árbol de la ciencia del bien y del mal, el árbol de la cruz; en lugar de la muerte de Adán, la muerte de Cristo.

¿Te das cuenta de cómo el diablo es vencido en aquello mismo en que antes había triunfado? En un árbol el diablo hizo caer a Adán; en un árbol derrotó Cristo al diablo. Aquel árbol hacía descender a la región de los muertos; éste, en cambio, hace volver de este lugar a los que a él habían descendido. Otro árbol ocultó la desnudez del hombre, después de su caída; éste, en

cambio, mostró a todos, elevado en alto, al vencedor, también desnudo. Aquella primera muerte condenó a todos los que habían de nacer después de ella; esta segunda muerte resucitó incluso a los nacidos anteriormente a ella. ¿Quién podrá contar las hazañas de Dios? Una muerte se ha convertido en causa de nuestra inmortalidad: éstas son las obras esclarecidas de la cruz.

¿Has entendido el modo y significado de esta victoria? Entérate ahora cómo esta victoria fue lograda sin esfuerzo ni sudor por nuestra parte. Nosotros no tuvimos que ensangrentar nuestras armas, ni resistir en la batalla, ni recibir heridas, ni tan siquiera vimos la batalla, y con todo, obtuvimos la victoria; fue el Señor quien luchó y nosotros quienes hemos sido coronados. Por tanto, ya que la victoria es nuestra, imitando a los soldados, cantemos hoy, llenos de alegría, las alabanzas de esta victoria, y alabemos al Señor, diciendo: La muerte ha sido absorbida en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?

Éstos son los admirables beneficios de la cruz en favor nuestro: la cruz es el trofeo erigido contra los demonios, la espada contra el pecado, la espada con la que Cristo atravesó a la serpiente; la cruz es la voluntad del Padre, la gloria de su Hijo único, el júbilo del Espíritu Santo, el ornato de los ángeles, la seguridad de la Iglesia, el motivo de gloriarse de Pablo, la protección de los santos luz de todo el orbe.

San Agustín de Hipona

*Tratado 12 sobre el evangelio de san Juan
(8.10-11 CCL 36, 125.126-127)*

Para sanar del pecado, miremos a Cristo crucificado

Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo. Así pues, Cristo estaba en la tierra y estaba a la vez en el cielo: aquí estaba con la carne, allí estaba con la divinidad, mejor dicho, con la divinidad estaba en todas partes. Nacido de madre, no se apartó del Padre. Sabido es que en Cristo se dan dos nacimientos: uno divino, humano el otro; uno por el que nos creó y otro por el que nos recreó. Ambos nacimientos son admirables: aquél sin madre, éste sin padre. Y puesto que había recibido un cuerpo de Adán —ya que María había recibido un cuerpo de Adán, pues María desciende de Adán— y este cuerpo él habría de resucitarlo, se refirió a la realidad terrena cuando dijo: Destruid este templo y en tres días lo levantaré. Pero se refirió a la realidad celeste, al decir: El que no nazca de agua y de Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. ¡Animo, hermanos! Dios ha querido ser Hijo del hombre y ha querido que los hombres sean hijos de Dios. El bajó por nosotros; subamos nosotros por él.

Efectivamente, bajó y murió, y su muerte nos libró de la muerte. La muerte lo mató y él mató a la muerte. Y ya lo sabéis, hermanos: por envidia del diablo entró esta muerte en el mundo. Dios no hizo la muerte: es la Escritura la que habla; ni se recrea —insiste— en la destrucción de los vivientes; todo lo creó para que subsistiera. Pero, ¿qué es lo que dice poco después?

Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo. El hombre no se hubiera acercado, coaccionado, a la muerte con que el diablo le brindaba: el diablo no tiene efectivamente poder coactivo, pero sí astucia persuasiva. Si no hubieses consentido, nada te hubiera hecho el diablo: tu consentimiento, oh hombre, te condujo a la muerte. De un mortal nacimos mortales: de inmortales nos hicimos mortales. Todos los hombres nacidos de Adán son mortales: y Jesús, Hijo de Dios, Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, Unigénito igual al Padre, se hizo mortal: pues la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros.

Asumió, pues, la muerte y la suspendió en la cruz, librando así a los mortales de esa misma muerte. Lo que en figura sucedió a los antiguos, lo recuerda el Señor: Lo mismo que Moisés —dice— elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Gran misterio éste, ya conocido por quienes han leído la Escritura. Óiganlo también los que no la han leído y los que, habiéndola leído o escuchado, la han olvidado. Estaba siendo diezmado el pueblo de Israel en el desierto a causa de las mordeduras de las serpientes, y la muerte hacía verdaderos estragos: era castigo de Dios, que corrige y flagela para instruir.

Con aquel misterioso signo se prefiguraba lo que iba a suceder en el futuro. Lo afirma el mismo Señor en este pasaje, a fin de que nadie pueda interpretarlo de modo diverso al que nos indica la misma Verdad, refiriéndolo a sí mismo en persona. En efecto, el Señor ordenó a Moisés que hiciera una serpiente de bronce, la colocara en un estandarte en medio del

desierto, y advirtiera al pueblo de Israel que si alguno era mordido por una serpiente, mirara a la serpiente alzada en el madero.

¿Qué representa la serpiente levantada en alto? La muerte del Señor en la cruz. Por la efigie de una serpiente era representada la muerte, precisamente porque de la serpiente provenía la muerte.

La mordedura de la serpiente es mortal; la muerte del Señor es vital. ¿No es Cristo la vida? Y, sin embargo, Cristo murió. Pero en la muerte de Cristo encontró la muerte su muerte. Si, muriendo, la Vida mató la muerte, la plenitud de la vida se tragó la muerte; la muerte fue absorbida en el cuerpo de Cristo. Lo mismo diremos nosotros en la resurrección, cuando cantemos ya triunfalmente: ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?

Mientras tanto, hermanos, miremos a Cristo crucificado para sanar de nuestro pecado.

San Agustín, Obispo

Sermón Güelferbitano 3: (PLS 2, 545-546)

La pasión de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es una prenda de gloria y una enseñanza de paciencia. Pues, ¿qué dejará de esperar de la gracia de Dios el corazón de los fieles, si por ellos el Hijo único de Dios, coeterno con el Padre, no se contentó con nacer como un hombre entre los hombres, sino que quiso incluso morir por mano de los hombres, que Él mismo había creado?

Grande es lo que el Señor nos promete para el futuro, pero es mucho mayor aún aquello que celebramos recordando lo que ya ha hecho por nosotros. ¿Dónde estaban o quiénes eran los impíos, cuando por ellos murió Cristo? ¿Quién dudará que a los santos pueda dejar el Señor de darles su vida, si Él mismo les entregó su muerte? ¿Por qué vacila todavía la fragilidad humana en creer que un día será realidad el que los hombres vivan con Dios?

Lo que ya se ha realizado es mucho más increíble: Dios ha muerto por los hombres.

Porque, ¿quién es Cristo, sino aquel de quien dice la Escritura: En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios? Esta Palabra de Dios se hizo carne y acampó entre nosotros. Porque no habría poseído lo que era necesario para morir por nosotros, si no hubiera tomado de nosotros una carne mortal. Así el inmortal pudo morir, así pudo dar su vida a los mortales; y hará que más tarde tengan parte en su vida aquellos de cuya condición Él primero se había hecho partícipe. Pues nosotros, por nuestra naturaleza, no teníamos posibilidad, ni Él, por la suya, posibilidad de morir. Él hizo, pues, con nosotros este admirable intercambio: tomó de nuestra naturaleza la condición mortal, y nos dio de la suya la posibilidad de vivir.

Por tanto, no sólo debemos avergonzarnos de la muerte de nuestro Dios y Señor, sino que hemos de confiar en ella con todas nuestras fuerzas y gloriarnos en ella por encima de todo: pues al tomar de nosotros la muerte, que en nosotros encontró, nos prometió con toda su

fidelidad, que nos daría en sí mismo la vida que nosotros no podemos llegar a poseer por nosotros mismos. Y si aquel que no tiene pecado nos amó hasta tal punto que por nosotros, pecadores, sufrió lo que habían merecido nuestros pecados, ¿cómo, después de habernos justificado, dejará de darnos lo que es justo? Él, que promete con verdad, ¿cómo no va a darnos los premios de los santos, si soportó, sin cometer iniquidad, el castigo que los inicuos le infligieron?

Confesemos, por tanto, intrépidamente, hermanos, y declaremos bien a las claras que Cristo fue crucificado por nosotros: y hagámoslo no con miedo, sino con júbilo, no con vergüenza, sino con orgullo.

El apóstol Pablo, que cayó en la cuenta de este misterio, lo proclamó como un título de gloria. Y, siendo así que podía recordar muchos aspectos grandiosos y divinos de Cristo, no dijo que se gloriaba de estas maravillas –que hubiese creado el mundo, cuando, como Dios que era, se hallaba junto al Padre, y que hubiese imperado sobre el mundo, cuando era hombre como nosotros-, sino que dijo: Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.

Santo Tomás de Aquino, presbítero

De sus conferencias

¿Era necesario que el Hijo de Dios padeciera por nosotros? Lo era, ciertamente, y por dos razones fáciles de deducir: la una, para remediar nuestros pecados; la otra, para darnos ejemplo de cómo hemos de obrar.

Para remediar nuestros pecados, en efecto, porque en la pasión de Cristo encontramos el remedio contra todos los males que nos sobrevienen a causa del pecado.

La segunda razón tiene también su importancia, ya que la pasión de Cristo basta para servir de guía y modelo a toda nuestra vida. Pues todo aquel que quiera llevar una vida perfecta no necesita hacer otra cosa que despreciar lo que Cristo despreció en la cruz y apetecer lo que Cristo apeteció. En la cruz hallamos el ejemplo de todas las virtudes.

Si buscas un ejemplo de amor: Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos. Esto es lo hizo Cristo en la cruz. Y, por esto, si él entregó su vida por nosotros, no debemos considerar gravoso cualquier mal que tengamos que sufrir por él.

Si buscas un ejemplo de paciencia, encontrarás el mejor de ellos en la cruz. Dos cosas son las que nos dan la medida de la paciencia: sufrir pacientemente grandes males, o sufrir, sin rehuirlos, unos males que podrían evitarse. Ahora bien, Cristo, en la cruz, sufrió grandes males y los soportó pacientemente, ya que en su pasión no profería amenazas; como cordero llevado al matadero, enmudecía y no abría la boca. Grande fue la paciencia de Cristo en la cruz: Corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe: Jesús, que, renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia.

Si buscas un ejemplo de humildad, mira al crucificado:

él, que era Dios, quiso ser juzgado bajo el poder de Poncio Pilato y morir.

Si buscas un ejemplo de obediencia, imita a aquel se hizo obediente al Padre hasta la muerte: Si por la desobediencia de uno –es decir, de Adán– todos se convirtieron en pecadores, así por la obediencia de uno todos se convertirán en justos.

Si buscas un ejemplo de desprecio de las cosas terrenales, imita a aquel que es Rey de reyes y Señor de señores, en quien están encerrados todos los tesoros del saber y el conocer, desnudo en la cruz, burlado, escupido, flagelado, coronado de espinas, a quien finalmente, dieron a beber hiel y vinagre.

No te aficiones a los vestidos y riquezas, ya que se repartieron mis ropas; ni a los honores, ya que él experimentó las burlas y azotes; ni a las dignidades, ya que le pusieron una corona de espinas, que habían trenzado; ni a los placeres, ya que para mi sed me dieron vinagre.

San Andrés de Creta, obispo

*Sermón sobre la Exaltación de la Santa Cruz
(PG 97,1018-19.1022-23)*

Por la cruz, cuya fiesta celebramos, fueron expulsadas las tinieblas y devuelta la luz. Celebramos hoy la fiesta de la cruz y, junto con el Crucificado, nos elevamos hacia lo alto, para, dejando abajo la tierra y el pecado, gozar de los bienes celestiales; tal y tan grande es la posesión de la cruz. Quien posee la cruz posee un

tesoro. Y, al decir un tesoro, quiero significar con esta expresión a aquel que es, de nombre y de hecho, el más excelente de todos los bienes, en el cual, por el cual y para el cual culmina nuestra salvación y se nos restituye a nuestro estado de justicia original.

Porque, sin la cruz, Cristo no hubiera sido crucificado. Sin la cruz, aquel que es la vida no hubiera sido clavado en el leño. Si no hubiese sido clavado, las fuentes de la inmortalidad no hubiesen manado de su costado la sangre y el agua que purifican el mundo, no hubiese sido rasgado el documento en que constaba la deuda contraída por nuestros pecados, no hubiéramos sido declarados libres, no disfrutaríamos del árbol de la vida, el paraíso continuaría cerrado. Sin la cruz, no hubiera sido derrotada la muerte, ni despojado el lugar de los muertos.

Por esto, la cruz es cosa grande y preciosa. Grande, porque ella es el origen de innumerables bienes, tanto más numerosos, cuanto que los milagros y sufrimientos de Cristo juegan un papel decisivo en su obra de salvación. Preciosa, porque la cruz significa a la vez el sufrimiento y el trofeo del mismo Dios: el sufrimiento, porque en ella sufrió una muerte voluntaria; el trofeo, porque en ella quedó herido de muerte el demonio y, con él, fue vencida la muerte. En la cruz fueron demolidas las puertas de la región de los muertos, y la cruz se convirtió en salvación universal para todo el mundo.

La cruz es llamada también gloria y exaltación de Cristo. Ella es el cáliz rebosante, de que nos habla el salmo, y la culminación de todos los tormentos que padeció Cristo por nosotros. El mismo Cristo nos enseña que

la cruz es su gloria, cuando dice: Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él, y pronto lo glorificará. Y también: Padre, glorifícame con la gloria que yo tenía cerca de ti, antes que el mundo existiese. Y asimismo dice: "Padre, glorifica tu nombre". Entonces vino una voz del cielo: "Lo he glorificado y volveré a glorificarlo", palabras que se referían a la gloria que había de conseguir en la cruz.

También nos enseña Cristo que la cruz es su exaltación, cuando dice: Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí. Está claro, pues, que la cruz es la gloria y exaltación de Cristo.

San Teodoro Estudita

Sermón en la adoración de la Cruz

¡Oh don preciosísimo de la cruz! ¡Qué aspecto tiene más esplendoroso! No contiene, como el árbol del paraíso, el bien y el mal entremezclados, sino que en él todo es hermoso y atractivo tanto para la vista como para el paladar.

Es un árbol que engendra la vida, sin ocasionar la muerte; que ilumina sin producir sombras; que introduce en el paraíso, sin expulsar a nadie de él; es un madero al que Cristo subió, como rey que monta en su cuadriga, para derrotar al diablo que detentaba el poder de la muerte, y librar al género humano de la esclavitud a que la tenía sometido el diablo.

Este madero, en el que el Señor, cual valiente luchador en el combate, fue herido en sus divinas manos, pies

y costados, curó las huellas del pecado y las heridas que el pernicioso dragón había infligido a nuestra naturaleza.

Si al principio un madero nos trajo la muerte, ahora otro madero nos da la vida: entonces fuimos seducidos por el árbol: ahora por el árbol ahuyentamos la antigua serpiente. Nuevos e inesperados cambios: en lugar de la muerte alcanzamos la vida; en lugar de la corrupción, la incorrupción; en lugar del deshonor, la gloria.

No le faltaba, pues, razón al Apóstol para exclamar: Dios me libre de gloriarme, si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Pues aquella suprema sabiduría, que, por así decir, floreció en la cruz, puso de manifiesto la jactancia y la arrogante estupidez de la sabiduría mundana. El conjunto maravilloso de bienes que provienen de la cruz acabaron con los gérmenes de la malicia y del pecado.

Las figuras y profecías de este leño revelaron, ya desde el principio del mundo, las mayores maravillas. Mira si no, si tienes deseos de saberlo: ¿Acaso no se salvó Noé de la muerte del diluvio, junto con sus hijos y mujeres y con los animales de toda especie, en un frágil madero?

¿Y qué significó la vara de Moisés? ¿Acaso no fue figura de la cruz? Una vez convirtió el agua en sangre; otra, devoró las serpientes ficticias de los magos; o bien dividió el mar con sus golpes y detuvo las olas, haciendo que cambiaran su curso, sumergiendo así

a los enemigos mientras hacía que se salvara el pueblo de Dios.

De la misma manera fue también figura de la cruz la vara de Aarón, florecida en un solo día para atestiguar quién debía ser el sacerdote legítimo.

Y a ella aludió también Abrahán cuando puso sobre el haz de leña a su hijo maniatado. Con la cruz sucumbió la muerte, y Adán se vio restituido a la vida. En la cruz se gloriaron todos los apóstoles, en ella se coronaron los mártires y se santificaron los santos. Con la cruz nos revestimos de Cristo y nos despojamos del hombre viejo; fue la cruz la que nos reunió en un solo rebaño, como ovejas de Cristo, y es la cruz la que nos lleva al aprisco celestial.

San Rufino

De la historia de la Iglesia. 1,7-8 (PL 21,475)

En aquel tiempo era creído que Elena, la madre de Constantino, mujer de incomparable fe por sinceridad de religión y por singular magnificencia, de la cual a buen derecho, Constantino era hijo, movida de una visión divina, llegó a Jerusalén y allí hizo buscar a los habitantes de la ciudad el lugar donde el sagrado cuerpo de Cristo, muerto en la Cruz, había sido puesto. Era difícil individuar aquel lugar, porque en el mismo sitio había sido edificada por los antiguos perseguidores de la Iglesia una estatua de Venus a fin de que si alguno de los cristianos quería adorar a Cristo en aquel lugar, pareciera que adoraba a Venus. De este modo aquel lugar dejó de ser frecuentado y terminó por ser

casi olvidado. Sin embargo, como hemos dicho, aquella mujer religiosa se empeñó en buscar en este lugar que le había sido indicado por inspiración divina. Lo hizo limpiar de todo lo profano y después hizo remover las piedras de manera que salieron a la luz tres cruces que estaban esparcidas. La semejanza de las cruces entre sí hizo disminuir la alegría del hallazgo. Allí se encontró también el letrero escrito por Pilato en griego, latín y hebreo, pero esto tampoco daba garantías suficientes para individuar el patíbulo del Señor. La incertidumbre de aquella ambigua situación exigía por tanto una intervención divina. Sucedió que en aquella ciudad una mujer noble, atacada por una grave enfermedad se encontraba en el lecho de la muerte. En aquel tiempo el obispo de Jerusalén era Macario. Cuando éste supo que la reina y todos los que la acompañaban vivían en la incertidumbre, dijo: “traed aquí todas las cruces que se han hallado: ¡el mismo Dios nos dirá cuál fue la Cruz que le sostuvo!” De este modo llevaron las cruces donde se encontraba la mujer enferma casi sin vida y arrodillándose, oraron de este modo:

“Señor, tú que por medio de tu Hijo unigénito, a través de la Cruz, has hecho llegar la salvación a toda la humanidad, y ahora has hecho que tu sierva buscara el madero santo en el cual estuvo clavada nuestra salvación, muestra claramente cuál de estas tres cruces fue la destinada a la gloria del Señor, y cuáles sirvieron de suplicio a los esclavos, de modo que esta mujer que yace en el lecho de muerte, cuando sea tocada por el madero de la salud, sea llamada de las puertas de la muerte a la vida”. Pronunciadas estas palabras, acercó una de las tres cruces y no obtuvo ningún resultado. Entonces acercó la segunda y tampoco

obtuvo resultado. Sin embargo, cuando acercó la tercera, la mujer enferma abrió los ojos, se levantó de la cama y recobró todas las fuerzas, y más llena de vida que cuando estaba sana, comenzó a moverse por toda la casa glorificando a Dios.

Así, la reina, conseguido su fin, con una revelación de tal magnitud, hizo construir un maravilloso templo en el mismo lugar en el que había encontrado la Cruz. También llevo a su hijo los clavos con los cuales el cuerpo del Señor había sido sujetado y se dice que los llevaba a todas las batallas. En cuanto al Madero de nuestra salvación, una parte se la dio a su hijo y otra la hizo recubrir de plata dejándola en el lugar donde se encontró. Ésta, todavía hoy se custodia como recuerdo perenne y como objeto de veneración.

San Francisco

Cómo enseñó a orar a sus hermanos

Por aquellos días, los hermanos le rogaron que les enseñase a orar, pues, caminando en simplicidad de espíritu, no conocían todavía el oficio eclesiástico. Él les respondió: «Cuando oréis, decid: "Padre nuestro" y "Te adoramos, ¡oh Cristo!, en todas tus iglesias que hay en el mundo entero y te bendecimos, pues por tu santa cruz redimiste al mundo" (Test 5)». Los hermanos, discípulos de tan piadoso maestro, se cuidaban de observar esto con suma diligencia, puesto que ponían el máximo empeño en cumplir no sólo aquello que el bienaventurado padre Francisco les decía aconsejándoles fraternamente o mandándoles paternalmente, sino también -si de alguna manera

podían adivinarlo- lo que pensaba o estaba cavilando. El mismo bienaventurado Padre solía decirles que es tan verdadera obediencia la que ha sido proferida o expresada como la que no ha sido más que pensada; igual cuando es mandamiento como cuando es deseo; es decir: «Un hermano súbdito debe someterse inmediatamente todo él a la obediencia y hacer lo que por cualquier indicio ha comprendido que quiere el hermano prelado; no solamente cuando ha escuchado la voz de éste, sino incluso cuando ha conocido su deseo».

Y así, dondequiera que hubiese una iglesia que, aun no cogiéndoles de paso, pudieran siquiera divisarla de lejos, se volvían hacia ella y, postrados en tierra, decían: «Adorámote, Cristo, en todas las iglesias», según les había enseñado el Padre santo. Y lo que no es menos digno de admirar: hacían esto mismo siempre que veían una cruz o un signo de la cruz, fuese en la tierra, en una pared, en los árboles o en las cercas de los caminos.

Oración ante el crucifijo

*Alto y glorioso Dios,
ilumina las tinieblas de mi
corazón
y dame fe recta,
esperanza cierta
y caridad perfecta,
sensatez y conocimiento,
Señor,
para hacer tu santo y veraz
mandamiento.*

San Francisco de Asís

Card. John Henry Newman

Sermones parroquiales

¿Y de dónde le viene al bautismo ese poder? Del gran acontecimiento que dentro de poco vamos a conmemorar: la muerte del Hijo de Dios encarnado. Casi todas las religiones tienen sus ritos de purificación exterior, pues son conscientes de la necesidad que el hombre tiene de ella, aunque no puedan proporcionársela. La misma religión judía, con ser de origen divino, no pudo satisfacerla: sus purificaciones eran solamente carnales, la sangre de toros y de cabritos era algo puramente material que no servía para nada. Ni tampoco el bautismo de Juan, precursor del Señor, tenía en sí mismo poder satisfactorio: Cristo aún no había sido crucificado. Pero cuando llegó ese tiempo tan largamente esperado, cuando el Hijo de Dios se alejó solemnemente, cual víctima propiciatoria, delante de sus apóstoles y se fue el huerto de los olivos, y en presencia de tres de ellos sufrió la agonía y sudó sangre, cuando luego fue traicionado, abofeteado, escupido, azotado y clavado a la cruz hasta morir, entonces, exhalando el último aliento, dijo: Todo está cumplido; y en ese momento, con su sangre, brotó de sus heridas la fuerza del Altísimo para el perdón y la regeneración del hombre. Y desde entonces, el bautismo tiene ese poder. [...]

Nosotros, pues, creemos que cuando Cristo sufrió en la cruz, nuestra naturaleza sufrió en él. La naturaleza humana, caída y corrompida, estaba bajo la cólera de Dios y no podía ser devuelta a su gracia mientras no expiase, mediante el sufrimiento, su pecado. No sabemos por qué motivo fue eso necesario, pero se

nos ha dicho expresamente que somos todos, por naturaleza, objeto de la ira y que nadie podrá justificarse ante él mediante el cumplimiento de la Ley. [...]

Por eso el Hijo de Dios tomó sobre sí la naturaleza humana a fin de que ésta pudiese hacer y sufrir en él lo que ella no podía. Lo que la naturaleza humana no podía realizar por sí misma, lo pudo él. Cristo cargó con ella a lo largo de una vida de sufrimiento; cargó con ella hasta la agonía y hasta la muerte. En él nuestra naturaleza pecadora murió y resucitó; cuando ella murió con él en la cruz, esa muerte fue para ella una nueva creación. En él satisfizo su antigua y gravosa deuda, porque la presencia en ella de la divinidad del Hijo de Dios le confirió un mérito trascendente. La presencia de Cristo la preservó limpia de pecado desde el principio. Su mano eligió cuidadosamente la muestra más noble de nuestra naturaleza, tomándola de la sustancia de la Virgen; al vivir Cristo en ella - en nuestra naturaleza -, alejó de ella toda corrupción, la santificó y la fortaleció; y al ofrecerla con él en la cruz y hacerla perfecta mediante el sufrimiento, la convirtió en el primer fruto del hombre nuevo, en levadura divina de santidad para el nuevo nacimiento y para la vida espiritual de cuantos lo recibieran. Por eso como dice el Apóstol: Si uno murió por todos, todos murieron. Nuestro hombre viejo ha sido crucificado con Cristo, quedando destruida nuestra personalidad de pecadores. Y también: Estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo, nos ha resucitado con Cristo Jesús y nos ha sentado en el cielo con él. Por eso, somos miembros de su cuerpo. [...] Quien como mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. [...]

¡Qué distinta es la visión de la vida que nos presentan estas enseñanzas de la que el mundo profesa! Pensad simplemente en la pasión que suscitan en la gran masa humana los asuntos temporales, los intereses mundanos, las ganancias, la grandeza nacional y las especulaciones que prometen un beneficio público o privado. Y después de pensar en todo eso, volved a contemplar la Cruz de Cristo y preguntaos si podemos decir ingenuamente que el mundo y todo lo que hay en él no es tan incrédulo hoy como en los tiempos de la venida de Cristo.

Santa Teresa de Lisieux

Historia de un alma

La sangre de Jesús

Un domingo, mirando una estampa de Nuestro Señor en la cruz, me sentí profundamente impresionada por la sangre que caía de sus divinas manos. Sentí un gran dolor al pensar que aquella sangre caía al suelo sin que nadie se apresurase a recogerla. Tomé la resolución de estar siempre con el espíritu al pie de la cruz para recibir el rocío divino que goteaba de ella, y comprendí que luego tendría que derramarlo sobre las almas...

También resonaba continuamente en mi corazón el grito de Jesús en la cruz: "¡Tengo sed!. Estas palabras encendían en mí un ardor desconocido y muy vivo... Quería dar de beber a mi Amado, y yo misma me sentía devorada por la sed de almas... No eran todavía las almas de los sacerdotes las que me atraían, sino las de los grandes pecadores; ardía en deseos de

arrancarles del fuego eterno... Y para avivar mi celo, Dios me mostró que mis deseos eran de su agrado.

Beato Fray María Rafael Arnáiz

Escritos

No sé si me explico bien, pero creo que tú me comprendes claramente y algún día no muy lejano veremos los hombres la verdad de todo esto que te digo: que ni tú, ni yo, ni nadie tiene méritos delante de Dios, que somos nada más que instrumentos más o menos activos en el concierto de la creación, que nosotros solos nada somos, ni nada valemos, y que los únicos méritos son los que derramó Jesús en la Cruz; todo lo demás fuera de eso, no son más que granos de arena en el océano.

Lo que pasa es lo que te decía ya en otra carta, y es que nos contemplamos demasiado a nosotros mismos, y unos a otros, y miramos poco a Dios. El lo es todo y lo llena todo, y cuando se ve una criatura que nos agrada, en vez de exclamar: ¡Oh, qué hermosa alma, cómo brilla!, debemos mirar a Dios en ella y nada más, pues sabemos que un alma, no precisamente santa, sino solamente en estado de gracia es un reflejo de la de Dios... Por tanto, en lugar de detenernos en los reflejos que hace el sol en el agua, miremos directamente al sol ¿no te parece?

Escritos.

No es la soledad del cuerpo lo que a Dios agrada... Esto agrada a nuestro cuerpo... Lo que a Jesús nos acerca es la soledad del corazón desprendido del

mundo, de sus criaturas y de la propia voluntad... Ese es el “negarse”..., ese es el “morir”, esa es la “cruz”.

Pero bendita cruz cuyo sufrimiento es fuente de vida eterna. Amar a Dios en silencio y soledad, corazón desprendido del mundo y sólo una voluntad: la de Cristo. Con estas tres cosas... se puede ser perfecto, siempre que uno no se olvide de María.

Salus infirmorum... Ora pro nobis

Escritos.

Si de todos los santos tenemos algo que aprender, de Santa Teresita de Lisieux, especialmente, debemos copiar su alegría en el sufrimiento. Qué hermoso es tener el corazón destrozado por amor a Jesús, sufrir amarguras, llevar el peso de una gran cruz y, sin embargo, tener el rostro alegre, la sonrisa amable, para no enturbiar la paz del prójimo con nuestras penas... Contárselas solamente al Buen Jesús y sufrir con alegría; llevar la cruz con el corazón alegre y si alguna vez asoman las lágrimas a nuestros ojos, pedir perdón a Dios de nuestra flaqueza en la cruz, y pedir también perdón a nuestros hermanos.

Cartas.

Qué alegría, Señor, mándame lo que sea, o flores o espinas, ¿qué más da? No me he de detener a mirar nada, pues con mirarte a Ti tengo bastante; ¡llenas de tal manera, amas de tal modo!, que todo ante Ti desaparece y quedamos en nada...

¡Qué alegría, Señor, el poder verte a Ti y el no vernos a nosotros! ¡Qué más da flores o espinas si eres Tú el

que las das!, el que nos las llevas y el que nos las quitas; nosotros no hacemos nada, pues nada sabemos hacer; Tú lo haces todo... Nosotros, si hablamos de la cruz, es para quejarnos con egoísmo; si buscamos consuelo, a nosotros (nos) buscamos; si queremos amarte, lo hacemos con ruindad, y no sabemos...

¡Qué alegría, Señor, pensar que Tú nos lo haces todo!; entonces todo es grande y hermoso.

Señor, no puedo detenerme, porque si me detengo, es para buscarme a mí mismo, y en mí no hallo nada que merezca la pena; tengo que seguir hasta Ti, ¿qué me importan las flores? ¿Qué me importan las espinas? A Ti te tengo, tengo tu amor, lo tengo todo... Qué alegría el verse en nada, y sin nada.

Con estos pensamientos continuaba el viaje a Oviedo. A los dos lados del camino dejaba muchas cosas, pero no las quería. Dios me esperaba allá en el horizonte, y no me podía detener, ni yo quería tampoco.

Cartas.

“Esté siempre, Señor, a la sombra del duro madero. Ponga allí, a tus pies, mi celda, mi lecho... Tenga yo, Señor, allí mis delicias, mis descansos en el sufrir... Riegue el suelo del Calvario con mis lágrimas... Allí a los pies de la Cruz, tenga mi oración, mis exámenes de conciencia...

Déjame vivir al pie de tu Cruz sin pensar en mí, sin nada querer ni desear, más que mirar enloquecido la sangre divina que inunda la tierra... Déjame, Señor, vivir al pie de tu Cruz..., de día, de noche, en el trabajo,

en el descanso, en la oración, en el estudio, en el comer, en el dormir..., siempre, siempre... Es en la Cruz donde he aprendido lo poco que sé. Es en la Cruz donde he hecho siempre mi oración y mis meditaciones... En realidad no sé otro sitio mejor, ni acierto a encontrarlo... pues quieto.

Por eso, Señor, al ver la divina escuela de tu Cruz; al ver que es en el Calvario, acompañando a María, donde únicamente puedo aprender a ser mejor, a quererte, a olvidarme y “despreciarme”, no permitas que me aparte de Ti.”

“El mundo esto no lo comprende..., es muy difícil. Yo sé que es la gracia de Dios, pero no sé explicarlo... ¡Es tan difícil explicar por qué se ama el sufrimiento! Pero yo creo que se explica porque no es al sufrimiento tal como éste en en sí, sino tal como es en Cristo, y el que ama a Cristo, ama a su Cruz. Y yo de esto no sé salir, aunque lo comprendo”.

“Quisiera, Jesús, mío, suplir yo lo que el mundo no hace. Quisiera, Señor, amar tu bendita Cruz con toda el ansia que el mundo entero no pone, y debiera poner, si supiera el tesoro que encierras en tus llagas, en tus espinas, en tu sed, en tu agonía, en tu muerte... en tu Cruz. Quién me diera sufrir junto a tu Cruz, para aliviar tu dolor”.

“Solamente acudiendo a Ti se aprende... solamente a los pies de tu Cruz, viéndote clavado en ella, se aprende a perdonar, se aprende humildad, caridad y mansedumbre... Vengan luego desprecios, vengan humillaciones, vengan azotes de parte de las criaturas..., ¡qué importa! Contigo a mi lado lo puedo

todo... La portentosa, la admirable, la inenarrable lección que Tú me enseñas desde tu Cruz, me da fuerzas para todo.

A Ti te escupieron, te insultaron, te azotaron, te clavaron en un madero, y siendo Dios perdonabas, humilde, callabas y aún te ofrecías... ¡Qué podré decir yo de tu Pasión!

Cristo Jesús, enséñame a padecer... Enséñame esa ciencia que consiste en amar el menosprecio, la injuria, la abyección... Enséñame a padecer con esa alegría humilde y sin gritos de los Santos... Enséñame a ser manso con los que no me quieren o me desprecian. Enséñame esa ciencia que Tú desde la cumbre del Calvario muestras al mundo entero”.

“Más ya sé... una voz interior muy suave me lo explica todo..., algo que siento en mí que viene de Ti y que no sé explicar, me descifra tanto misterio que el hombre no puede entender... Yo, Señor, a mi modo, lo entiendo..., es el amor..., en eso está todo... Ya lo veo, Señor..., no necesito más..., es el amor, ¿quién podrá explicar el amor de Cristo?”.

“Callen los hombres, callen las criaturas... Callemos a todo, para que en el silencio oigamos los susurros del amor, del amor humilde, del amor paciente, del amor inmenso, infinito que nos ofrece Jesús con sus brazos abiertos desde la Cruz.

El mundo loco no escucha... Loco e insensato vuela embriagado en su propio ruido..., no oye a Jesús, que sufre y ama desde la Cruz.

Pero Jesús necesita almas que en silencio le escuchen. Jesús necesita corazones que olvidándose de sí mismos y lejos del mundo, adoren y amen con frenesí y con locura su Corazón dolorido y desgarrado por tanto olvido. Jesús mío, dulce dueño de mis amores, toma el mío”.

“Si supieran esos sabios que buscan a Dios en la ciencia, y en las eternas discusiones... Si supieran los hombres dónde se encuentra Dios... Insensatos y necios, que buscáis a Dios donde no está. Escuchad y asombraos. Dios está en el corazón del hombre, cuando este corazón vive desprendido de todo lo que no es El. Dios está en el corazón desprendido..., en el silencio de la oración, en el sacrificio voluntario al dolor, en el vacío del mundo y sus criaturas... Dios está en la Cruz, y mientras no amemos la Cruz, no le veremos, no le sentiremos. Callen los hombres, que no hacen más que meter ruido.

San Juan de Ávila

Tratado del amor de Dios

¿Quién no devolverá amor a Cristo?

¡Oh maravilloso amor que a tal extremo descendiste! Y ¡maravillosa ceguedad de los hombres, que tomaron ocasión para descreerte de donde la habían de tomar para más amarte!

Dime, ¡oh dulcísimo Amador!, si sola esta centella que nos mostraste acá de fuera fue tan espantable a los hombres, que ha sido escándalo de los judíos y locura para los gentiles, ¿qué hiciera si les pudieras dar alguna

otra muestra y que declarara toda la grandeza del amor tuyo?

Pues si solo esta muestra, que es menor, hace salir a los malos de sus sentidos y perder la vista en medio del resplandor de la luz, ¿qué harán tus verdaderos hijos y amigos, que tan creído y conocido tienen tu amor?

Esto es lo que les hace salir de sí y quedar atónitos, cuando, recogidos en lo secreto de su corazón, les descubres estos secretos y se los da a sentir. De aquí nace el deshacerse y abrasarse sus entrañas, de aquí el desear los martirios, de aquí el holgarse con las tribulaciones (Col 1,24), de aquí el sentir refrigerio en las parrillas y el pasearse sobre las brasas como sobre rosas, de aquí, de aquí el desear los tormentos como convites, y holgarse de lo que todo el mundo teme, y abrazar lo que el mundo aborrece, y buscar abominaciones de Egipto para sacrificarlas a Dios (Ex 8,26).

“El alma -dice San Ambrosio-, que está desposada con Jesucristo, y voluntariamente se junta con El en la cama de la cruz, ninguna cosa tiene por más gloriosa que traer consigo las insignias y librea del Crucificado”.

La locura de la cruz

Pues ¿cómo te pagaré yo, Amador mío, este amor? Esto solo es digno de recompensa, que la sangre se recompense con sangre.

Aquella sangre con que Moisés celebró la amistad entre Dios y su pueblo (la cual fue figura de ésta), parte

se derramó sobre el altar y parte sobre el pueblo, recibéndolo, reconciliándolo con Dios (Hebr 9,20). Y la que sobre las cabezas del pueblo, para obligar a los hombres.

¡Dulcísimo Señor!, yo conozco esta obligación. No permitas que yo me salga fuera de ella y véame yo con esa sangre teñido y con esa cruz enclavado.

¡Oh cruz, hazme lugar, y recibe mi cuerpo, y deja el de mi Señor! ¡Ensáchate, corona, para que pueda yo ahí poner mi cabeza! ¡Dejad, clavos, esas manos inocentes, y atravesad mi corazón, y llagadlo de compasión y amor! Para esto, dice tu Apóstol, moriste, para enseñorearte de vivos y muertos (Rom 14,9), no con amenazas y castigos, sino con obras de amor. Cuéntame entre los que mandares, o por vivo o por muerto, y véame yo cautivo debajo del señorío de tu amor.

¡Oh, qué maravillosa manera de pelear ha tomado el Señor, dice la santa profecía! (Iud 5,8). Porque ya no con diluvio, no con fuego del cielo, sino con halagos de paz y amor ha conquistado los corazones; no matando, sino muriendo; no derramando sangre, sino la suya por todos en la cruz.

¡Oh maravillosa y nueva virtud! ¡Lo que no hiciste desde el cielo servido de ángeles, hiciste desde la cruz acompañado de ladrones! ¡Oh robador apresurado y violento! ¿Qué espada será tan fuerte, qué arco tan recio y bien flechado, que pueda penetrar a un fino diamante? La fuerza de tu amor ha despedazado infinitos diamantes. Tú has inflamado a todo el mundo en tu amor. Tú mismo dijiste a un profeta: Con el fuego

de mi amor será abrasada toda la tierra. Y en tu Evangelio dijiste: Fuego vine a poner en la tierra, y ¿qué otra cosa quiero sino que arda? (Lc 12,49).

Bien había entendido la virtud de esta venida y de este fuego aquel santo profeta, que por eso daba voces diciendo: ¡Ojalá rasgases ya los cielos y vinieses! Las aguas arderían como fuego (Is 64, 1).

¡Oh dulce fuego! ¡Oh dulce amor! ¡Oh dulce llama! ¡Oh dulce llaga, que así enciende los corazones helados más que nieve, y los convierte en amor!

Este es el intento principal de tu venida, a henchir el mundo de tu amor, y, como dice el profeta, visitaste la tierra y embriagástela en amor, y así multiplicaste sus riquezas con tal linaje de amor (Ps 64,10).

Visitando la tierra embriagaste los corazones terrenos. ¡Oh amantísimo Señor, suavísimo, benignísimo, hermosísimo, clementísimo! Embriaga nuestros corazones con ese vino, abrásalos con ese fuego, hiérellos con esa saeta de tu amor.

¿Qué le falta a esa cruz para ser una espiritual ballesta, pues así hiera los corazones? La ballesta se hace de madera, una cuerda estirada y una nuez al medio de ella, donde sube la cuerda para disparar la saeta con furia y hacer mayor la herida.

Esta santa cruz es el madero, y ese cuerpo extendido y brazos tan estirados, la cuerda. Y la abertura de ese costado es la nuez donde se pone la saeta de amor, porque de allí salga a herir el corazón! Ahora sepa

todo el mundo que tengo el corazón herido. Corazón mío, ¿cómo te guarecerás No hay remedio ninguno que te cure sino morir.

Cuando yo, mi buen Jesús, veo cómo de tu costado sale el hierro de la lanza, esa lanza es una saeta de amor que traspasa, y de tal manera hiera mi corazón, que no deja en él parte que no penetre.

¿Qué has hecho, Amor dulcísimo? ¿Qué has querido hacer en mi corazón? Vine aquí para curarme, ¡y me has herido! Vine para que me enseñaras a vivir, ¡y me haces loco! ¡Oh sapientísima locura: no me vea yo jamás sin ti!

No solamente la cruz, mas la misma figura que en ella tienes nos llama dulcemente a amor. La cabeza tienes reclinada para oírnos y darnos besos de paz, con la cual convidas a los culpados. Los brazos tienes tendidos para abrazarnos. Las manos agujereadas para darnos tus bienes, el costado abierto para recibirnos en tus entrañas, los pies enclavados para esperarnos y para nunca poderte apartar de nosotros.

De manera que, mirándote, Señor, en la cruz, todo cuanto vieren mis ojos, todo convida a amor: el madero, la figura y el misterio, las heridas de tu cuerpo. Y, sobre todo, el amor interior me da voces que te ame y nunca te olvide mi corazón.

Pues ¿cómo me olvidaré de ti? Si me olvidare de ti, ¡oh buen Jesús!, sea echada en olvido mi mano diestra; péguese mi lengua al paladar si no me acordare de ti y si no te pusiere por principio de mis alegrías (Ps 136,5).

Reflexiones en torno al Icono de la Virgen

- 181 San Bernardo
- 187 Balduino de Cantorbery
- 189 San Ambrosio
- 191 San Beda el Venerable
- 193 Beato Guerrico

San Bernardo, Abad

De sus homilias sobre las excelencias de la Virgen Madre. (Homilía 4, 8-9: Opera Omnia, Edición Cisterciense, 4 [1966] 53-54)

Oíste, Virgen, que concebirás y darás a luz a un hijo; oíste que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira que el Ángel aguarda tu respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva al Señor que lo envió. También nosotros, los condenados infelizmente a muerte por la divina sentencia, esperamos, Señora, esta palabra de misericordia.

Se pone entre tus manos el precio de nuestra salvación; en seguida seremos librados si consientes. Por la Palabra eterna de Dios fuimos todos creados, y a pesar de eso morimos; mas por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos para ser llamados de nuevo a la vida.

Esto te suplica, oh piadosa Virgen, el triste Adán, desterrado del paraíso con toda su miserable posteridad. Esto Abrahán, esto David, con todos los santos antecesores tuyos, que están detenidos en la región de la sombra de la muerte; esto mismo te pide el mundo todo, postrado a tus pies.

Y no sin motivo aguarda con ansia tu respuesta, porque de tu palabra depende el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos, la libertad de los condenados, la salvación, finalmente, de todos los hijos de Adán, de todo tu linaje.

Da pronto tu respuesta. Responde presto al Ángel, o, por mejor decir, al Señor por medio del Ángel; responde una palabra y recibe al que es la Palabra; pronuncia tu palabra y concibe la divina; emite una palabra fugaz y acoge en tu seno a la Palabra eterna.

¿Por qué tardas? ¿Qué recelas? Cree, di que sí y recibe. Que tu humildad se revista de audacia, y tu modestia de confianza. De ningún modo conviene que tu sencillez virginal se olvide aquí de la prudencia. En este asunto no temas, Virgen prudente, la presunción; porque, aunque es buena la modestia en el silencio, más necesaria es ahora la piedad en las palabras.

Abre, Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento, las castas entrañas al Criador. Mira que el deseado de todas las gentes está llamando a tu puerta. Si te demoras en abrirle, pasará adelante, y después volverás con dolor a buscar al amado de tu alma. Levántate, corre, abre. Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por el consentimiento.

Aquí está –dice la Virgen- la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.

Lumen Gentium 56- 59. 68.

El Padre de las Misericordias quiso que precediera a la Encarnación la aceptación de parte de la Madre predestinada, para que así como la mujer contribuyó a la muerte, así también contribuirá a la vida. Lo cual vale en forma eminente de la Madre de Jesús, que dio al mundo la vida misma que renueva todas las cosas y que fue adornada por Dios con dones dignos de tan gran oficio.

Por eso, no es extraño que entre los Santos Padres fuera común llamar a la Madre de Dios toda santa e inmune de toda mancha de pecado y como plasmada por el Espíritu Santo y hecha una nueva criatura. Enriquecida desde el primer instante de su concepción con esplendores de santidad del todo singular, la Virgen Nazarena es saludada por el ángel por mandato de Dios como "llena de gracia" (cf. Lc., 1,28), y ella responde al enviado celestial: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc., 1,38).

Así María, hija de Adán, aceptando la palabra divina, fue hecha Madre de Jesús, y abrazando la voluntad salvífica de Dios con generoso corazón y sin impedimento de pecado alguno, se consagró totalmente a sí misma, cual, esclava del Señor, a la Persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la Redención con El y bajo El, por la gracia de Dios omnipotente.

Con razón, pues, los Santos Padres estima a María, no como un mero instrumento pasivo, sino como una cooperadora a la salvación humana por la libre fe y obediencia. Porque ella, como dice San Ireneo, "obedeciendo fue causa de la salvación propia y de la del género humano entero".

Por eso, no pocos padres antiguos en su predicación, gustosamente afirman: "El nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; lo que ató la virgen Eva por la incredulidad, la Virgen María lo desató por la fe" ; y comparándola con Eva, llaman a María Madre de los vivientes, y afirman con mayor frecuencia: "La muerte vino por Eva; por María, la vida".

La unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte; en primer término, cuando María se dirige a toda prisa a visitar a Isabel, es saludada por ella a causa de su fe en a salvación prometida, y el precursor saltó de gozo (cf. Lc., 1,41-45) en el seno de su Madre; y en la Natividad, cuando la Madre de Dios, llena de alegría, muestra a los pastores y a los Magos a su Hijo primogénito, que lejos de disminuir consagró su integridad virginal.

Y cuando, ofrecido el rescate de los pobres, lo presentó al Señor en el Templo, oyó al mismo tiempo a Simeón que anunciaba que el Hijo sería signo de contradicción y que una espada atravesaría el alma de la Madre para que se manifestasen los pensamientos de muchos corazones (cfr. Lc., 2,34-35).

Al Niño Jesús perdido y buscado con dolor, sus padres lo hallaron en el templo, ocupado en las cosas que pertenecían a su Padre, y no entendieron su respuesta. Mas su Madre conservaba en su corazón, meditándolas, todas estas cosas (cf. Lc., 2,41-51).

En la vida pública de Jesús, su Madre aparece significativamente; ya al principio durante las nupcias de Caná de Galilea, movida a misericordia, consiguió por su intercesión el comienzo de los milagros de Jesús Mesías (cf. Jn., 2,1-11). En el decurso de su predicación recibió las palabras con las que el Hijo (cf. Lc., 2,19-51), elevando el Reino de Dios sobre los motivos y vínculos de la carne y de la sangre, proclamó bienaventurados a los que oían y observaban la palabra

de Dios como ella lo hacía fielmente (cf. Mc., 3,35; Lc., 11, 27-28).

Así también la Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la Cruz, en donde, no sin designio divino, se mantuvo de pie (cf. Jn., 19, 25), se conmovió vehementemente con su Unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada por Ella misma, y, por fin, fue dada como Madre al discípulo por el mismo Cristo Jesús, moribundo en la Cruz con estas palabras: "Mujer, he ahí a tu hijo!" (Jn., 19,26-27).

Como quiera que plugo a Dios no manifestar solemnemente el sacramento de la salvación humana antes de derramar el Espíritu prometido por Cristo, vemos a los Apóstoles antes del día de Pentecostés "perseverar unánimemente en la oración con las mujeres, y María la Madre de Jesús y los hermanos de Este" (Act., 1,14); y a María implorando con sus ruegos el don del Espíritu Santo, quien ya la había cubierto con su sombra en la Anunciación.

Finalmente, la Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminado el curso de la vida terrena, en alma y cuerpo fue asunta a la gloria celestial y enaltecida por el Señor como Reina del Universo, para que se asemejará más plenamente a su Hijo, Señor de los que dominan (Ap., 19,16) y vencedor del pecado y de la muerte.

Entre tanto, la Madre de Jesús, de la misma manera que ya glorificada en los cielos en cuerpo y alma es

la imagen y principio de la Iglesia que ha de ser consumada en el futuro siglo, así en esta tierra, hasta que llegue el día del Señor (cf., 2 Pe., 3,10), antecede con su luz al Pueblo de Dios peregrinante como signo de esperanza y de consuelo.

Homilías sobre las excelencias de la Virgen Madre 2,1-2.4

El único nacimiento digno de Dios era el procedente de la Virgen; asimismo, la dignidad de la Virgen demandaba que quien naciere de ella no fuere otro que el mismo Dios. Por esto, el Hacedor del hombre, al hacerse hombre, naciendo de la raza humana, tuvo que elegir, mejor dicho, que formar para sí, entre todas, una madre tal cual él sabía que había de serle conveniente y agradable.

Quiso, pues, nacer de una virgen inmaculada, él, el inmaculado, que venía a limpiar las máculas de todos.

Quiso que su madre fuese humilde, ya que él, manso y humilde de corazón, había de dar a todos el ejemplo necesario y saludable de estas virtudes. Y el mismo que ya antes había inspirado a la Virgen el propósito de la virginidad y la había enriquecido con el don de la humildad le otorgó también el don de la maternidad divina.

De otro modo, ¿cómo el ángel hubiese podido saludarla después como llena de gracia, si hubiera habido en ella algo, por poco que fuese, que no poseyera por gracia? Así, pues, la que había de concebir y dar a luz al Santo de los santos recibió el don de la virginidad para que fuese santa en el cuerpo, el don de la humildad para que fuese santa en el espíritu.

Así, engalanada con las joyas de estas virtudes, resplandeciente con la doble hermosura de su alma y de su cuerpo, conocida en los cielos por su belleza y atractivo, la Virgen regia atraído sobre sí las miradas de los que allí habitan, hasta el punto de enamorar al mismo Rey y de hacer venir al mensajero celestial.

Fue enviado el ángel, dice el Evangelio, a la Virgen. Virgen en su cuerpo, virgen en su alma, virgen por su decisión, virgen, finalmente, tal cual la describe el Apóstol, santa en el cuerpo y en el alma; no hallada recientemente y por casualidad, sino elegida desde la eternidad, predestinada y preparada por el Altísimo para él mismo, guardada por los ángeles, designada anticipadamente por los padres antiguos, prometida por los profetas.

Balduino de Cantorbery

Tratado 7, sobre la salutación angélica

A las palabras del ángel, que repetimos cada día para saludar a la santísima Virgen con filial devoción, añadimos: Y bendito el fruto de tu vientre. Expresión que añadió Isabel, al ser saludada por la Virgen, a las últimas palabras que había dicho el ángel a María en su saludo. Y así dijo Isabel: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. De este fruto habla Isaías cuando dice: Aquel día, el vástago del Señor será joya y gloria, fruto del país. ¿Cuál puede ser este fruto, sino el Santo de Israel, que a la vez es semilla de Abrahán, vástago del Señor, y flor que sube de la raíz de Jesé, fruto de vida del que hemos participado?

Bendito, realmente, en la semilla, bendito en el vástago bendito en la flor, bendito en el don; por último, bendito en la acción de gracias y la plena glorificación. Cristo, descendiente de Abrahán, ha nacido según la carne de la estirpe de David.

Es el único entre los hombres que ha llegado al ápice de la bondad. Ha recibido el Espíritu sin medida. Sólo él puede realizar toda justicia. Pues su justicia responde de la de todos. Así, dice Isaías: Como el suelo echa sus brotes, como un jardín hace brotar sus semillas, así el Señor hará brotar la justicia y los himnos ante todos los pueblos. Porque éste es el vástago de la justicia, bendecido y embellecido con la flor de la gloria. ¿De qué gloria? De la mayor que cabe imaginar; más aún, es de tal naturaleza que no hay posibilidad siquiera de imaginársela. Porque es una flor que sube de la raíz de Jesús. ¿Hasta dónde sube? Hasta lo más elevado, porque Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre. Se alza su majestad por encima de los cielos, para que el vástago del Señor sea joya y gloria y fruto maravilloso del país.

Ahora bien, ¿qué fruto nos brinda este fruto? ¿De este bendito fruto podremos lograr alguno que no sea verdadera bendición? En efecto, de esta semilla, de este vástago, de esta flor, obtendremos frutos de bendición. Y penetrarán en nuestro interior; primeramente se depositará la semilla: la gracia que nos trae el perdón; después brotará el vástago: la gracia que se va desarrollando; por último, una espléndida floración: la esperanza y el disfrute de la gloria. Realmente es fruto bendito por Dios y en Dios; así en él Dios es glorificado de verdad. Es también

bendito para nosotros, de manera que, bendecidos por él, logremos la gloria en él, ya que Dios le otorgó la bendición de todos los hombres, según la promesa que hizo a Abrahán.

San Ambrosio, Obispo

De su exposición sobre el Evangelio de San Lucas (Libro 2, 19. 22-23. 26-27; CCL 14, 39-42)

El Ángel que anunciaba los misterios, para llevar a la fe mediante algún ejemplo, anunció a la Virgen María la maternidad de una mujer estéril y ya entrada en años, manifestando así que Dios puede hacer todo cuanto le place.

Desde que lo supo, María, no por falta de fe en la profecía, no por incertidumbre respecto al anuncio, no por duda acerca del ejemplo indicado por el Ángel, sino con el regocijo de su deseo, como quien cumple un piadoso deber, presurosa por el gozo, se dirigió a las montañas.

Llena de Dios de ahora en adelante, ¿cómo no iba a elevarse apresuradamente hacia las alturas? La lentitud en el esfuerzo es extraña a la gracia del Espíritu. Bien pronto se manifiestan los beneficios de la llegada de María y de la presencia del Señor; pues en el momento mismo en que Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre, y ella se llenó del Espíritu Santo.

Considera la precisión y exactitud de cada una de las palabras: Isabel fue la primera en oír la voz, pero Juan fue el primero en experimentar la gracia, porque Isabel

escuchó según las facultades de la naturaleza, pero Juan, en cambio, se alegró a causa del misterio. Isabel sintió la proximidad de María, Juan la del Señor; la mujer oyó la salutación de la mujer, el hijo sintió la presencia del Hijo; ellas proclaman la gracia, ellos, viviéndola interiormente, logran que sus madres se aprovechen de este don hasta tal punto que, con un doble milagro, ambas empiezan a profetizar por inspiración de sus propios hijos.

El niño saltó de gozo y la madre fue llena del Espíritu Santo, pero no fue enriquecida la madre antes que el hijo, sino que, después que fue repleto el hijo, quedó también colmada la madre. Juan salta de gozo y María se alegra en su espíritu. En el momento que Juan salta de gozo, Isabel se llena del Espíritu, pero, si observas bien, de María no se dice que fuera llena del Espíritu, sino que se afirma únicamente que se alegró en su espíritu (pues en ella actuaba ya el Espíritu de una manera incomprensible); en efecto, Isabel fue llena del Espíritu después de concebir; María, en cambio, lo fue ya antes de concebir, porque de ella se dice: ¡Dichosa tú que has creído! Pero dichosos también vosotros, porque habéis oído y creído; pues toda alma creyente concibe y engendra la Palabra de Dios y reconoce sus obras.

Que en todos resida el alma de María para glorificar al Señor; que en todos esté el espíritu de María para alegrarse en Dios. Porque si corporalmente no hay más que una madre de Cristo, en cambio, por la fe, Cristo es el fruto de todos; pues toda alma recibe la Palabra de Dios, a condición de que, sin mancha y preservada de los vicios, guarde la castidad con una pureza intachable.

Toda alma, pues, que llega a tal estado proclama la grandeza del Señor, igual que el alma de María la ha proclamado, y su espíritu se ha alegrado en Dios Salvador.

El Señor, en efecto, es engrandecido, según puede leerse en otro lugar: Proclamad conmigo la grandeza del Señor. No porque con la palabra humana pueda añadirse algo a Dios, sino porque Él queda engrandecido en nosotros. Pues Cristo es la imagen de Dios y, por esto, el alma que obra justa y religiosamente engrandece esa imagen de Dios, a cuya semejanza ha sido creada, y, al engrandecerla, también la misma alma queda engrandecida por una mayor participación de la grandeza divina.

San Beda el Venerable, Presbítero

De su exposición sobre el Evangelio de San Lucas (Libro 1, 46-55: CCL 120, 37-39)

María dijo: Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador.

«El Señor –dice- me ha engrandecido con un don tan inmenso y tan inaudito, que no hay posibilidad de explicarlo con palabras, ni apenas el afecto más profundo del corazón es capaz de comprenderlo; por ello ofrezco todas las fuerzas del alma en acción de gracias, y me dedico con todo mi ser, mis sentidos y mi inteligencia a contemplar con agradecimiento la grandeza de aquel que no tiene fin, ya que mi espíritu se complace en la eterna divinidad de Jesús, mi Salvador, con cuya temporal concepción ha quedado fecundada mi carne.»

Porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo.

Se refiere al comienzo del himno, donde había dicho: Proclama mi alma la grandeza del Señor. Porque sólo aquella alma a la que el Señor se digna hacer grandes favores puede proclamar la grandeza del Señor con dignas alabanzas y dirigir a quienes comparten los mismos votos y propósitos una exhortación como ésta: Proclamad conmigo la grandeza del Señor, ensalcemos juntos su nombre.

Pues quien, una vez que haya conocido al Señor, tenga en menos el proclamar su grandeza y santificar su nombre en la medida de sus fuerzas será el menos importante en el reino de los cielos. Ya que el nombre del Señor se llama santo, porque con su singular poder trasciende a toda criatura y dista ampliamente de todas las cosas que ha hecho.

Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia. Bellamente llama a Israel siervo del Señor, ya que efectivamente el Señor lo ha acogido para salvarlo por ser obediente y humilde, de acuerdo con lo que dice Oseas: Israel es mi siervo, y yo lo amo.

Porque quien rechaza la humillación tampoco puede acoger la salvación, ni exclamar con el profeta: Dios es mi auxilio, el Señor sostiene mi vida, y el que se haga pequeño como este niño, ése es el más grande en el reino de los cielos.

Como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abrahán y su descendencia por siempre. No se

refiere a la descendencia carnal de Abrahán, sino a la espiritual, o sea, no habla de los nacidos solamente de su carne, sino de los que siguieron las huellas de su fe, lo mismo dentro que fuera de Israel. Pues Abrahán había creído antes de la circuncisión, y su fe le fue tenida en cuenta para la justificación.

De modo que el advenimiento del Salvador se le prometió a Abrahán y a su descendencia por siempre, o sea, a los hijos de la promesa, de los que se dice: Si sois de Cristo, sois descendencia de Abrahán y herederos de la promesa.

Con razón, pues, fueron ambas madres quienes anunciaron con sus profecías los nacimientos del Señor y de Juan, para que, así como el pecado empezó por medio de las mujeres, también los bienes comiencen por ellas, y la vida que pereció por el engaño de una sola mujer sea devuelta al mundo por la proclamación de dos mujeres que compiten por anunciar la salvación.

Beato Guerrico, abad

*Sermón 1 en la Asunción de santa María
(PL 185,187-189)*

Un solo hijo dio a luz María, el cual, así como es Hijo único del Padre celestial, así también es el hijo único de su madre terrena. Y esta única virgen y madre, que tiene la gloria de haber dado a luz al Hijo único del Padre, abarca, en su único hijo, a todos los que son miembros del mismo; y no se avergüenza de llamarse madre de todos aquellos en los que ve formado o sabe que se va formando Cristo, su hijo.

La antigua Eva, más que madre madrastra, ya que dio a gustar a sus hijos la muerte antes que la luz del día, aunque fue llamada madre de todos los que viven, no justificó este apelativo; María, en cambio, realizó plenamente su significado, ya que ella, como la Iglesia de la que es figura, es madre de todos los que renacen a la vida. Es, pues, en efecto, madre de aquella Vida por la que todos viven, pues al dar a luz esta Vida, regeneró, en cierto modo, a los que habían de vivir por ella.

Esta santa madre de Cristo, como sabe que, en virtud de este misterio, es madre de los cristianos, se comporta con ellos con solicitud y afecto maternal, y en modo alguno trata con dureza a sus hijos, como si no fuesen ya suyos, ya que sus entrañas, una sola vez fecundadas, aunque nunca agotadas, no cesan de dar a luz el fruto de piedad.

Si el Apóstol de Cristo no deja de dar a luz a sus hijos, con su solicitud y deseo piadoso, hasta que Cristo tome forma en ellos, ¿cuánto más la madre de Cristo? Y Pablo los engendró con la predicación de la palabra de verdad con que fueron regenerados; pero María de un modo mucho más santo y divino, al engendrar al que es la Palabra en persona. Es, ciertamente, digno de alabanza el ministerio de la predicación de Pablo; pero es más admirable y digno de veneración el misterio de la generación de María.

Por eso, vemos cómo sus hijos la reconocen por madre, y así, llevados por un natural impulso de piedad y de fe, cuando se hallan en alguna necesidad o peligro, lo primero que hacen es invocar su nombre y buscar

refugio en ella, como el niño que se acoge al regazo de su madre. Por esto, creo que no es un desatino el aplicar a estos hijos lo que el profeta había prometido: Tus hijos habitarán en ti; salvando, claro está, el sentido originario que la Iglesia da a esta profecía.

Y, si ahora habitamos al amparo de la madre del Altísimo, vivamos a su sombra, como quien está bajo sus alas, y así después reposaremos en su regazo, hechos partícipes de su gloria. Entonces resonará unánime la voz de los que se alegran y se congratulan con su madre: Y cantarán mientras danzan: "Todas mis fuentes están en ti", Madre de Dios.

Oraciones a la Cruz en otros ritos

Trofeo invencible, inexpugnable defensa, cetro divino, adoramos, oh Cristo, tu santísima Cruz, por la cual se salvó el mundo y Adán salta de contento. Cantémosla en nuestros himnos, coros de hombres y venerémosla; y al celebrar su divina Exaltación, imploremos nuestro perdón. *(Liturgia Bizantina. Exaltación de la Santa Cruz, Stijeron de las Vísperas menores)*

Moisés te simboliza al extender las manos hacia el cielo y poner en fuga la tirano Amalec, oh Cruz venerable, ornamento de los creyentes, fortaleza de los mártires, gloria de los Apóstoles, defensa de los justos, salvación de todos los santos. Por lo cual, a la vista de tu Exaltación, la creación se regocija y se pone de fiesta glorificando a Cristo, cuya suma bondad juntó por ti lo que estaba separado. *(Liturgia Bizantina. Exaltación de la Santa Cruz, Stijeron de las Vísperas menores)*

El que engañó a nuestro padre Adán con el árbol ha quedado burlado por la Cruz; el que tiránicamente se había apoderado de la imagen de su Rey, cae precipitado en una ruina espantosa. Con la sangre divina se neutraliza el veneno de la serpiente y la maldición del que condenó al Justo. El árbol tenía que curar al árbol. Y por la Pasión del impasible se tenían que perdonar todas las penas al que había sido condenado por causa del árbol. *(Liturgia Bizantina. Exaltación de la Santa Cruz, Stijeron de las Vísperas menores)*

El patriarca Jacob, al bendecir a sus nietos, oh Cristo, poniendo sus manos cruzadas encima de sus cabezas, prefiguraba la Cruz. *(Liturgia Bizantina. Exaltación de la Santa Cruz, Idiomenon de la procesión)*

Al trazar de pie delante de él la señal de la cruz con la vara, Moisés abrió el Mar Rojo a Israel y por él pasó a pie enjuto; luego, volviéndose, le hizo retumbar con el estrépito de los carros volcados del Faraón y lo volvió a cerrar inscribiendo en su inmensidad el arma invencible. Por eso, cantamos a Cristo Dios nuestro, pues se ha llenado de gloria.

Moisés fue en su persona figura de tu inmaculada Pasión como mediador de los dones sagrados. Con los brazos en alto puestos en cruz señaló con sus manos extendidas un trofeo que determinó la derrota del poderosísimo Amalec. Moisés puso en alto como sobre una roca el remedio que podía librar a los hombres de una mordedura perjudicial y venenosa; ató a una vara, figura de la cruz, la serpiente que siniestramente se arrastra por la tierra, y por ella se libró del dolor.

(Liturgia Bizantina. Exaltación de la Santa Cruz, Canon del Orthos, 1ª Oda)

Liturgia Hispana

Fiesta de la Invencción de la Santa Cruz

Oh Cristo, Hijo de Dios,
haz que nos alegremos sobremanera en tu Cruz.
ya que por el misterio que en ella se consumó,
toda rodilla se dobla a tu nombre.
Concédenos que, por tu victoria,
atradesemos sin daño el mar de esta vida
y cuando llegue nuestro tránsito,
lleguemos hasta ti para ser coronados.

R./ Amén.

Por la misericordia del mismo Cristo, Dios nuestro,
que, con el Padre y el Espíritu Santo, es un solo Dios,
y vive y reina por los siglos de los siglos.

R./ Amén.

(Liturgia Hispana. Oratio post gloriam. Fiesta de la Invencción de la Santa Cruz)

Queridos hermanos,
gloriémonos en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo,
y, con el corazón lleno de alegría,
con toda reverencia y gozo espiritual,
celebrems la solemnidad de este día.

Nuestro Señor y Salvador, para nuestra salvación,
estuvo colgado en la Cruz y en ella venció al diablo;
en la altitud de esta misma Cruz
fueron suspendidos los delitos del primer hombre
y las manos que ofrecieron a la boca la comida prohibida
fueron atravesadas por la dureza de los clavos.

Por esta Cruz, el apetito de la concupiscencia desordenada, que suscitó la aparente dulzura del árbol, fue vencido con la amargura de la hiel, y el deseo de la gula, al que engañó el atractivo del fruto, fue refrenado por la aspereza del vinagre.

Por esta Cruz, el veneno que la serpiente brindó a los primeros hombres, fue expurgado del pecho de los fieles por la medicina que brotó del costado de Cristo.

Finalmente, por esta Cruz, la confesión del nombre de Cristo restauró sin duda al hombre expulsado del Paraíso por haber desobedecido al precepto.

R./ Amén.

Con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina en la Trinidad, un solo Dios, por los siglos de los siglos.

R./ Amén.

(Liturgia Hispana. Oratio Admonitionis. Fiesta de la Invención de la Santa Cruz)

Señor Jesucristo, suspendido en el patíbulo de la Cruz, en la condición de esclavo que asumiste, te dirigiste al Padre con las palabras apropiadas, y, a pesar de que te sentías abandonado, lo aclamaste para no apartarte de él; le pediste que otorgara su perdón a sus inicuos y criminales perseguidores; y le pediste que aceptase tu espíritu en sus gloriosas manos que solamente tú conocías.

Por eso, nosotros, tus pequeños siervos, que seguimos la senda indicada por tus palabras, humildemente imploramos tu clemencia: lo que entonces te atrevías a pedir al Padre, desde el abajamiento de la asumida condición humana, ahora, que junto con la misma, disfrutas de la plenitud del poder divino, dignate conceder lo que te pedimos: que no abandones nunca a tu Iglesia católica, a la que redimiste con tu sangre preciosa, que a nosotros que hemos venido, aunque indignos, para celebrar la solemnidad de tu santa Cruz, nos concedas el perdón de todos nuestros pecados; con humilde plegaria te rogamos también que, siempre en tu presencia, nos recibas, custodies y bendigas.

Tú que te dignaste justificar la confesión del malhechor crucificado contigo aumenta la fe de los que rectamente creen en ti, multiplícala y consévala con tu acostumbrado amor.

R./ Amén.

Por tu misericordia, Dios nuestro, en cuya presencia recitamos los nombres de los santos Apóstoles y Mártires, Confesores y Vírgenes.

R./ Amén

(Liturgia Hispana. Alia. Fiesta de la Invención de la Santa Cruz)

Oh Dios, sabemos que no es posible expresar y apreciar como eres; concédenos que, en la medida en que nuestra naturaleza humana puede percibirlo, podamos estimarte y proclamarlo convenientemente.

Acepta con benevolencia las oraciones y los sacrificios de todos; y ya que en el día de tu Cruz y de tu Pasión hiciste salir los cuerpos de los santos del sepulcro en el que descansaban, no permitas que las almas de tus fieles queden detenidas en la profundidad del abismo, sino que les concedas alegrarse en el descanso de tus elegidos.

R./ Amén.

Porque tú eres la vida de los que viven, la salud de los enfermos, y el descanso de todos los fieles difuntos por todos los siglos de los siglos.

R./ Amén.

(Liturgia Hispana. Post nomina. Fiesta de la Invenición de la Santa Cruz)

Señor Jesucristo, Mediador entre Dios y los hombres, tú, por la sangre de tu cruz, te dignaste pacificar a todos los seres, los del cielo y los de la tierra; tu piedad ha erigido como testimonio de tu pasión lo que, al comienzo de tu nacimiento según la carne, el Ángel anunció y proclamó el ejército celestial: "Gloria a Dios en el cielo para siempre, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor".

Y así, después del triunfo de la Cruz, tu bondad recomendó y otorgó a tus discípulos que demostraran que son en realidad tus ministros si guardan entre sí la perfecta concordia de la paz.

Concede pues, Señor, a quienes llevan en su frente el signo de la Cruz, que mantengan con sus hermanos una auténtica y sincera caridad y nos permitas vivir reconciliados con el beso santo.

R./ Amén.

Porque tú eres nuestra paz verdadera, caridad indivisible; que vives y todo lo gobiernas por los siglos de los siglos.

R./ Amén.

(Liturgia Hispana. Ad pacem. Fiesta de la Invenición de la Santa Cruz)

Es digno y justo, es necesario y saludable darte gracias, Señor, Padre santo, Dios eterno y todopoderoso, cumplir con nuestro deber de ofrecerte sacrificios y elevar sin cesar nuestras voces de alabanza; para recordar, ante tu admirable clemencia lo acaecido en tiempos pasados, y de modo especial proponer el ejemplo de los dos Adanes, el que habitó en el paraíso y el que es el redentor del género humano.

Aquel fue el primero, pero éste es mejor.

Aquel fue terreno, éste celeste.

Aquel hecho de barro, éste concebido por la palabra.

Entonces, por instigación del diablo, Eva fue engañada; ahora, por el anuncio del ángel, María es glorificada. Entonces, por envidia de la serpiente, el hombre, que había sido creado, pereció; ahora, por misericordia del redentor, el hombre que había perecido es liberado. Aquel, por haber trasgredido la ley, perdió el paraíso, éste, por la pasión de la Cruz, ha adquirido el mundo. Aquel sucumbió a la muerte por comer del árbol prohibido, éste, por el triunfo de la Cruz gloriosa, venció a la muerte. Aquel, al reconocer su pecado, se escondió bajo un árbol, éste, a causa de nuestros pecados, fue elevado en la Cruz.

Entonces por la falta de comer del árbol prohibido, se enfrió el sol al mediodía; ahora, en la manifestación de la santa Cruz, al mediodía, se esconde el sol. Entonces, el hombre que no guardaba el precepto, fue expulsado del paraíso; ahora, el malhechor que confiesa a Cristo como Señor, es introducido en el paraíso.

Por esto, humildemente te rogamos y suplicamos, Padre clementísimo, que por el signo admirable de la inclita Cruz y por el admirable reino de nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, nos permitas celebrar con espiritual alegría y equilibrado gozo este día, en que conmemoramos la festividad de su Cruz, y, junto con las alabanzas de los coros celestiales, admitas la pequeñez de nuestras voces, mientras repetimos humildemente

Sanctus...

(Liturgia Hispana. Illatio. Fiesta de la Invenición de la Santa Cruz)

Santo y bendito es en verdad nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que por nuestros pecados se entregó en manos de los impíos para ser crucificado.

Él, por nosotros, extendió sus propias manos en la Cruz. Él, por el misterio de la Cruz rechazó a los principados y autoridades contrarias, y clavando en la misma Cruz los pecados de todo el género humano, se ofreció a ti como víctima inmaculada y a nosotros, sus humildes siervos, nos mandó que, en su memoria, le ofreciéramos sin cesar.

Cristo Señor y Redentor eterno.

(Liturgia Hispana. Post Sanctus. Fiesta de la Invenición de la Santa Cruz)

Recordamos, Padre todopoderoso, y mantenemos con toda fidelidad lo que recibimos: el inefable misterio de la natividad de nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, el admirable triunfo obtenido en la Cruz destruyendo a la muerte, y la gloriosa ascensión a los cielos después de su Pasión en la Cruz.

Creemos también en el inmenso e inefable, coeterno y consustancial origen de ti y de tu Hijo; al que confesamos igualmente como el que ha de venir como juez de vivos y muertos.

Por esto te pedimos, tremendo y clementísimo Padre, que santifiques y bendigas por el signo de la Cruz, esta víctima que te ofrecemos como cuerpo y sangre de tu Hijo; recíbela y acéptala en el signo de la Cruz, distribúyela, benévolo, y concédela, benigno a nosotros, tus siervos, que hemos sido signados con el signo de la Cruz.

R./ Amén.

Concédelo, Padre sin principio, por tu Unigénito, nuestro Señor Jesucristo por quien creas todas estas cosas para nosotros, indignos siervos tuyos, y las haces tan buenas, las santificas, las llenas de vida y nos las das, así bendecidas por ti, Dios nuestro, por los siglos de los siglos.

R./ Amén.

(Liturgia Hispana. Post Prædie. Fiesta de la Invenición de la Santa Cruz)

Cristo Jesús, tú asumiste la forma de nuestra mortalidad, y quisiste soportar la injuria de nuestra muerte y de la Cruz, concédenos que, protegidos por la fuerza de tu Cruz, podamos vencer los ardides del enemigo.

R./ Amén.

Que lo conceda aquel que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

R./ Amén.

(Liturgia Hispana. Completuria. Fiesta de la Invenición de la Santa Cruz)

Edición

Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011
Arzobispado de Madrid
San Juan de la Cruz 2 b
28003 Madrid (España)

www.deleju.org